Un tiempo diferente

MARINA MOGUILLANSKY y CAROLINA DUEK
compiladoras

Un tiempo diferente

Vida cotidiana y pandemia

ediciones
IMAGO
MUNDI



Colección Bitácora Argentina
DIRIGIDA POR ALEJANDRO FALCO

Carolina Duek y Marina Moguillansky (comps.)
Un tiempo diferente. Vida cotidiana y pandemia. 1ra ed. Buenos Aires: 2026.
152 p.; 23 x 16 cm. ISBN 978-950-793-487-2
1. Pandemias. I. Título.
CDD 303.4
Fecha de catalogación: 09/06/2026
© 2026, Carolina Duek y Marina Moguillansky
© 2026, Ediciones Imago Mundi
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito del editor.

Sumario

Carolina Duek y Marina Moguillansky
Introducción IX

1 **Mariana Lopresti**
Pantallas apagadas y una difícil convivencia: los y las adolescentes . . 1

2 **Magdalena Lemus**
Trabajar, estudiar y cuidar en pandemia: experiencias de tres jóvenes en el AMBA 21

3 **Sebastián Benítez Larghi**
Aislados y desorganizados. Los efectos de la desafiliación social en familias de sectores populares durante la pandemia 45

4 **Carolina Duek**
Todos juntos, todo el día, todos los días: maternidad, trabajo y espacios domésticos 61

5 **Marina Moguillansky**
¿Todo sigue igual? La pandemia para los trabajadores esenciales . . . 81

6 **Rosario Guzzo**
Cuidar y descuidar: las personas mayores como grupo de riesgo . . . 97

Carolina Duek y Marina Moguillansky
Coda 121

Sobre las autoras y los autores 125

Índice de autoras y autores del aparato bibliográfico 127

Introducción

CAROLINA DUEK Y MARINA MOGUILLANSKY

La pandemia fue un acontecimiento disruptivo, que lo transformó todo durante un tiempo considerable y dejó huellas que aún no terminamos de vislumbrar. A seis años del comienzo de la crisis pandémica global y de las medidas de aislamiento en la Argentina, en este libro presentamos una reconstrucción de las experiencias de la vida cotidiana durante ese tiempo diferente. Nuestro objetivo fue visibilizar y dar cuenta de las distintas formas en que se atravesó la pandemia. Aunque fue un hecho social total, produjo una heterogeneidad de experiencias, en parte siguiendo los patrones conocidos de estructuración social como el género, la clase y la edad, pero también generando nuevas desigualdades.

Como investigadores e investigadoras, la pandemia nos atravesó. No solo en términos personales, en nuestras rutinas y organización familiar, sino que también cambió nuestras agendas de trabajo, la forma de dar clases y de interactuar con colegas. En particular para quienes analizamos las vidas cotidianas, las prácticas culturales y las tecnologías digitales, fue un momento desafiante de rápidas transformaciones y a la vez, en términos del trabajo intelectual, fue una etapa de sinergias que nos permitió pensar juntos un problema en sus diferentes aristas.

El libro presenta los resultados de un proyecto de investigación[1] que exploró, desde la sociología de la cultura, las transformaciones de la vida cotidiana a raíz de la pandemia en Buenos Aires y alrededores,

[1] PIP CONICET «Pandemia y vida cotidiana en el AMBA: un abordaje de la heterogeneidad de las experiencias», con sede en la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín. Dirigido por Marina Moguillansky e integrado por Carolina Duek, Sebastián Benítez Larghi, Magdalena Lemus, Mariana Lopresti, Rosario Guzzo, Julián Kopp, Paula Simonetti y Pablo Salas.

en un contexto signado por desigualdades. Para ello, conversamos con diferentes personas sobre sus experiencias de la pandemia, los cambios en sus rutinas laborales, en la educación, en sus prácticas de sociabilidad, los consumos culturales y en el uso de las pantallas. En este análisis, partimos de la hipótesis de que hubo muchas y muy diversas experiencias de la pandemia, pero que a su vez, esa heterogeneidad se puede explicar y comprender mejor a partir de considerarla a la luz de las posiciones de clase, género, generación, la situación familiar y el lugar de residencia. Nos propusimos centrar la indagación en la dimensión subjetiva y emocional de la pandemia, las formas personales de valorar lo vivido y los horizontes a futuro. Por eso privilegiamos un enfoque biográfico y narrativo que diera lugar al relato de la experiencia singular y a los recorridos de cada persona. Las historias, las experiencias y los recuerdos se cruzaron en los relatos de distintas formas con un eje común: lo vivido fue excepcional y tuvo un gran impacto en todos los ámbitos de la vida social, familiar e individual.

«¿Fue en 2020 o en 2021? No recuerdo bien», se repitió en muchas entrevistas como síntesis de la ruptura de la cadencia esperable del devenir del tiempo, de las rutinas y de la cotidianidad. Cuando indagamos sobre el regreso de ciertas actividades, la vacunación y el fin de las restricciones, muchos relatos confundían los años los tiempos y las medidas de aislamiento dando cuenta de que la línea temporal se rompió en muchos pedazos y su reconstrucción era aún frágil e imprecisa. Este es uno de los tantos ejemplos que ilustra la disrupción que supuso la pandemia como hecho social total. En cada uno de los capítulos analizaremos historias, trayectorias y experiencias biográficas que, en conjunto, nos permiten ensayar una reconstrucción parcial de las memorias, las huellas y los cambios que dejó la pandemia.

¿Qué sabemos sobre la pandemia y sus efectos en la vida cotidiana?

Una de las investigaciones de mayor alcance y profundidad sobre la pandemia y sus efectos sociales fue coordinada por Pablo Dalle (2022). Analizaron datos de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) y del Sistema Integrado Previsional Argentino (SIPA) e hicieron una encuesta a nivel nacional, entrevistas y estudios de caso cualitativos, buscando explorar los efectos de la doble crisis económica y pan-

démica sobre la estructura social. Afirman que Argentina atravesó una doble crisis: por un lado, una previa que se inicia en 2016 con el cambio de gobierno y las políticas de endeudamiento, ajuste del gasto y aumento de la inflación; a esta crisis se suma el impacto de la pandemia en 2020 con una fuerte caída de la actividad económica y del empleo. La hipótesis de la investigación es que la pandemia y el aislamiento tuvieron efectos diferenciales en los individuos y las familias, de acuerdo a sus posiciones de clase. Así, los diversos capítulos muestran el papel de la clase social en las respuestas a la pandemia por parte de las familias y los hogares; se trata del factor principal para explicar las probabilidades de perder el trabajo; explica la diversidad de estrategias habitacionales desarrolladas y también la evaluación de las políticas del Estado para mitigar los efectos sociales del aislamiento. El impacto de la pandemia fue mayor sobre trabajadores informales y pequeña burguesía, que se corresponde con las clases medias bajas; produjo una pérdida de bienestar en los hogares de la base de la pirámide social. En este sentido, las desigualdades con las que trabajaremos en los diferentes capítulos se articulan con las estrategias de los sujetos sociales en sus diferentes posiciones relativas en la estructura social.

En Argentina, la gestión de la pandemia tuvo una gravitación central y se convirtió en organizadora de las rutinas de la vida cotidiana. Con mayor o menor impacto según las regiones (aquí nos ocupamos de la región metropolitana, es decir, la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores) y según el tipo de actividad de las personas. El Estado definió quiénes podían circular y quiénes no, implementó políticas de mitigación de la crisis y reguló la apertura de espacios y actividades, modalidades de vinculación en las familias con padres y madres separados entre otras cuestiones. Mariana Heredia y su equipo indagaron sobre el papel del Estado argentino en la pandemia en el libro *Lo que pudo (y lo que no pudo) el Estado*. Allí analizan las principales políticas: el Ingreso Familiar de Emergencia (IFE) y el programa de Asistencia de Emergencia al Trabajo y la Producción (ATP). El diseño de las políticas, sus formas de implementación, los mediadores técnicos, la experiencia de empresas y beneficiarios, los problemas de gestión y a los que se enfrentaron fueron inéditos por la premura y el alcance de estas medidas.

Esta investigación puso de relieve la gran heterogeneidad de experiencias de la pandemia que es el punto de partida de nuestra propia investigación. Dada la diversa composición social y económica de las regiones y provincias de la Argentina, «el riesgo sería creer que hubo una sola experiencia de la pandemia y de las políticas de asistencia» (Heredia 2022, p. 15). Por ejemplo, el IFE tuvo una gran importancia en provincias del Norte del país, llegando a alrededor del 40 % de la población, mientras que en CABA alcanzó a menos del 20 %; en cuanto al ATP, por el contrario, observan que alcanzó a cerca del 70 % de las empresas privadas radicadas en CABA y alrededor del 50 % de las de la provincia de Buenos Aires, con porcentajes mucho menores en otras regiones. Además, los diferentes sectores de actividad fueron afectados en mayor o menor medida y «experimentaron la crisis de manera heterogénea» (Álvarez *et al.* 2022, p. 172), de modo que la inserción laboral de los sujetos y el sector de su actividad fue un condicionante fuerte de sus experiencias de la pandemia. Entre los sectores más afectados estuvieron la hotelería y restaurantes, los servicios personales y la construcción; también tuvieron grandes caídas la manufactura, el comercio y las empresas de transporte; mientras que los que menos cayeron en sus niveles de actividad fueron la agricultura y ganadería, los servicios públicos (gas, luz, agua) y los servicios financieros. El impacto demográfico de la destrucción de puestos de trabajo fue mayor en las mujeres y en los jóvenes. Algunas familias de clase media-baja fueron por primera vez objeto de políticas de asistencia social durante la pandemia y que ello supuso un posicionamiento subjetivo novedoso y problemático (y también da cuenta de cómo las desigualdades se ampliaron llegando a nuevos espacios del entramado social).

En una clave cercana a nuestro trabajo, el Grupo de Estudios Culturales y Urbanos coordinado por Juliana Marcus, estudió la experiencia urbana de la pandemia a través de una combinación de dos encuestas online, entrevistas y observaciones en espacios públicos como parques y plazas. En el libro *Ciudad confinada. Experiencias urbanas durante la pandemia Covid-19* (2023) Marcus et al., señalan que la pandemia y el confinamiento trastocaron las rutinas de la vida cotidiana, en particular el vínculo con la ciudad; diversas prácticas se relocalizaron al interior de las viviendas (el trabajo, la educación, el ocio y la sociabilidad) y también, cuando se flexibilizaron las restricciones, aparecieron usos novedosos de los espacios públicos (deportes en grupo, festejos

de cumpleaños y reuniones sociales se trasladaron a los espacios verdes como parques o plazas). Entre sus resultados, destacan el pasaje desde el miedo y la evitación de los espacios públicos urbanos hacia una revalorización y reencantamiento de los mismos. De la urbanofobia a la urbanofilia es la fórmula que condensa este pasaje. Si en los primeros meses de pandemia se registró un miedo exacerbado o fobia social a salir del hogar, esto fue promovido por discursos y políticas estatales tanto a nivel nacional como provincial y local. Con el paso del tiempo, las medidas de aislamiento se flexibilizaron y las autoridades empezaron a promover las actividades en espacios abiertos. Otro de los hallazgos clave de Marcus et al. es que la configuración familiar y/o del hogar fue un factor central para la experiencia del aislamiento. Vivir solo, estar en pareja, tener a cargo hijos pequeños o adultos mayores modularon los recursos y las posibilidades para sostener o no el trabajo, para reestructurar las rutinas de ocio y sociabilidad, y condicionaron los niveles de control y autonomía sobre el propio tiempo.

El equipo dirigido por Javier Balsa analizó cómo la pandemia generó cierta polifonía discursiva en la que se entrecruzaban y a veces tensionaban las narrativas oficiales, las de la oposición política y las de medios de comunicación. Este análisis subraya la coexistencia de discursos que, por un lado, buscaban legitimar medidas de control y, por otro, expresaban críticas y demandas. A través de grupos focales, entrevistas y encuestas telefónicas, se indagó cómo eran percibidas y narradas las medidas de confinamiento. La perspectiva de Balsa y equipo (2023) destaca el papel de ciertas metáforas –como la bélica– en los discursos oficiales y mediáticos, que estructuraron e instalaron sentidos sobre la percepción de la emergencia. Estas construcciones simbólicas jugaron un rol importante en la forma en que se interpretaron las medidas restrictivas y en la movilización de la opinión pública.

Por otro lado, el aislamiento en el hogar, la regulación de las fronteras y de la circulación de sujetos durante los primeros meses de la pandemia (y un poco más también), generaron modos novedosos de imaginar el espacio de la vivienda, sus entornos y la ubicación geográfica. Este fue el eje del trabajo de investigación que dirigió Ramiro Segura (2024), con una amplia red de equipos en distintos espacios del país. Las restricciones a la circulación y las medidas de prevención de

contagio multiplicaron las barreras y regulaciones sobre la movilidad cotidiana, e instalaron en el discurso público la idea del AMBA.

Todas estas investigaciones fueron puntos de partida y sus responsables son interlocutores necesarios del análisis que presentamos en este libro. En conjunto plantean que la pandemia fue un momento disruptivo, que hubo formas diferentes de atravesarla y que tuvo consecuencias también diferenciales según la configuración familiar, la clase social, el género y la edad. A ello agregamos como clave interpretativa la atención a los recursos subjetivos y afectivos para transitar esta experiencia y para su posterior elaboración simbólica.

El método biográfico, la vida cotidiana y las experiencias de la pandemia

Nuestro análisis de las experiencias de la pandemia parte de considerar la dimensión subjetiva de las transformaciones de la vida cotidiana, las formas en que se experimentaron los cambios y las estrategias familiares o personales que se llevaron adelante durante ese período. La metodología de la investigación partió del enfoque interpretativo y biográfico, como herramientas para escudriñar las tramas de la vida cotidiana.

Según Agnes Heller, la vida cotidiana es el conjunto de las actividades de reproducción de los hombres; no es abstracta sino concreta –particular, específica– y no solo tiene una historia sino que se la puede considerar a su vez como «espejo de la historia» (Heller 1977, p. 20). Recuperando ideas de Marx, Heller escribe que toda revolución social cambia radicalmente la vida cotidiana; pero que con la distancia del tiempo, el historiador descubre que en ella puede encontrar que las transformaciones se anticipan en las estructuras de lo cotidiano. Esta dialéctica entre el modo de vida y las transformaciones quizás nos sirva para pensar cómo la pandemia radicalizó algunas formas de interacción social que ya venían instalándose desde tiempo atrás. Entre ellas, la creciente reclusión hogareña, que ya había tematizado Roman Gubern en *El simio informatizado* (1987) al referirse a la «cueva aterciopelada» que resulta de la ampliación de bienes y servicios domésticos y la percepción del afuera como un espacio hostil y peligroso. La multiplicación de pantallas y el desarrollo del entorno digital también es un proceso previo y que las ciencias sociales tematizaron al

menos desde *La era de la información* (Castells 1998), como un cambio cultural que lleva varias décadas pero que a su vez se intensificó en los últimos años, dando lugar a una «mediatización profunda», como muestran Boczkowski y Mitchelstein en *El entorno digital* (2022). En este sentido, las condiciones materiales para trasladar actividades laborales, educativas y de ocio al hogar ya estaban presentes antes de la pandemia. Pero, nuevamente, no todas las familias ni personas que atravesaron la pandemia tuvieron las mismas posibilidades en lo que respecta a la conectividad y a las modalidades de interacción mediante plataformas virtuales.

El camino que elegimos para analizar relatos de la vida cotidiana durante la pandemia y reconstrucciones de la memoria de ese período se ordenaron en torno del método biográfico. Siguiendo los desarrollos claves de Arfuch (2002, p. 22), la idea de *espacio biográfico* es muy relevante para dar cuenta de «la multiplicidad, lugar de confluencia y de circulación, de parecidos de familia, de vecindades y de diferencias». El interés en la voz y en la experiencia de los sujetos con un énfasis en la dimensión testimonial, según Arfuch, constituye un símbolo del siglo XXI que se ha obsesionado por los hitos de la memoria. Según su hipótesis y a los fines de este libro y de nuestros análisis, plantea que lo biográfico es un espacio intermedio entre lo público y lo privado. No se trata solamente de lo que recordamos sino de cómo lo que nos pasó de manera directa o indirecta se puede relacionar con la dimensión pública y experiencial de un momento en el tiempo y en la historia.

Nos inspiramos también en la perspectiva de la sociología pública feminista de Kate Averett (2021, p. 1), que resalta la importancia ética de dar lugar a la elaboración narrativa del sufrimiento durante la pandemia. Según su planteo, es relevante «dar testimonio de las experiencias de los afectados por la pandemia, hacer un registro de esas experiencias y ayudar a los académicos y al público a pensar sociológicamente sobre la pandemia, idealmente de tal manera que ayude en la creación de políticas respuestas que aborden y reduzcan este sufrimiento». La propia investigación sociológica que se desarrolla a través de entrevistas en profundidad, en las cuales los sujetos nos cuentan y se cuentan a sí mismos sus vivencias, tiene un carácter performativo al ofrecer un espacio de escucha atenta, de catarsis y elaboración simbólica, diferente de la conversación con pares o de la escucha terapéutica.

Como señala Ernesto Meccia en *Biografía y sociedad*, los métodos biográficos pueden orientarse a reconstruir hechos o experiencias; en nuestro caso, optamos por la segunda alternativa. El diseño metodológico del proyecto se basó en la realización de entrevistas cualitativas de carácter biográfico, centradas en el recorrido y la historia de vida de cada persona hasta llegar a la pandemia, con la intención de reconstruir sus experiencias, esto es, «las formas que tiene la gente de significar esos hechos por intermedio de su propia memoria biográfica» (Meccia 2022, p. 25) Cómo estaban cuando comenzó el aislamiento, de qué maneras cambiaron sus rutinas cotidianas y laborales, cómo se modificó (o no) la configuración de sus hogares y familias, cómo recuerdan este período, son algunos de los interrogantes que guiaron las entrevistas.

Para la selección de los entrevistados, utilizamos la lógica del muestreo teórico en etapas sucesivas (Rapley 2014), incorporando en cada ronda los hallazgos de los casos ya analizados como nuevos criterios de selección. Esta modalidad de trabajo supone un análisis simultáneo a la realización de las entrevistas, para poder de esta manera obtener orientaciones que surgen de los propios datos y definir las estrategias de muestreo, hasta lograr la saturación teórica (Charmaz 2006). Así, como el género aparecía como relevante desde el comienzo, en las rondas de selección de entrevistados buscamos mantener la representación de hombres y mujeres; la edad y la situación vital también eran configuradores de experiencias diferenciales, por lo cual buscamos entrevistar adolescentes, jóvenes, adultos y ancianos. La posición de clase, el tipo de trabajo realizado y el sector de actividad también fueron variables importantes. La identidad política[2] apareció desde el comienzo como factor clave que incidía en la percepción subjetiva del riesgo de enfermarse, en el cumplimiento de las medidas de restricción y en la evaluación del rol del gobierno. Si bien al comienzo hubo consenso político en la gestión de la pandemia, con el tiempo

[2] Una primera forma de aproximarnos a la identidad política para seleccionar a los entrevistados fue considerar a quién habían votado en las elecciones presidenciales de 2019, en primera y segunda vuelta, lo que nos permitía dividir al universo en dos grandes grupos. Sin embargo, esto se reveló incongruente con las posiciones políticas de los entrevistados que fuimos incorporando, mostrando signos del creciente desencanto de una parte significativa de la población.

surgieron conflictos y cuestionamientos (Spolita *et al.* 2022). El lugar de residencia (en CABA o AMBA) también implicaba diferencias en cuanto a cómo se experimentaban las restricciones. Por último, ser considerado o no como trabajador «esencial» fue un diferenciador de la experiencia del aislamiento y también fue un criterio de selección. Así, el objetivo fue lograr la máxima variabilidad en el perfil de los informantes.

Las entrevistas fueron realizadas entre enero y julio de 2022. Dado el contexto de cercanía con la pandemia, alrededor de la mitad de esas entrevistas fueron realizadas en forma virtual, con videollamadas. Entrevistamos a setenta y ocho personas, de las cuales 40 fueron varones y 38 fueron mujeres. Las edades de los entrevistados van desde los 14 hasta los 86 años, con mayor representación del grupo de adultos (entre 30 y 60 años).

Para construir la clasificación socioeconómica de las personas entrevistadas, partimos de las preguntas del esquema SAIMO (Sociedad Argentina de Investigadores de Marketing), que agrupan a la población en cinco estamentos según el nivel educativo, el tipo de inserción laboral y el acceso a prestaciones sociales (Clemenceau *et al.* 2016). Esta segmentación inicial nos permitió organizar las rondas de muestreo para cubrir todas las posiciones de la estructura social. Pero además de esos datos tipificados, para cada entrevistado contamos con información detallada sobre su lugar de residencia, la trayectoria formativa, el tipo de empleo, la composición familiar, el acceso a bienes y prácticas culturales, lo cual nos permitió matizar y validar la clasificación de cada sujeto. A partir de estos datos, en los capítulos analíticos empleamos categorías conceptuales propias de las ciencias sociales –como clase social, condiciones de vida y trayectorias laborales– que facilitan una comprensión más situada y compleja de las desigualdades y vivencias durante la pandemia. Así, para describir la composición social del conjunto de la muestra, podemos decir que entrevistamos a doce dueños de pequeñas y medianas empresas y profesionales en ocupaciones de alta remuneración; a cuarenta y tres personas de posiciones medias y de clase media-baja, incluyendo a empleados públicos y privados, profesionales independientes, emprendedores, docentes, entre otros; y a veintidós personas de bajos o muy bajos ingresos, de sectores populares, comprendiendo a desocu-

pados, trabajadores informales en sectores marginales, cartoneros, jubilados, cuidadores de ancianos y otros perfiles similares.

El análisis de las entrevistas se hizo de manera colaborativa, con la codificación de las transcripciones y la discusión orientada por interrogantes y conceptos sensibilizadores: rutinas de la vida cotidiana, organización del trabajo, control, autonomía o dependencia en la adopción de estos cambios, percepción del riesgo. La sociología de las emociones fue también una herramienta importante para la escucha y el análisis de las entrevistas: en los relatos aparecía con insistencia el miedo, la angustia, la tristeza; en otros casos el enojo, la frustración y la impotencia. Para ello, resultó fundamental incorporar al análisis las diferentes formas de la comunicación no verbal como la entonación, las pausas, los gestos con el rostro y las manos, la mirada, la risa y el llanto.

El recorrido de este libro

Este libro reúne una serie de capítulos que abordan, desde distintas perspectivas, las experiencias cotidianas durante la pandemia de COVID-19 en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA). El hilo conductor que organiza el volumen es la dimensión generacional: los textos se ordenan siguiendo un recorrido que va desde las vivencias de adolescentes hasta las de personas mayores. Este criterio permite reconstruir cómo se vivió el aislamiento social en distintas etapas del ciclo vital, y cómo la edad se entrelazó con otros factores –como el género, la clase social, las condiciones habitacionales o el tipo de inserción laboral– para configurar experiencias desiguales del encierro. Aunque el orden sugiere una progresión cronológica, los capítulos pueden leerse también de forma autónoma, ya que cada uno presenta casos particulares y ofrece claves analíticas propias.

El libro comienza con el capítulo de Mariana Lopresti, «Pantallas apagadas y una difícil convivencia», centrado en las experiencias de adolescentes durante la suspensión de clases presenciales. A partir de cuatro historias de jóvenes de sectores medios del AMBA, se analizan las formas de habitar el encierro, las tensiones familiares derivadas de la convivencia intensificada y la importancia de la escuela como espacio de sociabilidad en esta etapa de la vida. Las historias de los y las adolescentes entrevistados dan cuenta de la ausencia de contacto

cotidiano con los amigos, que muchas veces derivó en la ruptura de lazos, pero también los cambios rápidos en el cuerpo y la sensación de haber perdido para siempre ciertas experiencias vitales. El enfoque destaca cómo el género y la edad condicionaron las prácticas y sentidos asociados al espacio doméstico, y pone de relieve la capacidad de los y las adolescentes para reflexionar críticamente sobre su experiencia.

El siguiente capítulo es de Magdalena Lemus, titulado «Trabajar, estudiar y cuidar en pandemia». Lemus reconstruye las trayectorias de tres jóvenes de distintas clases sociales que atravesaron el aislamiento tratando de sostener sus estudios, sus lazos sociales y, en algunos casos, sus trabajos. El análisis muestra cómo las condiciones materiales –como el acceso a tecnologías o la necesidad de generar ingresos– marcaron diferencias significativas entre los casos, pero también señala puntos de encuentro: la centralidad de la sociabilidad entre pares y el protagonismo del cuidado de otras personas como dimensión clave de la experiencia juvenil durante la pandemia.

En «Aislados y desorganizados», Sebastián Benítez Larghi se enfoca en familias de sectores populares que perdieron su empleo o vieron interrumpidos sus ingresos. A través de dos historias de vida, el capítulo muestra cómo se desplegaron y reforzaron los mecanismos de reproducción de las desigualdades sociales, especialmente a partir del debilitamiento de los vínculos sociales durante la pandemia. La vivencia de la pandemia en estos hogares estuvo marcada por la desestructuración y resignificación de unas condiciones de existencia que ya eran frágiles y precarias. Los escasos puntos de apoyo que sostenían su vida cotidiana fueron rápidamente arrasados por una crisis que desbordó las relaciones entre las personas, las instituciones y los conocidos modos de integración social: pérdida de empleo, interrupción de ingresos, incomprensión de las políticas de asistencia estatal, dificultades para garantizar la subsistencia, desconexión del entramado educativo y falta de respuesta de los sistemas de salud.

Carolina Duek, en «Todos juntos, todo el día, todos los días», analiza el modo en que tres mujeres con trabajo previo a la pandemia reorganizaron sus rutinas y espacios domésticos para sostener sus ingresos durante el aislamiento. A través de sus relatos, el capítulo muestra cómo la pandemia alteró la experiencia de esas mujeres que trabajaron desde el hogar y que transformaron sus formas de habitar la casa, generando nuevas estrategias para poder trabajar y a su vez

nuevas formas de lidiar con las dimensiones afectivas del aislamiento. El texto propone un análisis centrado en los núcleos comunes entre situaciones diversas y la necesidad de repensar el hogar como espacio de producción, cuidado y tensión.

El capítulo de Marina Moguillansky, «¿Todo sigue igual?», aborda la experiencia de los trabajadores esenciales, a través de tres historias de hombres empleados respectivamente en el sector de salud, la recolección de residuos y la producción de alimentos. Si bien estos trabajadores siguieron saliendo a la calle, sus rutinas se transformaron profundamente. A partir de tres relatos, se pone en evidencia la paradoja de una continuidad que es, al mismo tiempo, una ruptura: las calles vacías, los nuevos protocolos, el contacto directo con la enfermedad y la muerte. El capítulo ofrece una mirada sobre las formas de habitar una ciudad desierta y de enfrentar riesgos laborales en condiciones extremas.

Por último, Rosario Guzzo, en su capítulo sobre «Cuidar y descuidar», analiza las experiencias de personas mayores que fueron incluidas en la categoría de grupo de riesgo que se consideraban más vulnerables al contagio. A través de tres trayectorias biográficas, indaga en las tensiones entre el aumento del cuidado recibido y la pérdida de autonomía, así como en el uso y apropiación de tecnologías digitales para sostener ciertas rutinas. El texto resalta que, si bien se reconoció la necesidad de mayor cuidado, este fue absorbido principalmente por las familias, lo cual subraya la urgencia de políticas de cuidado que preserven la autonomía de las personas mayores.

En su conjunto, el libro muestra cómo la pandemia alteró las coordenadas de la vida cotidiana, pero también cómo esas alteraciones se vivieron de manera desigual. Algunos relatos comparten preocupaciones en torno a la reorganización del espacio doméstico, el sostenimiento de los vínculos o las estrategias de adaptación, mientras que otros muestran rupturas drásticas, marcadas por la precariedad, la soledad o el riesgo. Las experiencias varían, pero también dialogan entre sí, trazando un mapa complejo de lo vivido durante el aislamiento. Este libro no busca ofrecer una síntesis totalizadora, sino reconstruir desde la particularidad y la comparación, desde las biografías y los contextos, algunas formas de habitar lo cotidiano cuando lo cotidiano se volvió extraordinario. A través de múltiples voces, invita a pensar la pandemia como una experiencia generacional y social, atravesada por

desigualdades estructurales, pero también por estrategias de sentido, cuidado y resistencia.

Referencias

ÁLVAREZ, BEATRIZ; AYELÉN FLORES Y FEDERICO RECHE

2022 «Empresas y hogares en crisis. Una exploración estadística de los efectos socioeconómicos del covid-19 en Argentina», en *Qué pudo y qué no pudo el Estado frente a la emergencia del covid-19 y después*, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en página XII.

ARFUCH, LOENOR

2002 *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, referencia citada en página XV.

AVERETT, KATE

2021 «Remote Learning, COVID-19, and Children With Disabilities», en *AERA Open*, n.º 7, DOI: 10.1177/23328584211058471, referencia citada en página XV.

BALSA, JUAN JAVIER

2023 «Identidades, experiencias y discursos sociales en conflicto en torno a la pandemia y la pospandemia», en *PISAC COVID-19. La sociedad argentina en la pospandemia*, Buenos Aires: CLACSO, referencia citada en página XIII.

CASTELLS, MANUEL

1998 *La era de la información, realidades y reflexiones sobre la globalización*, Madrid: Alianza, referencia citada en página XV.

CHARMAZ, KATHY

2006 *Constructing grounded theory. A practical guide through qualitative analysis*, Londres: Sage, referencia citada en página XVI.

CLEMENCEAU, LAUTARO; MARÍA CLARA FERNÁNDEZ MELIÁN Y JOSÉ DE LA FUENTE

2016 «Análisis de esquemas de clasificación social basados en la ocupación desde una perspectiva teórico-metodológica comparada», en *Documentos de Jóvenes Investigadores*, Instituto de Investigaciones Gino Germani, n.º 44, referencia citada en página XVII.

DALLE, PABLO

2022 (compilador), *Estructura social de Argentina en tiempos de pandemia*, 2 vols., Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi, referencia citada en página X.

GUBERN, ROMÁN

1987 *El simio informatizado*, Madrid: FUNDESCO, referencia citada en página XIV.

HELLER, AGNES

1977 *Sociología de la vida cotidiana*, Buenos Aires: Península, referencia citada en página XIV.

HEREDIA, MARIANA

2022 *Qué pudo y qué no pudo el Estado frente a la emergencia del covid-19 y después*, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en página XII.

MARCUS, JULIANA

2023 (coord.), *Ciudad confinada. Experiencias urbanas durante la pandemia de COVID-19*, Buenos Aires: Teseo, referencia citada en página XII.

MECCIA, ERNESTO

2022 *Biografías y sociedad. Métodos y perspectivas*, Buenos Aires: EUDEBA, referencia citada en página XVI.

MITCHELSTEIN, EUGENIA Y PABLO BOCZKOWSKI

2022 *El entorno digital. Breve manual para entender cómo vivimos, aprendemos, trabajamos y pasamos el tiempo libre hoy*, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en página XV.

RAPLEY, TIM

2014 *Los análisis de conversación de discurso y de documentos en investigación cualitativa*, Madrid: Ediciones Morata, referencia citada en página XVI.

SEGURA, RAMIRO

2024 «Pandemia, imaginación geográfica y futuros urbanos en la Argentina», en *Escrituras de la posglobal en América Latina. Futuros especulativos entre colapso y convivialidad*, Buenos Aires y San Pablo: CLACSO y Mecila, referencia citada en página XIII.

SPOLITA, JUAN IGNACIO; JUAN JAVIER BALSA Y VALERIA BRUSCO

2022 «Pandemia de Covid-19: Subjetividades y política en Argentina», en *Cuadernos Iberoamericanos*, referencia citada en página XVII.

CAPÍTULO 1

Pantallas apagadas y una difícil convivencia: los y las adolescentes

MARIANA LOPRESTI

1.1 Introducción

Para los y las adolescentes, la etapa de aislamiento y suspensión de clases en algunos casos se vivió como una pérdida irrecuperable de ciertas experiencias que no se pueden reemplazar. La centralidad de la escuela como institución y dispositivo de sociabilidad, la importancia del grupo de pares (y su crisis o disgregación frente al aislamiento), los cambios rápidos en el cuerpo y las tensiones familiares frente a la convivencia intensificada serán algunos de los ejes a discutir. En este capítulo se presentan cuatro historias de adolescentes con diferentes características sociales y con distintas configuraciones familiares. Si bien estos cuatro relatos pueden inscribirse dentro de la amplia clasificación de clases medias, presentan diferentes características sociales en relación con sus recursos habitacionales y sus composiciones familiares. También incide la presencia (o no) de familiares a cargo con factores de riesgo.

Los y las adolescentes entrevistados presentan las siguientes características: Sofía, de 14 años, vive en Villa Urquiza y cursa la escuela secundaria. Durante el aislamiento convivió con su madre y la pareja de ella en un departamento, en el marco de una familia ensamblada y con ciertos límites habitaciones. Baltazar, de 16 años, reside en Pilar, también cursa el nivel secundario y, si bien sus padres están separados, vivió el aislamiento en una casa propia, lo cual le brindó mayor espacio y autonomía. Julieta, de 17 años, vive en Wilde con ambos

padres en un departamento familiar. Su experiencia estuvo marcada por una convivencia nuclear en un contexto urbano consolidado. Por último, Lucas, de 18 años, comenzó su primer año de universidad en plena pandemia. Vive en el barrio de Villa Crespo con sus padres y un hermano mejor, en una casa propia, también en el marco de una familia de clase media alta.

La elección de estos cuatro relatos nos permite aproximarnos a las distintas formas de habitar el encierro en sectores medios de CABA y del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA). Abordamos de qué manera, en la fase más estricta de aislamiento, dentro de un sector social relativamente homogéneo en sus condiciones de vida, ciertos atributos vinculados al género y la edad configuraron prácticas y percepciones diferenciales en el espacio doméstico, las rutinas educativas y las dinámicas familiares. Algunos de los interrogantes que aborda son los siguientes: ¿qué lugar tuvo la escolaridad en la vida cotidiana de los y las adolescentes en cuarentena? ¿Cuáles fueron los principales medios de vinculación con sus profesores? ¿Cómo fue la convivencia constante con sus familiares? ¿Qué problemas o barreras se presentaron? ¿Qué estrategias desplegaron los actores?

1.2 Juventudes y pandemia: desafíos contemporáneos

La noción de juventud como una etapa diferenciada en el ciclo vital es una construcción relativamente reciente en Occidente, desarrollada entre los siglos XVII y XIX, y ha sido objeto de diversas reflexiones en las ciencias sociales (Chaves 2009). Margulis y Urresti (2008) señalaron que las primeras conceptualizaciones abordaban a la juventud en singular, vinculándola a una moratoria social, un período intermedio entre la madurez biológica y la social. Este enfoque se aplicaba principalmente a sectores privilegiados y, aunque representaba un avance al diferenciar la juventud de otras etapas de la vida, no lograba captar la complejidad de las múltiples dimensiones, como género, etnia y clase social, que intervienen en su construcción.

El surgimiento de estudios sobre juventud, a nivel global, se inscribe en los profundos cambios económicos, políticos y culturales de la década del cincuenta, que posicionaron a los jóvenes como un problema social y como nuevos actores políticos y sociales antes de ser objeto de análisis científico (Chaves 2009). En Argentina, los es-

tudios sistemáticos sobre juventud comenzaron a consolidarse en los años ochenta, en el marco del retorno de la democracia, y en las décadas posteriores se diversificaron las perspectivas analíticas para dar cuenta de las diversas formas de ser joven. Estas investigaciones pusieron énfasis en los ámbitos del trabajo y la educación, así como en las desigualdades estructurales que condicionan las experiencias juveniles.

La juventud es una categoría analítica histórica y relacional, construida desde los modos en que cada grupo social define y vivencia esta etapa de la vida. No es un estado fijo y universal, ni se la puede delimitar solo con criterios etarios o biológicos, sino que resulta una condición social transitoria, que se configura a partir de las interacciones entre jóvenes y los diversos actores sociales con los que se relacionan, como la familia, los pares y el mercado laboral. Esta perspectiva permite analizar cómo las desigualdades de género, etnia y clase moldean las trayectorias juveniles y las prácticas que desarrollan en su vida cotidiana.

A su vez, autores como Reguillo (2000) y Margulis (2001) insisten en que la juventud debe analizarse en el marco del entramado social e histórico que le otorga significación. Esto implica considerar tanto las representaciones sociales, estereotipos y prescripciones sobre lo que significa ser joven, como las prácticas efectivas y las relaciones que los jóvenes construyen. La juventud supone un proceso de individualización en el que los jóvenes comienzan a distanciarse de la familia como un «otro significativo» (de Singly 2000), dando lugar a la construcción de nuevas redes y relaciones relevantes en la formación de su identidad.

Ahora bien, ¿qué pasó con las juventudes durante la cuarentena? ¿Cómo se reconfiguró este proceso de individualización en el marco de una pronunciada convivencia familiar? En este marco, las juventudes experimentaron una disrupción significativa en sus procesos de socialización, construcción identitaria y desarrollo emocional. Como lo destacan UNICEF (2020) y la Sociedad Argentina de Pediatría (SAP 2020), el aislamiento social derivó en un aumento del tiempo frente a las pantallas, trastornos del sueño y emociones negativas como angustia, tristeza y miedo. Failla (2021) subraya que estas condiciones no solo amplificaron el impacto psicológico del aislamiento, sino que también reforzaron el sentimiento de desconexión y desampa-

ro entre los jóvenes. En este contexto, la relevancia de los espacios privados, como la habitación propia, y las redes de amigos como escenarios para desplegar autonomía se hizo particularmente evidente. Sin embargo, para aquellos adolescentes que carecían de un entorno doméstico favorable, el confinamiento exacerbó las tensiones en la familia, limitando las posibilidades de autonomía.

1.3 Cada relato, un universo: los perfiles de nuestros entrevistados

Julieta tenía 17 años en 2020 y vivía con sus padres en un departamento de Wilde. Le tocó transitar el final de la secundaria durante la cuarentena: el cansancio y la desconexión con las clases virtuales la llevaron a abandonar las plataformas digitales. Luego comenzó el ingreso a la carrera de Medicina y sintió la falta de preparación, que vincula con los contenidos que no vio durante la pandemia. Durante ese tiempo diferente, desarrolló nuevas aficiones como el maquillaje y los videojuegos, y vivió tensiones con su grupo de amigos, llegando incluso a pelearse con alguno de ellos. Las salidas clandestinas, las videollamadas diarias con su familia y el sentimiento de culpa la acompañaron durante un largo período, además de la tristeza por la pérdida de su abuela.

Lucas tenía 18 años y vivía con sus padres –ambos profesionales– y un hermano menos en una casa en el barrio de Villa Crespo. Cursó cuarto y quinto año del secundario con buena parte de las clases a distancia y recuerda esos días como una etapa de angustia y frustración. La falta de contacto con sus compañeros lo afectó mucho, a pesar de los esfuerzos por mantenerse conectado a través de redes sociales. Las tensiones en casa, debido a que su padre era de riesgo, le produjeron ansiedad y problemas para dormir. Actualmente acude a terapia para procesar lo vivido, consciente de que las relaciones personales y la salud mental no volvieron a ser las mismas tras el confinamiento.

Baltazar tenía 16 años en 2020, vivía con su madre en Pilar, en una casa propia. Sus padres estaban separados. Atravesó la pandemia entre videojuegos, series y ajedrez. Aunque logró conectarse mejor con sus compañeros durante las clases virtuales, no deja de preguntarse cómo habría sido su experiencia de haber tenido un contacto presencial. Siente que el encierro le quitó meses de encuentros con amigos, pero

por otro lado mejoró su relación con la tecnología y el entretenimiento online.

Por último, Sofía tenía 12 años en 2020 y convivía con su mamá. Como sus padres estaban separados, cada tanto veía a su padre. Le tocó comenzar la secundaria en plena pandemia y se enfrentó al desafío de conocer a un grupo de pares nuevo a través de las pantallas de Zoom. La vergüenza de encender la cámara y participar la paralizaba, lo que la llevó a refugiarse en nuevas aficiones como el dibujo y la música. Su mamá seguía trabajando a la distancia, padecía un cuadro de ansiedad que se agravó con la pandemia y esto a su vez afectó a Sofía.

Mediante las historias y los testimonios de los adolescentes analizaremos los cambios en las rutinas escolares durante la pandemia, las dinámicas familiares y las estrategias que cada uno de ellos desplegó durante el aislamiento.

1.4 Nuevas configuraciones escolares: la escuela dentro de la casa

En la pandemia, la vida cotidiana de los adolescentes se vio muy trastornada. Las fronteras entre lo público y lo privado dentro del hogar se desdibujaron. La vivienda se convirtió en escenario de múltiples actividades: tareas domésticas, trabajo remunerado, educación, ocio, vínculos afectivos y nuevas experiencias ligadas a la salud física y mental. Aparecieron preocupaciones por el contagio propio o de los seres queridos, y también formas de miedo, encierro y sobrecarga emocional. Aunque todos los sectores sociales se vieron afectados por el aislamiento, no todos lo vivieron de la misma manera.

En el caso de los y las adolescentes, que no fueron el grupo más expuesto al riesgo sanitario, los efectos aparecieron en otros planos. Según Cardinaux (2020), este sector deberá enfrentar, en el corto y mediano plazo, consecuencias duraderas en términos de oportunidades truncadas. A esto se suma una suposición extendida durante la pandemia: al considerarlos más autónomos que los niños pequeños, se creyó que podían gestionar por sí mismos sus aprendizajes. Sin embargo, ese supuesto no se cumplió.

La suspensión de la presencialidad alteró las reglas que organizaban la vida escolar. La rutina institucional, que regulaba la asistencia, la promoción y la certificación, perdió fuerza. Ante esa disrupción, los

adolescentes tuvieron que reorganizar su tiempo, sus vínculos y sus formas de aprender, muchas veces sin acompañamiento suficiente.

La pandemia cambió la «domiciliación» de lo escolar, trasladándola hacia el espacio doméstico (Dussel 2020). Este cambio creó tensiones difíciles de resolver y a su vez reveló la importancia de la estructura material y simbólica de la escuela para producir un *espacio otro* donde se despliega la autonomía intelectual y afectiva progresiva. ¿Qué pasa con la mudanza de la escuela al espacio doméstico? ¿Qué sucede con la pérdida de la diferenciación de roles, reglas propias de la escuela y su reacomodación al ámbito hogareño? ¿Qué nuevas reglas y autoridades se instalan?

> «Yo sufrí bastante la virtualidad. Había algo que me era muy tosco y lento de tener clases de esa manera. Yo sé que aprendí muy poco en el terreno académico estos dos últimos años, o sea, no digo que no aprendí nada, pero fue como una regresión muy fuerte por todo el tema de que estás encerrado en tu casa, viendo una pantalla por varias horas al día, y la cabeza te queda agotada» (Lucas, 18 años).
>
> «Era feo cursar virtual. No sé si en mi caso fue tanto por no entender algo, sino porque era raro usar zoom. Porque si vos ves presencialmente al profesor, le preguntás cosas, pero por zoom no se lo preguntás porque todo queda grabado, y al menos a mí me daba cosa» (Sofía, 14 años**).**
>
> «Me despertaba a la mañana y tenía que estar en el zoom muchas horas por día. Y podía estar desde mi cama escuchando la clase» (Julieta, 17 años).
>
> «Yo vi gente que tenía clases todos los días como un horario normal de colegio, pero yo no tuve tantas. Por ejemplo, tenía una profesora de inglés que mandaba actividades y no hacía clases virtuales. Nos mandaban la tarea por una plataforma y yo hacía todo el lunes y después tenía toda la semana libre» (Baltazar, 16 años).

Más allá de las edades y el género de los entrevistados, en todos los relatos podemos observar que hay una clara ruptura de los espacios, las rutinas diarias tal y como las conocían, y una incomodidad por tener que cursar mediante una pantalla. Algo que aparece en las cuatro entrevistas es que sus experiencias educativas fueron clases sincrónicas mediante la plataforma zoom. Algunos de los entrevistados tuvieron pocas, como el caso de Baltazar, que nos cuenta que tuve menos de lo que él creía en relación con la cantidad de materias que cursaba. Pero los cuatro relatos transitaron su escolaridad mediante la sincronicidad.[1] Es decir, la virtualidad fue una estrategia clave para

[1] Un informe de la Universidad Torcuato Di Tella (2020) argumenta que las diferencias de acceso a la tecnología y conectividad se relacionan con el despliegue de dos modelos de escolarización bien diferenciados: escuelas

suplir la falta de escolaridad presencial. Sin embargo, los adolescentes entrevistados manifestaron sensaciones de malestar en esas clases virtuales debido a la baja interacción con docentes y pares, así como sentimientos de sobreexposición y vergüenza (Moguillansky *et al.* 2022).

Al respecto, Inés Dussel (2020) sostiene que la educación a distancia generó cierta individualización del trabajo pedagógico. La escuela es un espacio colectivo, un espacio de lo común; y la falta del aula presencial produce una ausencia de otras voces que hace que se pierda algo importante. En el relato de Sofía podemos vislumbrar su saturación ante tanta observación y atención adulta, a tal punto que le da vergüenza hablar porque «todo queda grabado». Este tipo de experiencias pone en evidencia que en el aula los estudiantes se reparten la carga, se escuchan, aprenden de lo que dicen otras u otros, encuentran con quién o en dónde esconderse de la demanda adulta. En ese sentido, Dussel subraya que la nueva escena pedagógica virtualizada tiene algo de panóptico, y que, lejos de convertirla en un asunto público, la convierte en un juego de exigencias y de espejos que desplazan que se está ahí para enseñar y aprender y no para atender a demandas individuales (Dussel 2020, p. 5).

> «La mayoría de los docentes no daban clases todo el tiempo. Algunos dejaban un mensaje en el *classroom*. Y eso a veces daba la sensación de que no existían. Pero cuando volvimos a las clases se notaba el esfuerzo que intentaban hacer para enseñarnos» (Baltazar, 16 años).
>
> «Al principio de 5to, cuando recién empezó la cuarentena, tenía ganas de hacer las tareas. Todo el primer trimestre me fue re bien porque hacía todo. Me despertaba a la mañana, me conectaba a los zooms, y hacía las tareas. Tenía una rutina como si estuviera dentro de la escuela. Pero ya para el segundo trimestre no hice nada. Y en sexto me pasó lo mismo. Entendí que no importaba si hacía todo o no hacía nada, igual iba a aprobar. Y entonces se me fueron las ganas de intentar» (Julieta, 17 años).
>
> «Muchas clases me resultaban muy aburridas. Era muy pesado levantarte a la mañana y escuchar a una profesora hablar por dos horas seguidas de lo mismo» (Sofía, 14 años).

WhatsApp y escuelas Zoom. El documento expone que, en los contextos más desfavorecidos, los docentes utilizaron la aplicación de WhatsApp como principal herramienta, y en segundo lugar el correo electrónico: dos instrumentos de naturaleza asincrónica y fácil acceso. En cambio, en los contextos con población favorecida se utilizó como principal herramienta las videoconferencias sincrónicas (la más extendida es Zoom), con una frecuencia de intercambio diario en la mayoría de las escuelas. En ese sentido, las cuatro experiencias se enmarcan en un sector social relativamente homogéneo en sus condiciones de vida.

Tal como podemos observar, la tarea escolar que recibieron los y las adolescentes a través de tecnologías digitales tomó distintas connotaciones. En algunos casos, resultaba una organizadora estructural del día, pero para otros aparecía como excesiva, o como una actividad rutinaria y obligatoria, que limitaba la función de la escuela a enviar la tarea y la de los estudiantes a realizarla. Julieta comparte una experiencia de desmotivación progresiva. Al inicio de la cuarentena, se sentía comprometida, con una rutina que le daba sentido a las tareas, pero con el tiempo, su interés disminuyó al darse cuenta de que el esfuerzo no influía en sus calificaciones. La monotonía de las clases virtuales y la falta de motivación en los contenidos también generaron desánimo. La mayoría de los testimonios evidencian la dificultad de mantener el interés y la conexión emocional en un formato educativo distante y repetitivo. Pero el límite no es solamente el de la capacidad de las plataformas y las emociones que los y las adolescentes tienen al respecto, sino también el de la atención, ya que resultaba arduo tener que estar varias horas conectados.

Este tipo de experiencias no hacen más que visibilizar los problemas de la nueva economía de la atención. Al respecto, Dussel sostiene que en el último tiempo la atención es pensada como mercancía. Plataformas mundiales intentan captar segundos o minutos de nuestra atención en avisos publicitarios. Si bien esto no es una novedad, el impacto y el avance es cada vez mayor. En esta nueva economía de la atención, es difícil concentrarse en algo. Y si en la escuela concentrarse en el estudio ya era difícil, en el ámbito doméstico lo fue mucho más porque cobran otra dimensión las interrupciones continuas de lo doméstico en las clases o la posibilidad de poder apagar una cámara y seguir estando al mismo tiempo:

> «Yo me conectaba a las clases, pero sin la cámara. Nadie la tenía prendida. Yo no la prendía porque me daba vergüenza. Igual pensaba, "pobre profe está viendo la pantalla negra", porque era todo silencio y oscuridad, y cuando hablaba estaban todos callados. Porque si te confundías quedabas como muy expuesto. Y nadie contestaba. La profesora tenía que decir el nombre específico de la persona. Y había veces que ni así contestaban... decían que se les había roto el micrófono, y que por alguna razón tampoco podían escribir» (Sofía, 14 años).

> «Yo prendía la cámara, era de los pocos. Porque me daba un poco de cosa; es que vos veías a la mayoría de la gente y nadie con la cámara prendida, era la nada misma y nadie respondía y la mayoría estaba desde la cama» (Lucas, 18 años).

La virtualización de las clases durante la pandemia trajo consigo nuevas experiencias escolares que se cruzaron con diferencias de género. Una de ellas puede observarse en el uso de la cámara durante las clases sincrónicas. En el testimonio de Sofía aparece con claridad una sensación de vergüenza frente a la posibilidad de encenderla y participar. Esa incomodidad se relaciona con formas de exposición que, en la adolescencia, adquieren un peso particular. Los cambios corporales, junto con la presión social sobre la apariencia, suelen afectar con más intensidad a las mujeres. Esta situación invita a una pregunta más amplia: ¿por qué la cámara encendida durante la clase genera más vergüenza que la exposición en redes sociales, donde las imágenes circulan sin mediación adulta y con una posibilidad real de recibir críticas? La presencia del docente y del grupo escolar, en un contexto que mezcla lo público y lo íntimo, podría amplificar la sensación de desajuste, sobre todo cuando el aula virtual se superpone con el espacio del hogar.

El encierro también volvió más visible ese otro plano de exposición: el fondo de la casa, la habitación compartida, los sonidos familiares. Para muchos adolescentes, mostrar su entorno doméstico resultó incómodo. El temor a ser juzgados por el espacio donde viven reforzó esa incomodidad. Giddens (1997) sugiere que las situaciones de crisis como la pandemia pueden quebrar la seguridad ontológica, es decir, la confianza básica que permite actuar en el mundo. En ese marco, emergen sensaciones de inadecuación y vergüenza, que debilitan la autonomía y afectan el modo en que los sujetos se presentan ante los demás.

1.5 Rutinas alteradas: cambios en el sueño y el impacto del sedentarismo en los y las adolescentes

Durante la pandemia, la vida cotidiana de los adolescentes se volvió más sedentaria. En las zonas urbanas de la Argentina, al igual que en muchos otros países, se observó una disminución en la actividad física y un uso más prolongado de pantallas (Simoni y Páez 2022). La interrupción de las clases presenciales, las restricciones para circular y el cierre de espacios recreativos redujeron las oportunidades para moverse, jugar o entrenar. Según la Sociedad Argentina de Pediatría, los adolescentes deberían realizar al menos una hora diaria de actividad

física de intensidad moderada. Sin embargo, durante el confinamiento, pocos lograron sostener ese mínimo. La falta de movimiento no solo afectó la salud, sino también el estado de ánimo, el sueño y la capacidad de concentración, aspectos claves en una etapa de crecimiento y transformación como la adolescencia. En la pandemia esto disminuyó enormemente:

> «Lo de mi hermano fue un desastre porque le pegó muy rara la cuarentena. En ese momento tenía 14 años. Estaba todo el día encerrado con la computadora. Yo lo iba a visitar al cuarto cada tanto a ver cómo andaba porque no lo veía nunca. A veces aparecía para almorzar, pero comía re rápido y se iba corriendo al cuarto. Estaba encerradísimo y era una madriguera el lugar. Sin luz, toda ropa tirada, todo hecho un desastre, comida en el escritorio, y él mirando la computadora. Si yo le decía "che, ¿no me acompañas a comprar una lata de coca al quiosco?", y no, no salía. Siempre le gustó jugar los jueguitos en la compu, pero nunca fue este nivel de encierro. Tenía todo el día las persianas cerradas, no veía nadie, hablaba con los amigos por celular y no salía del cuarto» (Lucas, 18 años).
>
> «Me pasó de estar todo el día encerrada, con la ropa con la que me despertaba. A veces no me bañaba o no me cambiaba de ropa en todo el día» (Sofía, 14 años).

Estos fragmentos indican el profundo impacto que el encierro tuvo en las rutinas diarias de los y las adolescentes, en particular en lo relacionado con el sueño y el sedentarismo. La cita de Lucas describe cómo su hermano pasó de una relación más equilibrada del uso de la computadora a un aislamiento extremo, donde la actividad física y los vínculos con su entorno fueron drásticamente reducidos. Este comportamiento no solo ilustra la falta de actividad física recomendada por organismos de salud, sino también un deterioro del espacio personal, que se convierte en una «madriguera» desordenada y oscura, símbolo del aislamiento emocional y social. Por otra parte, Sofía describe una situación similar en la que su rutina básica, como cambiarse de ropa o salir de la cama, también quedó afectada. Esto subraya cómo el encierro forzado afectó las corporalidades adolescentes, que se vieron inmovilizadas y limitadas a comportamientos sedentarios. La falta de interacción física en espacios sociales como la escuela, clubes, bares, sumado al exceso de tiempo frente a pantallas, alteró la salud física y psicológica, dejando a muchos jóvenes a la «intemperie», desprovistos de los cuidados y contención habituales (Simoni y Páez 2022). A la vez, este sedentarismo trajo cambios corporales. A la salida de la pandemia, con el regreso a clases presenciales, el reencuentro entre los adolescentes fue complejo.

> «Muchos de mis compañeros estaban muy cambiados. Hay un compañero que estaba así (gesto con las manos) de alto, como dos metros (risas). A mí me daba cosa verlos y que

> ellos me vean a mí porque no me cuidé tanto físicamente. A todos nos pasó lo mismo, me acuerdo de que nos daba vergüenza sacarnos el barbijo en las clases de educación física. Era raro ver la cara entera de alguien. Ahora aprovecho el barbijo para esconderme un poco también» (Sofía, 14 años).

> «La vuelta a clase en 5to año fue darme cuenta de que realmente no reconocía a un montón de gente. Personas que tuve un vínculo cercano por tres años y de la nada tuvieron todo un cambio en el que no pude estar presente, nadie pudo estar presente, y pasaron cosas. Darte cuenta de que toda la gente que conocías con 15 o 16 años, ahora tienen 18 y son personas completamente distintas, que les pasaron mil cosas, y no te vieron por un año, eso también fue muy fuerte» (Lucas, 18 años).

Sofía menciona que el reencuentro con sus compañeros luego de la pandemia fue marcado por cambios físicos notorios, tanto en ella como en los demás. La referencia a un compañero que creció significativamente durante ese período expone lo rápido que sus cuerpos cambiaron en la ausencia del contacto cotidiano. Por otro lado, el uso del barbijo no solo se transformó en una medida sanitaria, sino también en una herramienta para ocultar su apariencia e inseguridades que surgieron durante el aislamiento. En lo referido a los cambios, Lucas experimentó una fuerte desconexión con sus compañeros con quienes compartió vínculos cercanos antes de la pandemia. Su relato sostiene que se convirtieron en «personas completamente distintas» luego de esta experiencia. En estos dos fragmentos podemos observar que el aislamiento extendido no solo afectó sus cuerpos, sino que también alteró las dinámicas sociales y afectivas, donde pasaron cosas sin que nadie estuviera presente para compartirlas.

En cuanto a las rutinas de sueño, los y las adolescentes necesitan dormir más que los adultos: al menos ocho por día. El descanso es vital para desempeñarse en la escuela y en la vida. Los adolescentes privados de sueño no pueden concentrarse y su aprendizaje y sus calificaciones se ven afectados. También están más irritables y ansiosos a lo largo del día, por lo que sus relaciones se resienten (Haidt 2024). En el caso de Baltazar, recuerda que durante la pandemia se trastornaron sus horarios y tuvo dificultades para dormir:

> «Mis horarios estaban todos cambiados. Yo me acuerdo de que me levantaba muy tarde, había días que me iba a acostar a las 7 de la mañana y me levantaba a las 3 de la tarde. Después me costó un montonazo volver a levantarme temprano y empezar a cumplir el horario normal. A veces decía "bueno me voy a ir a dormir temprano", y no podía. Siempre me quedaba despierto porque vivía en llamada con mis compañeros y no te dabas cuenta cómo pasaba el tiempo y miraba el reloj y eran las 6 de la mañana» (Baltazar, 16 años).

En contraste, Sofía cuenta que durante el aislamiento mantuvo una rutina con horarios más o menos similares a los previos, ordenando el día en función de las clases virtuales, aunque algunos días se levantaba más tarde:

> «Mantenía la misma rutina porque tenía las clases virtuales. Por ahí los días que no tenía clases virtuales me despertaba más tarde» (Sofía, 14 años).

El testimonio de Baltazar nos muestra cómo los horarios irregulares y la exposición a pantallas hasta altas horas de la madrugada afectaron su patrón de sueño. La descripción de sus noches largas, hablando con sus amigos por teléfono, sumadas a la dificultad para reestablecer una rutina normal después del confinamiento, nos indica cómo el cambio en las rutinas diarias impactó negativamente en su capacidad para mantener horarios regulares y en su bienestar general. Su experiencia pone de relieve cómo las distracciones digitales contribuyen a la alteración del sueño que afecta su capacidad para concentrarse y participar en actividades diarias. Por otro lado, el relato de Sofía revela una adaptación parcial a la nueva rutina con clases virtuales, que permitió cierto grado de flexibilidad en sus horarios de sueño. El comentario sobre los cambios en el sueño vinculado a la ausencia de escolaridad presencial destaca cómo la falta de una rutina estructurada y la flexibilización de horarios contribuyeron a una mayor relajación en las rutinas de sueño.

En suma, la interrupción de las rutinas escolares y la falta de interacción social afectaron el bienestar emocional, pero también su relación con el cuerpo, la alimentación y los cuidados en casa. La combinación de estos factores trastocó sus vínculos con los demás y con ellos mismos y exacerbó el malestar y la sensación de desamparo que muchos experimentaron en este período (Tuñón *et al.* 2022).

1.6 Cambios en las prácticas de cuidado durante la pandemia

Tradicionalmente, el cuidado fue concebido como una actividad unidireccional, donde los adultos y las instituciones eran responsables de proteger a los más jóvenes, considerados vulnerables. Sin embargo, la pandemia del COVID-19 introdujo un cambio significativo en esta noción. Según Barcala (2022), los adolescentes no solo se percibieron como receptores de cuidados, sino también como cuidadores activos.

Este cambio se evidenció en los y las adolescentes cuando comenzaron a asumir roles de cuidado hacia sus familiares y la sociedad en general:

> «Mi mamá siempre tuvo traumas de la infancia. Durante la pandemia tenía mucha ansiedad y estrés. No era violenta ni nada. Pero ella estaba mal, y verla así me ponía mal. Ella estaba todo el día en la computadora y no hablaba con nadie. A veces estaba en el cuarto de ella como para acompañarla, pero no podíamos tener una conversación porque tenía que estar constantemente concentrada en la computadora» (Sofía, 14 años).
>
> «Mi vieja labura de arquitecta, así que en ese momento laburo no tenía, y mi viejo es emprendedor y labura mucho con acciones, pasa mucho tiempo en casa. Los dos tenían poco trabajo y era muy intensa la convivencia 24/7. Hubo mucha pelea, la verdad que fue complicado. Cuando estás conviviendo con alguien tanto tiempo y tan pegado, es imposible no tener roces. Encima mi hermano y yo somos adolescentes, claramente nos vamos a pelear» (Lucas, 18 años).

En ambos relatos se observa la experiencia de roles de cuidado activos. Sofía, por ejemplo, describe cómo la salud mental de su madre le afectaba y cómo ella intentaba acompañarla, incluso cuando no podían tener una conversación por el trabajo. En este caso, Sofía no solo experimentó el impacto emocional de ver a su madre en una situación de estrés, sino que también adoptó una postura de apoyo, aunque sea de manera silenciosa. Por otro lado, Lucas describe una dinámica familiar más tensa, marcada por el confinamiento. La cercanía obligada por la pandemia exacerbó los conflictos familiares. La repetición de roces familiares, las peleas constantes y el resentimiento acumulado indican cómo el confinamiento generó situaciones de agotamiento emocional en los y las adolescentes:

> «Al principio las compras fueron un desastre. Me acuerdo de que a mi viejo le agarró la paranoia. Era de esos que veían mucho las noticias, se perseguía y todo era terrible. Entonces las compras eran una operación complejísima y todos limpiábamos cada cosa que comprábamos con alcohol y con lavandina. Fue muy difícil la convivencia con mi familia. Tener que vivir con una persona que es población de riesgo y que encima es de base muy hipocondríaca, no es para cualquiera. La situación en casa fue muy complicada y hubo muchas peleas y mucho resentimiento» (Lucas, 18 años).

El miedo al otro se convirtió, durante la pandemia, en un factor que favoreció el encierro y debilitó los lazos con el entorno. En muchas familias, este temor provocó tensiones difíciles de manejar. Este tipo de reacciones no solo reflejan una preocupación por el bienestar familiar, sino que también muestran cómo el aislamiento afectó el tejido social. El testimonio de Lucas sobre las compras ilustra con claridad cómo ese temor al contagio se transformó, en su hogar, en un comportamiento

obsesivo por parte de su padre, intensificando la tensión familiar. Ese miedo desbordado a la infección puede interpretarse como una forma extrema de cuidado hacia los propios, pero también como un factor que profundizó el aislamiento y debilitó los lazos con el entorno social. A pesar de los discursos que señalaron a los adolescentes como indiferentes frente a la crisis, la experiencia mostró otra cosa. En distintos hogares, los jóvenes se cuidaron entre sí y cuidaron a los suyos. Muchos expresaron angustia por la posibilidad de contagiar a personas queridas y sintieron el peso de una responsabilidad que no eligieron (Moguillansky *et al.* 2022).

En algunas investigaciones se advierte un cambio en la distribución de las tareas del hogar. Ianina Tuñón y su equipo (2021) observaron que, al reducirse el tiempo dedicado a la escuela, los adolescentes asumieron nuevas responsabilidades domésticas. Lejos de la imagen de pasividad, este involucramiento en el cuidado cotidiano muestra una forma concreta de compromiso con la vida familiar. En muchos casos, ese esfuerzo se acompañó de sentimientos de culpa y sobrecarga, sobre todo cuando había personas del grupo de riesgo en la casa.

1.7 El hogar como refugio: desafíos de «volver» al mundo exterior

Entendida como epicentro de la vida privada, la casa es la unidad productiva y reproductiva en torno de la cual se organizan buena parte de las tareas y actividades que conforman la vida cotidiana. Más allá de las innegables cualidades simbólicas que unen al habitante con su espacio vivido, la casa está asociada con la noción de «morada» desde la cual, entre otros procesos, se garantiza la reproducción de la fuerza de trabajo a través del alimento, el descanso, la higiene, etcétera (Gardiner 1997). Al mismo tiempo, constituye un lugar que hace posible el despliegue y resguardo de la intimidad, los afectos y proyectos. Como tal, la casa ofrece abrigo y sostén, presentándose a sus habitantes como garantía del cuidado y protección necesarios para la vida. Al sintetizar las conexiones más estrechas entre espacio e intimidad, la casa es un centro espacial y afectivo a partir del cual se producen, fijan y evalúan los contenidos de las relaciones de pertenencia, identidad, extranjería, etcétera, que organizarán las más diversas interacciones sociales. En el mejor de los casos, bajo el cobijo de la casa los sujetos inician sus aprendizajes sociales y afectivos;

aprendizajes que irán forjando el andamiaje de costumbres, hábitos y valores que marcarán sus trayectos por el mundo social (Hochschild 2008; Pautassi y Zibecchi 2013). Más allá de que la casa cobró una importancia relevante durante el confinamiento, los y las adolescentes estuvieron de acuerdo en que su lugar «preferido» dentro de ese entorno fue su habitación:

> «Bueno mi casa es un terreno en el que hay tres casas. Y en el mismo terreno viven mi tía y mi abuela. Y muchos animales que son de ellas, gatos y perros. El espacio que más usé fue mi pieza, básicamente vivía acá. Me acuerdo de que a veces pasaban tres días en que no salía, me la pasaba jugando a los jueguitos en mi cuarto» (Baltazar, 16 años).
>
> «Tengo 14 años, vivo en la casa de mi papá y en la casa de mi mamá. Ahora estoy la semana con mi mamá porque el colegio está cerca de la casa de mi mamá, y los fines de semana con mi papá. En el espacio que más estoy es en mi cuarto» (Sofía, 14 años).
>
> «Después de la pandemia, quedarme en casa es algo que hago mucho. Puedo estar 5 días seguidos en mi casa y no me parece raro ni nada, cuando en otro momento quizás sí» (Julieta, 17 años).

Comprendida en forma global, la habitación es un «pequeño universo» en el que se articulan y transcurren distintas actividades personales. En todos los casos, los adolescentes destacan que su habitación es el espacio que más utilizan y en el que se sienten más cómodos. Esta elección indica que la habitación no solo representa un lugar físico, sino también un espacio personal y emocional significativo para ellos. Baltazar, por ejemplo, vive en un terreno compartido con familiares y animales, pero su habitación es su lugar predilecto, lo que indica una necesidad de un espacio propio en un entorno con muchas personas. Por otra parte, Sofía menciona que su habitación en la casa de su mamá es su espacio preferido mientras está allí. Esto indica que, a pesar de la dualidad de sus entornos, su cuarto le proporciona una sensación de estabilidad y pertenencia. Julieta, en cambio, experimentó un cambio luego de la pandemia ya que ahora le resulta normal pasar varios días seguidos en su casa. Este relato pone de manifiesto las transformaciones en las dinámicas de vida cotidiana que trajo el aislamiento, en particular en relación con la percepción del tiempo que pasamos en el hogar.

Según Segura y Caggiano (2021, pp. 6-7), al alterarse los tiempos de habitación de los espacios de la casa, el trabajo, la distensión y el esparcimiento convergen en un mismo lugar, lo que en la experiencia de los y las adolescentes permitió dar continuidad de otra manera a las actividades que dejaron de realizarse fuera del hogar. En efecto,

«el cuarto propio», donde mayormente estuvieron recluidos, fue el espacio doméstico central en los relatos de los adolescentes entrevistados, inclusive entre aquellos que manifestaban tener una casa grande o ambientes al aire libre como un patio o balcón.

Ahora bien, si en la pandemia la casa era entendida como un refugio, ¿qué pasa cuando se vuelve «a la normalidad»? En las entrevistas se registra una sensación de tiempo perdido y una nostalgia por los vínculos y experiencias que parecieran no poderse recuperar:

> «Yo siempre me pregunto cómo hubiera sido el 2020 si íbamos al colegio. Seguro que pasaba más tiempo con mis amigos. Creo que eso fue una de las peores cosas, el no tener interacciones con los amigos en persona porque literalmente no los vi por un año» (Lucas, 18 años).
>
> «Ir al colegio para mí era vivir la experiencia de estar en quinto. Más que nada la ilusión de que el año que viene iba a ser promo y que quinto es como el año más tranquilo, porque no tenés que elegir carrera ni nada de eso y podés disfrutarlo. Y bueno, no lo pude vivir» (Baltazar, 16 años).
>
> «Egresé el año pasado del colegio y ahora estoy haciendo el curso de ingreso para entrar a la facultad de Medicina. Es un mes de curso y te toman una prueba final. Estoy bastante nerviosa porque es muy difícil. Aparte no conozco a nadie. Dentro de lo que me preocupa el curso de ingreso, está también eso de si voy a ser amigos o no, si voy a poder socializar» (Julieta, 17 años).

Una coincidencia entre los adolescentes es la sensación de que perdieron un tiempo y/o una experiencia específica e irrecuperable durante la pandemia. Este sentimiento acrecienta emociones como la angustia, el miedo o la tristeza. La interrupción de rituales de pasaje, como los últimos años de escuela o la transición a la universidad, revelan la importancia de estos momentos para la formación de la identidad y la sociabilidad. El aislamiento y la falta de interacciones presenciales generaron ansiedad, como el caso de Julieta, sobre la capacidad para socializar y establecer nuevas conexiones en un mundo postpandémico.

Por último, el regreso a la escuela y el reencuentro con sus pares está asociado a sensaciones de vergüenza y desconocimiento. Los demás cambiaron y muchos indican la dificultad para recuperar viejas amistades o, directamente, perderlas del todo y entrar en la trabajosa construcción de nuevos lazos. Esta sensación aparece con más fuerza en aquellos jóvenes que estaban en las etapas iniciales y finales de su educación secundaria al momento del aislamiento más estricto (Moguillansky *et al.* 2022).

1.8 Conclusiones

La pandemia marcó a una generación de estudiantes que atravesaron años cruciales de su vida académica y social en aislamiento, donde cada uno enfrentó (y sigue enfrentando) desafíos y realidades distintas. La suspensión de las clases presenciales y la necesidad de reorganizar las tareas de cuidado transformaron el hogar en un espacio multifuncional, donde los distintos miembros de la familia debieron gestionar sus actividades cotidianas a través de dispositivos conectados a Internet (Acevedo 2021; Anderete Schwal 2020; Heredia 2022).

Sin embargo, la experiencia de la pandemia no fue vivida de manera homogénea. El análisis de las entrevistas muestra similitudes y diferencias en las vivencias de los adolescentes durante el confinamiento. En cuanto a los puntos en común, todos experimentaron rupturas en su rutina académica y social, lo que generó sentimientos de aislamiento y la necesidad de buscar nuevas aficiones. Sin embargo, las diferencias radican en la manera particular en que cada uno procesó este contexto adverso: mientras Julieta y Lucas experimentaron un impacto emocional profundo, marcado por el malestar escolar y el acompañamiento terapéutico, Baltazar encontró cierto equilibrio en el entretenimiento digital, y Sofía se refugió en actividades creativas. Lo interesante de estas discrepancias es que los adolescentes no se limitaron a repetir los discursos de los adultos para entender estos cambios. Desarrollaron sus propias elaboraciones personales con los recursos de cada uno.

Por último, un aspecto relevante que merece un análisis más profundo se relaciona con el retorno a las prácticas de sociabilidad presenciales y a los espacios de interacción cara a cara, dado que los contextos a los que se regresa parecen haber sufrido transformaciones significativas. También sería interesante analizar si en este regreso hubo diferencias de experiencias según el género, ya que en el análisis de las entrevistas vislumbramos como Sofía, por ejemplo, narró que tenía vergüenza debido a la exposición frente a pantallas.

En conclusión, la pandemia no solo modificó las dinámicas familiares, sociales y educativas, sino que también reconfiguró las formas en que los adolescentes se relacionan con el mundo y consigo mismos. ¿Qué nuevas formas de habitar el espacio público y privado surgirán a partir de estos cambios? ¿Cómo se verán afectadas las relaciones in-

tergeneracionales, los vínculos sociales y la percepción de los jóvenes sobre su futuro? Sin lugar a duda, son interrogantes que aún no pueden ser respondidos, producto del contexto emergente y cambiante que transitamos. Pero plasmarlos, es un buen punto de partida.

Referencias

ACEVEDO, IVONNE

2021 «Informalidad en los tiempos del COVID-19 en América Latina: implicaciones y opciones de amortiguamiento», en *Revista CEPAL*, n.º 140, referencia citada en página 17.

ANDERETE SCHWAL, MARIANO

2020 «Las desigualdades educativas durante la pandemia en la educación primaria de Argentina», en *Revista Andina de Educación*, vol. 4, n.º 1, págs. 5-10, referencia citada en página 17.

BARCALA, MARCELA ALEJANDRA; ALEJANDRO DANIEL WILNER; CARLA ELIZABETH MICELE; CAROLINA CORRALES; EMILSE NOEMÍ MORENO; MARCELA D'ANGELO; MARIANA HEREDIA; NADIA SÁNCHEZ Y PATRICIA VILA

2022 «Infancias y adolescencias: vivencias durante la pandemia por Covid-19 en Argentina», en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, vol. 20, n.º 2, págs. 1-25, referencia citada en página 12.

CAGGIANO, SERGIO Y RAMIRO SEGURA

2021 «La casa como proceso. Aislamiento y experiencia urbana durante la pandemia a través de la fotografía», en *Ciudadanías. Revista De Políticas Sociales Urbanas*, n.º 8, recuperado de <http://revistas.untref.edu.ar/index.php/ciudadanias/article/view/1125>, referencia citada en página 15.

CARDINAUX, NANCY

2020 «El derecho a la educación atravesado por COVID-19», en *COVID-19 y derechos humanos: la pandemia de la desigualdad*, ed. por Juan Pablo Bohoslavsky, Buenos Aires: Biblos, referencia citada en página 5.

CHAVES, MARIANA

2009 «Investigaciones sobre juventudes en la Argentina: estado del arte en ciencias sociales 1983-2006», en *Papeles de trabajo*, n.º 5, referencia citada en página 2.

DE SINGLY, FRANCOIS

2000 «O nascimento do 'indivíduo individualizado' e seus efeitos na vida conjugal e familiar», en *Família e individualização*, org. por Clarice Ehlers Peixoto; François de Singly y Vincenzo Cicchelli, Río de Janeiro: Editora FGV, págs. 13-19, referencia citada en página 3.

DUSSEL, INÉS
2020 «La escuela en la pandemia. Reflexiones sobre lo escolar en tiempos dislocados», en *Praxis Educativa*, n.º 15, págs. 1-16, recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=89462860086> (visitado el 22-05-2023), referencia citada en páginas 6, 7.

FAILLA, HUGO
2021 «La cuarentena no fue grupo. Notas sobre clínica de adolescentes en pandemia», en *Controversias en psicoanálisis de niños y adolescentes*, págs. 10-18, referencia citada en página 3.

GARDINER, JEAN
1997 *Gender, Care and Economics*, Londres: Macmillan Press, referencia citada en página 14.

GIDDENS, ANTHONY
1997 *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona: Península, referencia citada en página 9.

HAIDT, JONATHAN
2024 *La generación ansiosa: cómo el gran recableado de la infancia está provocando una epidemia de enfermedades mentales*, Nueva York: Penguin Random House, referencia citada en página 11.

HEREDIA, MARIANA
2022 *Qué pudo y qué no pudo el Estado frente a la emergencia del covid-19 y después*, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en página 17.

HOCHSCHILD, ARLIE
2008 *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*, Madrid: Katz Editores, referencia citada en página 15.

MARGULIS, MARIO
2001 «Juventud: una aproximación conceptual», en *Adolescencia y Juventud en América Latina*, San José de Costa Rica: Libro Universitario Regional, págs. 41-56, referencia citada en página 3.

MARGULIS, MARIO Y MARCELO URRESTI
2008 «La juventud es más que una palabra», en *La juventud es más que una palabra*, ed. por Mario Margulis, Buenos Aires: Biblos, págs. 13-30, referencia citada en página 2.

MOGUILLANSKY, MARINA; PAULA SIMONETTI; PABLO SALAS TONELLO; BORIS PAPEZ Y BRENDA PERALTA
2022 «Emociones, sociabilidad y espacio doméstico: adolescentes y adultos mayores durante la pandemia del Covid-19», en *XI Jornadas de Sociología de la UNLP*, referencia citada en páginas 7, 14, 16.

PAUTASSI, LAURA Y CLAUDIA ZIBECCHI
2013 (coords.), *Las fronteras del cuidado. Agenda, derechos e infraestructura*, Buenos Aires: Biblos, referencia citada en página 15.

REGUILLO, ROXANA

2000 *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Bogotá: Grupo Editorial Norma, referencia citada en página 3.

SAP

2020 *Sociedad Argentina de Pediatría. Percepciones y Sentimientos de Niños Argentinos frente a la Cuarentena COVID-19. Resultados Preliminares*, referencia citada en página 3.

SIMONI, LAURA Y MARÍA FLORENCIA PÁEZ

2022 «Infancias, adolescencias y pandemia. Cuerpos, espacios (im) posibles y la búsqueda de estar juntas/os en contextos de pobreza», en *Administración Pública y Sociedad*, n.º 13, págs. 64-91, referencia citada en páginas 9, 10.

TUÑÓN, IANINA

2021 *Nuevos retrocesos en las oportunidades de desarrollo de la infancia y adolescencia. Tendencias antes y durante la pandemia de COVID-19*, recuperado de <https://repositorio.uca.edu.ar/handle/123456789/12060>, referencia citada en página 14.

TUÑÓN, IANINA; MARTÍN FARINOLA Y FERNANDO LAÍÑO

2022 «Cambios en actividad física extraescolar y conductas sedentarias con pantallas en niños/as y adolescentes argentinos durante las restricciones por COVID-19», en *Revista de Salud Pública*, vol. XXVII, n.º 11, págs. 61-87, referencia citada en página 12.

UNICEF

2020 *Encuesta de Percepción y Actitudes de la Población. Impacto de la pandemia COVID-19 y las medidas adoptadas por el gobierno sobre la vida cotidiana. Informe sectorial de Educación*, Buenos Aires: UNICEF Argentina, referencia citada en página 3.

CAPÍTULO 2

Trabajar, estudiar y cuidar en pandemia: experiencias de tres jóvenes en el AMBA

MAGDALENA LEMUS

2.1 Presentación

¿Cómo vivieron las personas jóvenes el aislamiento durante la pandemia? ¿De qué manera reorganizaron sus rutinas laborales y/o educativas? ¿Qué características adquirió el cuidado propio y ajeno? En este capítulo abordamos estos interrogantes a través de la reconstrucción de las experiencias de vida de tres jóvenes de entre veinte y veintinueve años, de distintos géneros y clases sociales, que nos permiten mostrar situaciones heterogéneas y también aspectos comunes. A través de estas tres historias, exploramos la tesis que sostenemos a lo largo del libro: la pandemia fue un fenómeno universal y totalizador en muchos aspectos pero no puede ser leído únicamente como tal. En cambio, es importante dar cuenta de las formas particulares que adquirió según ciertos clivajes, como la clase social, la edad, la configuración familiar, entre otros. La pandemia generó, en parte, experiencias comunes entre diferentes pero, como tantos otros fenómenos, hizo pie sobre condiciones preexistentes, caracterizadas en nuestro país por desigualdades de larga data. En este sentido, iremos recorriendo en el capítulo tres experiencias juveniles que no solo son diferentes sino también desiguales por las condiciones previas de existencia, por las responsabilidades que enfrentaron y por las posibilidades que tuvieron de sostener sus proyectos de vida.

En las experiencias que reconstruimos hay al menos dos cuestiones en común. Primero, una drástica –a la vez que pasajera en términos

de la extensión de sus trayectorias vitales– transformación de la vida cotidiana. Segundo, el intento por sostener los proyectos de vida previos a la pandemia. Esta reorganización de la vida cotidiana se explica por las restricciones a la circulación, sus efectos en distintos rubros de la economía y por la implementación de la educación remota de emergencia (ERE, en adelante).[1] A su vez, para buena parte de la población –incluida la juvenil– cuidar a otros/as cercanos/as se volvió una tarea ineludible que trató de compaginarse con sostener los estudios y, en algunos casos, también con sostener económicamente al hogar. Las diferencias en cómo se vivió la pandemia radican entonces en las desiguales cargas laborales y de cuidado y en los también desiguales recursos que poseían los/as jóvenes para hacer frente a los desafíos que se imponían, aspectos que desarrollaremos a continuación.

2.2 Antecedentes

Desde hace varias décadas las juventudes ocupan un lugar de relevancia en las indagaciones de las ciencias sociales. Sobre este grupo heterogéneo y atravesado por desigualdades y diferencias en múltiples dimensiones, han descansado expectativas de transformación social a la vez que representaciones tendientes a negativizar sus prácticas (Chaves 2005). En distintos trabajos se ha señalado que las juventudes deben ser abordadas en la trama de relaciones sociales e históricas en el que adquieren significación y a partir del cual se construyen representaciones, identificaciones y prácticas atravesadas por el género, la clase social, la cultura, la localización geográfica, entre otras dimensiones de relevancia (Margulis 2001; Reguillo 2000, entre otros). Esto implica considerar a las/os jóvenes como «como seres en renación» (Chaves 2010, p. 37) cuyos modos de vivir y significar esa etapa vital,

[1] La educación remota de emergencia (ERE), fue definida por el Consejo Interuniversitario Nacional como una «modificación transitoria en la modalidad de dictado y evaluación sin transformación de la modalidad presencial de las carreras, sino en adaptación temporal al contexto debido a la emergencia sanitaria» (Martín 2023, p. 47). La ERE se aplicó en todos los niveles educativos y no buscó «recrear un ecosistema educativo robusto, sino más bien proporcionar acceso temporal a la instrucción y a los apoyos instructivos de una manera rápida y fácil de instalar durante una emergencia o crisis» (Hodges *et al.* 2020, p. 17; en Macchiarola *et al.* 2021, p. 199).

y también las prescripciones que recaen sobre ella, se modelan en relación con otros/as.

Durante la pandemia, las medidas de aislamiento se erigieron sobre miradas estereotipadas de las juventudes, basadas en el desconocimiento del aporte de este grupo a las dinámicas familiares de cuidado y de obtención del sustento económico. Los/as jóvenes fueron representados como un grupo que, de contagiarse, no se vería tan afectado (con excepción de quienes componían los grupos de riesgo), como nativos/as digitales que no requerían tanto acompañamiento como los/as niños/as para sostener sus trayectorias educativas, como actores que resistían los controles y medidas de aislamiento y se convirtieron así en «mero objeto de vigilancia» (Navarro y Semán 2022, p. 10).

Los jóvenes se vieron afectados emocionalmente durante la pandemia y esto tuvo resonancias en el estudio, el trabajo y las relaciones interpersonales (Kaplan 2021; Navarro y Semán 2022). La experiencia de pérdida marcó a las juventudes y tomó múltiples rostros: perder a seres queridos, el trabajo (ellos mismos o sus familiares) y perder el contacto con amigos/as y pares. Entre los/as jóvenes también se extendió un sentimiento de soledad frente a la imposibilidad de contar con el sostén cotidiano y físico de los/as amigos/as, compañeros/as de escuela y docentes (Kaplan 2021). Por ello, la pérdida del lazo social junto al malestar frente al encierro se configuraron como algunas de las cuestiones más significativas de la pandemia (Di Napoli *et al.* 2022).

En términos generales, la gestión de la pandemia tendió a representar de forma estandarizada y homogénea a las sociedades, ignorando -al menos al comienzo- las desiguales condiciones materiales y habitacionales para sostener el confinamiento (Martuccelli 2021). Así, las medidas pasaron por alto la importancia de la sociabilidad en tanto soporte de la existencia cotidiana de las personas. Tomar en cuenta el rol de las emociones y los afectos en la experiencia de pandemia nos permitirá reconstruir un panorama marcado por dificultades, contradicciones y ambivalencias.

2.3 Tres jóvenes en pandemia

La irrupción de la pandemia y las medidas asociadas para contenerla, generaron modificaciones en la vida cotidiana de la población, que

se asentaron sobre desigualdades de distinto tipo ya existentes (Dalle *et al.* 2022) Como ha sido analizado en otros trabajos, la pandemia afectó de forma considerable la economía del país, aumentando la desocupación y profundizando el deterioro del salario (Chávez Molina y Rodríguez de la Fuente 2022). A lo largo de este apartado, presentamos las experiencias durante la pandemia de tres personas jóvenes, residentes en el AMBA, de distintos géneros, posiciones socioeconómicas y ocupaciones. Sus experiencias se encuentran en sintonía respecto del miedo al contagio o a las tareas de cuidado, pero se distancian fundamentalmente en la magnitud de estas tareas, en los márgenes de acción para hacerlas coexistir con el trabajo o el estudio y en las formas que tomó su vida cotidiana.

2.3.1 «No tenía un lugar donde desahogarme»

Mauro tenía dieciocho años cuando comenzó la pandemia y pertenecía a una familia de clase baja (Clemenceau *et al.* 2016). El aislamiento lo encontró viviendo con su mamá y su abuela en un monoambiente en CABA. En ese momento, estaba en la escuela secundaria en un bachillerato de adultos/as, luego de haber repetido dos años seguidos y no haber no podido continuar en la escuela secundaria común. Desde los trece años Mauro hacía changas para tener su propio dinero. Si bien su familia no estaba en una situación de carencia económica, los bolsones de comida que entregaba el bachillerato durante la pandemia fueron una ayuda.

A partir de la pandemia, la vida cotidiana de Mauro cambiaría mucho. Lo que eran antes changas, se convirtieron en unas ocho horas diarias de trabajo de reparto y el tiempo libre que le quedaba lo dedicaba a ocuparse de su abuela –que se había fracturado y requería asistencia– y de su madre. Ambas mujeres quedaron catalogadas en la denominación de «grupos de riesgo» durante la pandemia y estuvieron bajo su cuidado. También cuidó a su papá que estuvo internado en grave estado durante varios meses. La convivencia con dos personas en grupos de riesgo, supuso desafíos para Mauro:

> «Me acuerdo que al principio, iba en la moto, tenía el casco rebatible, viste, se me veía así la cara, y yo tenía el barbijo, el casco, usaba el visor bajo, guantes de látex, llegaba me tiraba alcohol, o sea, todas las protecciones. Pero porque en mi casa tenía dos pacientes de riesgo, ¿entendés?» (Mauro, veinte años).

Mauro llegó al trabajo de reparto antes de la pandemia, por una combinación de factores, y empezó haciendo envíos para una plataforma:

> «Como era chico, no tengo mucha experiencia, no tengo secundario, muchos laburos no me tomaban. Entonces, "Rappi" dije, mayor de edad, bicicleta, moto, te deja. Arranqué con la bici» (Mauro, veinte años).

A Mauro y a sus amigos, varios de los cuales también hacen reparto, siempre les gustaron las motos. Un tiempo después de empezar con el reparto, logró comprarse su primera moto y dejó de trabajar con la bicicleta. Cuando arrancó la pandemia, le pareció que el contexto era propicio para dedicar más horas a ese trabajo ya que el reparto iba a ser muy demandado, tal como pensaron tantos otros/as jóvenes que se volcaron a ese trabajo (Pérez Martirena 2022). Empezó con pocos pedidos y luego fueron incrementándose un poco más:

> «Yo en ese momento, como emprendimiento, se podría decir, me funcionó el bocho una vez en la vida y dije "Che, si la gente no puede salir, está oscuro, va a pedir cosas. Yo tengo moto, ¿por qué no me meto en mensajería?". Obviamente, como todo emprendimiento, arranqué y tiraba un viaje por día» (Mauro, veinte años).

Mauro continuó trabajando para la plataforma pero lo dejó porque el dinero que ganaba no lo convencía, así que cuando se permitió que los comercios gastronómicos funcionaran, comenzó a trabajar como *delivery*:

> «Al principio de la cuarentena yo estaba en Rappi. Por un lado era lo único que se podía laburar, porque con los permisos te dejaban, pero a la vez no había muchos locales abiertos, entonces tenía sus pro y sus contras. Hice un tiempito y lo dejé porque no me daba plata. No sé si a mí no me tiraba viaje, pero a mí no me servía mucho. Y por una conocida conseguí un local de delivery» (Mauro, veinte años).

Durante el período de aislamiento de la pandemia, trabajó haciendo repartos para distintos comercios. Si lo echaban o se iba de alguno de esos trabajos, volvía al reparto vía plataforma. La cantidad de lugares en los que trabajó da cuenta de la inestabilidad del empleo:

> «... toda la cuarentena trabajé en la calle, tanto delivery, mensajería. Yo arranqué en Rappi, pasé por mensajería, Rappi, pasé por un local ese de Urquiza que te dije, hice mensajería, pasé por delivery en una parrilla, estuve un tiempito ahí. Me echaron por una boludez. Y conseguí de delivery también en una heladería. Y en ese laburé un año y dos meses. Así que sacando cuentas, la cuarentena fue en eso» (Mauro, veinte años).

El tipo y la intensidad del trabajo que tuvo Mauro durante la pandemia, los recaudos cotidianos para prevenir el contagio del virus, el cuidado de su abuela y su madre en su casa, la internación y los cuidados a su papá en un barrio alejado, configuraron una situación en donde le quedaba poco tiempo y energía para cursar en el bachillerato en la virtualidad:

> «Mi viejo había caído internado (...) me voy al hospital, de ahí vuelvo para mi casa, me tenía que poner a bañar, mientras me bañaba, lavar toda la ropa, y de ahí me iba a hacer mensajería hasta las seis de la tarde más o menos. Llegaba, otra vez a bañarme, ir a hacer las compras, que estaba dos horas en la fila para conseguir las cosas que tal vez ni las conseguía, comía, me tenía que conectar al colegio... que fue por eso que no pude» (Mauro, veinte años).

A estas condiciones adversas, hay que añadirle desventajas en el terreno de las tecnologías digitales que dificultaban aún más la cursada en la virtualidad, como no tener conexión hogareña a Internet y manejarse con paquetes de datos u otras cuestiones que mencionaba:

> «Tengo una compu pero la tengo que usar sí o sí cargando, no sé qué problema tiene que no me deja conectar el wi fi. O sea que no sirve para nada. Porque si no tenés wi fi no podés hacer nada, así que me manejaba con el celular. (...) Pero a la vez vos tenés que pensar que como hacía mensajería, y estaba a la noche con mensajería, me sonaba la mensajería de todos mis clientes, me sonaban mis amigos, me sonaban mis familiares, me sonaba el celular todo el día. Todo el día literal» (Mauro, veinte años).

Decíamos al comienzo que la vida cotidiana de Mauro cambió mucho con la pandemia. Esto no ocurrió únicamente porque se intensificó su trabajo o tuvo que cuidar a sus familiares, sino también porque vio modificada drásticamente la posibilidad de moverse libremente por la calle y de pasar tiempo con amigos, en un momento del ciclo vital en donde tomar distancia del grupo familiar y compartir con pares tiene un rol central en el proceso de individualización (Martuccelli y de Singly 2012):

> «Y fue un flash. Por un lado, porque yo venía de... bah, sigo siendo adolescente, pero corte, era salir todo el tiempo, tenía mi moto, era "vamos a tal lado", me juntaba con mis amigos y de la nada ¡Pa!: no se puede estar en la calle, no se puede salir a la plaza, no se puede hacer nada» (Mauro, veinte años).

A la vez que Mauro no podía encontrarse y compartir con sus amigos presencialmente, el poco tiempo libre que le quedaba entre trabajar y cuidar a sus familiares, lo encontraba viviendo en un departamento pequeño, sin espacio para él solo, con su madre y su abuela, con quienes a veces surgían roces o diferencias.

> «Y fue una mezcla de todo, o sea, una banda de mezcla de sentimientos. Por un lado, corte, era pibito y no podía hacer lo que yo quería (...) Pero a la vez era una mezcla de sentimientos porque tenía mi viejo internado, que los mismos médicos me decían está más... un 98 % que se vaya al otro lado que acá. (...) vivía con mi abuela y mi vieja. Son dos personas de distintas generaciones y yo. O sea, mi vieja tiene sus pensamientos. Yo tengo mis pensamientos y mi abuela tiene sus otros pensamientos. O sea, eran tres pensamientos distintos. Mi vieja y mi abuela todo el tiempo juntas, peleas todos los días. Un quilombo» (Mauro, veinte años).

A esto, se le sumaba el miedo al contagio -que fue mutando a lo largo de la pandemia- pero que, para Mauro, siempre estuvo atravesado por convivir con personas dentro de los grupos de riesgo, temor que experimentaron también otros/as jóvenes dedicados al trabajo de reparto, que los exponía constantemente a la posibilidad de contagio (Pérez Martirena 2022):

> «A veces el tema ese de como estaba en casa y no tenía a dónde salir, no tenía un lugar donde desahogarme. Nada, no tenía un espacio solo. A veces el miedo a agarrar mi familia, o sea, mi miedo era tal vez me lo agarro yo laburando en la calle y se lo contagio a mis dos familiares, pensando eso, ¿me entendés?» (Mauro, veinte años).

Si bien Mauro tomó recaudos a lo largo de los períodos de aislamiento para no contagiarse ni contagiar a sus familiares, su mirada sobre las medidas de encierro fue variando y coexistieron en él una valoración del cuidado con una mirada crítica sobre las restricciones a la libertad de circulación:

> «Yo al principio decía que estaba bien por el aumento de casos porque si no, qué sos boludo, flaco, si querés morirte, morite solo. Pero después de un tiempito dije "Che, estoy en la calle siempre, no uso barbijo, no me agarra nada. Esto es más mentira que otra cosa, o sea está, pero la televisión te lo hace así (gesto de algo grande) (...) por un lado es entendible, porque hay una enfermedad afuera, pero a la vez te están prohibiendo la libertad (...)"» (Mauro, veinte años).

El siguiente relato de una discusión con su tío, ni bien iniciada la pandemia, da cuenta de las tensiones que surgieron en muchas familias respecto a los modos de cuidarse frente al virus:

> «Me dice, "¿Qué haces acá?". [Le digo] "Nada, es sábado, como siempre, vine a comer y me voy". "No, no, pero vos sos boludo, no ves lo que está pasando en el mundo, que no se puede salir, pendejo, estás en la calle, nos vas a contagiar a todos". Echándome, ¿viste? Y como que yo por un lado, corte pibito, por un lado sí, era un inconsciente, ahora lo entiendo, pero en su momento dije "¡Pa! (...) que me hable así", y ahí nomás le pegué tres gritos, pegué un portazo y me fui a la mierda, no saludé a nadie. Y después mi tío sí, me pidió perdón, pero fue el momento ese que la misma familia no te dejaba estar en la casa, ¿entendés?» (Mauro, veinte años).

Al recordar la discusión con su tío, Mauro toma distancia de su postura en ese momento, dando cuenta de las dificultades que tuvo en ese momento, como joven de dieciocho años, de comprender el alcance del virus y acatar las medidas de aislamiento. Pero también pone de relieve la incomprensión de parte del mundo adulto y una cierta sensación de desamparo.

Recapitulando, en la experiencia de Mauro, notamos la articulación de condiciones desventajosas previas a la pandemia y su acentuación durante el aislamiento producto la intersección de carga laboral, carga de cuidado y aislamiento del grupo de pares. A la vez, a través de su relato podemos apreciar las ambivalencias de la experiencia juvenil en pandemia y la contribución de este grupo al sostenimiento económico y al cuidado de las familias. En la siguiente historia, nos adentramos en una experiencia de pandemia muy distinta.

2.3.2 «Siento que el nivel de aislamiento total del 2020 me sirvió como para enfocar»

A Sabina, estudiante universitaria de veinticuatro años de clase media alta (Clemenceau *et al.* 2016), el comienzo de la pandemia la encontró en Europa, finalizando un viaje de varias semanas que había realizado con una amiga. Afortunadamente, su vuelta estaba prevista para antes de que se desataran las restricciones a la circulación y que volver al hogar fuera una odisea para muchas personas en todo el mundo.

Sus condiciones materiales de vida no cambiarían durante la pandemia. Hija de un matrimonio de profesionales universitarios, dedicaba en ese entonces la mayor parte a estudiar la carrera de Medicina y pasaba su tiempo libre estudiando idiomas, yendo al gimnasio, leyendo, mirando series y películas y compartiendo tiempo con amigas/os. Sabina estaba muy habituada a usar la computadora y el celular, tanto para entretenerse y comunicarse como para estudiar. Sin embargo, estos usos se ampliaron e intensificaron durante la pandemia. Cada miembro de la familia tenía su propia computadora así que, más allá de alguna falla técnica o *hardware* un tanto desactualizado, no tuvo problemas en materia de acceso a tecnologías digitales.

Cuando comenzó la pandemia, Sabina vivía en una casa en la periferia platense con su hermano (unos años menor), su mamá y su

papá. Sin embargo, unas semanas luego de iniciado el aislamiento se sumó su abuela: viviendo sola en otra ciudad tuvo un problema de salud y, frente a las dificultades de cuidar a la distancia y en contexto de aislamiento, su familia decidió que lo mejor era vivir juntos/as. La llegada de su abuela provocó una reorganización del espacio doméstico y también la responsabilidad de tareas de cuidado de una persona mayor que eran inéditas en la vida de Sabina hasta ese momento:

> « (...) vino como muy flaca, hubo que acomodarse con la medicación que tomaba, pero aparte medio a ojo, porque tampoco la podíamos llevar al médico en ese momento. Y bueno, eso, que darle los remedios, subirle las comidas, al principio que subiera y bajara la escalera era un tema. Bueno, que hiciera alguna actividad, era como bueno sacar a mi abuela a caminar un rato al patio, que no tenía ella muchas ganas de hacerlo tampoco. El tema de llevarle el desayuno y eso ya ahora un poco me acostumbré, pero en principio era como bueno "corto, porque voy a llevar el desayuno a mi abuela" que por ahí son diez minutos. Yo creo que a mí lo que lo que más me costó, ahora ya estoy como más tranqui... de hecho ya está un poco mejor, pero teníamos un par de accidentes en el baño, que por ahí no sé levantarme a las cinco de la mañana para ir al baño, y tener que limpiar todo el baño, en cualquier momento del día, pero creo que la madrugada lo que más me costaba porque si te despabilás porque estás oliendo lavandina y no sé... como que eso me desacomodó mucho mis horarios» (Sabina, veintiséis años).

El aislamiento también supuso una nueva organización de las tareas dentro del hogar, ya que al no contar con la asistencia de la empleada doméstica, se distribuyeron distintas tareas. Junto a esto, los trabajos de su madre y padre pasaron a desarrollarse en formato virtual y a la distancia, al igual que las carreras universitarias que cursaban Sabina y su hermano, por lo que rápidamente la familia se encontró con una dinámica hogareña que no había tenido nunca. Sin embargo, más allá de algunas discusiones y tensiones, no fue la distribución de tareas el punto más problemático de la convivencia hogareña. En cambio, sí lo fue por momentos el desacuerdo sobre los modos de lidiar con los cuidados y riesgos frente al COVID. Sabina y su mamá tuvieron una posición de mayor apego a las normas y cuidados que otros miembros de la familia y esto, en ciertos momentos, generó muchos roces.

A diferencia de lo que ocurrió con otros/as jóvenes, la ERE no supuso grandes desafíos para Sabina. Creemos que esto se explica por al menos tres cuestiones: estaba muy avanzada en la carrera, tenía un grupo de amigos/as y compañeros/as de estudio consolidado y ya estaba habituada a organizarse los tiempos y responsabilidades de forma autónoma para cursar y rendir exámenes finales. Es decir,

Sabina ya había adquirido un «oficio de estudiante universitario» (Bracchi 2016) que le permitía manejarse de forma autónoma en la carrera. A su vez, en su experiencia, la virtualidad trajo consigo una gran ventaja: el ahorro de tiempo de traslado. En su vida cotidiana prepandemia, Sabina destinaba entre dos y tres horas por día para trasladarse a cursar y/o a estudiar con compañeros/as. Por lo tanto, recibió con entusiasmo la posibilidad de ahorrar a diario ese tiempo que, sumado a la interrupción de las actividades sociales presenciales, redundó en la posibilidad de enfocarse, como nunca le había ocurrido antes, en el estudio:

> «Yo soy muy de cuando tengo que estudiar, lo que mejor se me da es hacer un intensivo y a veces claramente en la vida uno no puede estar 14 horas estudiando. Como en ese momento medio entre que no tenías otras cosas que hacer y que nos podíamos quedar hasta las dos de la mañana, porque nadie se tenía que volver a ningún lado ni nada, me vino bien. No sé si habrá sido lo más saludable en términos de actividad (risas), pero como que a nivel estudio a mí me sirvió eso de nos conectamos a las nueve de la mañana cortamos al mediodía, comíamos retomamos a las cinco de la tarde y por ahí cortábamos a las once o doce de la noche» (Sabina, veintiséis años).

Sin embargo, durante los primeros meses de pandemia, no estaban habilitados los exámenes finales en la facultad de Sabina por lo que sentarse a estudiar sin una fecha estimada de examen no le resultó tan sencillo, aunque logró armarse una rutina:

> «En un principio quise ponerme a estudiar, pero como no teníamos fecha para rendir y qué sé yo, nos costó (...). Entonces a la mañana yo me levantaba y entrenaba hasta la hora de comer (risas) ¡no me levantaba temprano tampoco! Entonces como que en ese momento fue eso, después fue el ponerme a estudiar un montón, una vez que me pusieron la primera fecha de final, que habrá sido a partir de junio, o mayo (...) hasta octubre seguro estudié un montón, estuve con estos dos finales. Después en noviembre quise preparar el último que di, que lo pensaba dar ahí nomás y me costó sentarme a estudiar ese final pero también porque en un principio quedé sola y estudiar sola no es mucho lo mío. Pero para mí el 2020 fue más que nada eso, focalizada en algo como muy obsesivamente» (Sabina, veintiséis años).

Comparando su experiencia como estudiante en 2020 y 2021, Sabina encontró que la vuelta a la presencialidad de ciertas actividades le presentaba obstáculos para mantener los niveles de estudio que había logrado en pleno aislamiento:

> «Yo siento que el 2020 era como bueno "estudiar-rendir, estudiar-rendir" y en el 2021 se me complicó un poco más, ya empezar a introducir un poco la vida real de vuelta (...) que mis compañeras empezaron a querer estudiar presencial y empezaron esos problemas de "bueno, que ¿cuándo voy?" (...) que era lo que a mí me gustaba por ahí de estar a la

> distancia (...) Pero sí, como que siento que el nivel de aislamiento total del 2020 me sirvió como para enfocar y en el año siguiente que ya era como "bueno, alguna que otra cosa empezás a hacer", me costó más compaginar eso. Ya era más una persona normal que no tenía que cursar y solo tenía que dar finales, pero tenía otras opciones (risas) entonces no fue tan fácil» (Sabina, 26 años).

Volver a las actividades presenciales le llevó varios meses a Sabina, no solo porque estaba cómoda sin tener que trasladarse de su hogar, sino porque en la pandemia logró mantenerse en contacto con amigos/as e incluso hacerse nuevos grupos de gente que conoció por redes sociales y estaba muy a gusto así:

> «mi vida diaria de una semana normal era ir a la facultad, volver de la facultad, ir al laboratorio a la pasantía, volver de ahí, juntarme con los de la facultad a tomar una cerveza. Y como que yo no tuve muchas necesidades de hacer otras cosas en la pandemia. Tampoco soy la persona más extrovertida, en el sentido de necesitar estar todo el tiempo... como que no me jodió tener que estar en mi casa encerrada. Los veía ellos por videollamada (risas) y tomábamos cerveza por videollamada y era medio lo mismo» (Sabina, veintiséis años).

A esto se le sumaban los miedos al contagio de COVID, que si bien fueron menguando con el tiempo, y especialmente a partir de la vacunación, acompañaron a Sabina durante mucho tiempo, incluso ya cuando otras personas cercanas estaban un poco más relajadas con los cuidados. En noviembre de 2020, Sabina trabajó como maquilladora (uno de sus *hobbies*) en un *videoclip* a cargo de una amiga y sobre eso nos comentó:

> «Ese volver a salir me dio bastante ansiedad, primero porque somos muy muy uso de barbijo y todo y en el set no te usaron un barbijo ni con orden judicial (...) Aparte por ahí maquillando...maquillaste un cachito y ya terminaste, después tenés que retocar algo, pero entonces yo me iba a un costado afuera tomaba, matecito sola, me ponía el barbijo cuando venía gente. Fue para mí lo más sociable que he hecho así, pero igual era un montón para lo que venía haciendo en mi año» (Sabina, 26 años).

Durante el primer año de pandemia, Sabina se mantuvo muy informada sobre el devenir del virus, los contagios y delás. Comenzó a consumir contenidos específicos -como *podcasts*- sobre la pandemia, además de seguir en redes a periodistas especializados en ciencia y salud. Sin embargo, hubo un momento en que sintió que tenía que espaciar un poco esos consumos, que estar al tanto de las cifras y lo que iba ocurriendo era contraproducente, la afectaba y la angustiaba. A pesar de haber sido vacunada ni bien comenzó la campaña en la provincia de Buenos Aires, volver a la «normalidad» en términos de

interacción presencial con otros/as y de no tener miedo al contagio, le costó bastante a Sabina y mantuvo durante mucho tiempo el uso del barbijo, la distancia y las reuniones al aire libre.

Las emociones tuvieron un lugar destacado en la experiencia subjetiva de la pandemia y fueron modificándose conforme pasaban las distintas etapas de aislamiento, pero también en relación con las particulares y desigualdades condiciones de vida de la población (Simonetti y Salas Tonello 2024). Cuando la entrevistamos Sabina nos contó que 2019 había sido un muy mal año para ella, había pasado por una ruptura amorosa que la había afectado mucho y, si bien había intentado enfocarse en el estudio para olvidarse de la cuestión, había tenido dificultades para concentrarse y juntar energías para estudiar. Con este trasfondo, resumió de la siguiente forma sus sentires durante 2020 y su comodidad con la situación de aislamiento:

> «Entonces cuando empezó la pandemia, también me pasó algo raro que es que yo venía estando tan triste que como que...no sé si es que no pude lidiar con que además hubiera una tragedia a nivel mundial o lo que fuera, pero como que bloqueó un montón mis sentimientos, o sea, de repente no sentía nada (...) creo que no lloré nada del 2020 y yo soy súper llorona súper súper, pero fue más un bloqueo que algo que digas "Ay, qué bueno no lloré en todo el año", no sé si fue bueno. (...) Pero me parece que tenía que ver con esta desconexión total que tenía de todo, yo estaba lo más bien. A mí me decías "tenemos que volver a hacer algo presencial y no quería saber nada" pero porque... estaba como una situación emocional muy extraña también. En el momento yo sentía que estaba regia (risas) (...) Pero durante el 2020 no, no lo sufrí para nada. Que no sé si estuvo bueno no haberlo sufrido para nada (risas)» (Sabina, 26 años).

Como podemos notar, la experiencia de Sabina se diferencia de la de Mauro por una posición económica más ventajosa, una menor carga de cuidados y la ausencia de responsabilidades laborales, aspectos que modelaron otras formas de vivir la pandemia. El miedo al contagio, el sostenimiento del recorrido educativo, la sociabilidad, el cuidado, adquirieron matices específicos en la vida de Sabina. Los recursos con los que contó para afrontar el aislamiento, como el bienestar económico, la abundancia de dispositivos, la conectividad, el acceso a plataformas, una habitación propia y el sostén emocional de su familia y amigos/as, le permitieron reorganizar su vida cotidiana y continuar avanzando en su carrera universitaria. A continuación, conoceremos la historia de Máximo quien, a pesar de tener una posición económica que le permitía vivir cómodamente sin trabajar, se encontró con obstáculos para sostener su recorrido educativo en la virtualidad.

2.3.3 «Para mí fue virtualidad igual desorden»

En marzo de 2020, Máximo tenía 25 años y vivía con una amiga en un departamento alquilado en La Plata. Hacía poco había vuelto de visitar a su madre, que vive en Italia desde que él era niño y a quien no veía desde 2014. Máximo se crió en un hogar de clase media (Clemenceau *et al.* 2016) en la periferia de La Plata, emplazado en un terreno grande en donde primero construyó su papá y, cuando se hicieron mayores, las hermanas de Máximo hicieron también sus casas. Se estaba preparando para empezar el segundo año del profesorado en Historia que había comenzado en 2019. Gracias al título de técnico obtenido en la secundaria (de la que egresó en 2014 a través del plan de finalización del secundario FINES), de cursos de formación profesional y de la compra de herramientas a través programas de promoción del empleo juvenil, trabajaba eventualmente como gasista en obras y domicilios particulares. Con esos ingresos, más dinero que le proveía mensualmente su padre jubilado, podía mantenerse cómodamente.

La experiencia de Máximo se distancia en muchos aspectos de cómo vivieron la pandemia Mauro y Sabina: no tuvo que cuidar a nadie, tampoco tuvo que trabajar e hizo una pausa en la carrera terciaria que estaba estudiando. Así, mientras Sabina y Mauro adjudicaron sus miedos frente al virus principalmente al cuidado de familiares mayores, Máximo vinculó su tranquilidad frente al COVID19 al hecho de ser joven y no estar a cargo de nadie:

> «Lo viví muy bien porque no tenía responsabilidad sobre nadie. Podía no ver a mi viejo que es mayor. Así que muy relajado. (...) siempre pensé que tenía veintisiete años, que estaba bien de salud, no tenía enfermedades» (Máximo, veintisiete años).

A su vez, a diferencia de Mauro que tuvo que incrementar su carga laboral durante la pandemia para contribuir al sostén de su hogar, Máximo contó con la ayuda económica de su papá, que le permitió mantenerse durante 2020 y 2021 y tomar la decisión en 2022 de no trabajar más para concentrarse exclusivamente en estudiar, volviendo en ese momento a vivir con su padre. Antes de comenzar el Profesorado en 2019, Máximo había estudiado unos años Letras en la universidad pública local y sintió que esa experiencia lo había preparado bien para su actual carrera: «Arranqué muy bien el primero, como que ya aproveché toda la experiencia que me dejó la otra carrera universitaria, me

fue muy muy bien, onda, el primer año terminé con los finales adentro, estaba muy contento». Con esta experiencia previa, Máximo se sentía animado para encarar el segundo año de su carrera. Sin embargo, con la pandemia experimentaría dificultades para mantenerse enganchado con el estudio: el modo en que se configuró la ERE en su carrera y las habilidades que esta le demandó, se volvieron grandes obstáculos que lo alejaron del estudio.

Hemos visto que la ERE tomó distintas formas según nivel educativo, tipo de establecimiento (público o privado), entre otros factores (Lemus 2024). En la experiencia de Máximo, la mayoría de las clases fueron asincrónicas, con envío de materiales de lectura, y algunas pocas clases fueron sincrónicas o incluyeron el envío de contenidos audiovisuales:

> «Tuve clases mayoritariamente asincrónicas. Era mucho texto (...) pasó mucho [de darnos] textos y "manéjense" y a veces poco Zoom, pero también tuvimos clases sincrónicas que era chatear con el docente, como había del grupo en una sala de chat común para charlar qué habíamos entendido del texto, o sea, es pedagógicamente muy extraño» (Máximo, veintisiete años).

En su relato, Máximo reconstruye un escenario con responsabilidades distribuidas respecto de su desenganche con la carrera, en donde se encuentran las formas que específicamente adoptó la ERE con lo que él no pudo hacer frente a ello. Así, se encontró con que el formato asincrónico, la disolución de horarios y espacios fijos de clase y el trastrocamiento de las rutinas producto del aislamiento, le demandaron habilidades de organización y autorregulación con las que no contaba:

> «Sí, me costó mucho, realmente me costó mucho, yo pienso que por un aspecto individual mío, porque tenía acceso a dispositivos, a Internet, pero la falta de rutina de la pandemia y el hecho de tener que lograr poner vos mismos tu orden, tu planificación de cómo llevar las cursadas, el tema de la asincronía, se iban acumulando las cosas hasta que no puede hacer nada, llegó fin de año y no había hecho nada» (Máximo, veintisiete años).

De acuerdo con Máximo, no tener que trabajar y tampoco tener horarios fijos de cursada, contribuyeron al desorden y a que su uso del tiempo se volviera principalmente recreativo durante la primera etapa de la pandemia, en la que pasó varias noches jugando con amigos hasta entrada la madrugada. Hacia finales de 2020, se separó de su novia (con la que habían sostenido la relación a distancia todo el año) y sintió que necesitaba ayuda para procesar la ruptura y para volver a encausar sus objetivos educativos:

> «Digo "che, me cuesta, no puedo estudiar, o no puedo sentarme y agarrar todo, no sé qué me pasa, entiendo cómo funciona, pero no le puedo sacar la ficha". Y como conclusión, llegamos [en terapia] al tema de los objetivos, la clave de la planificación y eso para todo en realidad, ahora lo agarré como para todo, que lógicamente ponés objetivos a mediano, a corto plazo y largo plazo, "vas para allá" y en función de eso. Me ordené, ahora me siento muy bien, hoy con la vuelta a la presencialidad también» (Máximo, veintisiete años).

Pero esto que Máximo señaló como una dificultad personal, fue destacado en diferentes investigaciones como un desafío compartido por estudiantes de nivel secundario y superior (Santos Sharpe 2022; Morán *et al.* 2021; Krichesky *et al.* 2021; Lemus 2024, entre otros) en tanto la ERE implicó por parte de los/as estudiantes «desplegar condiciones personales para abordar el aprendizaje de una forma nueva, más autónoma y centrada en la producción» (Morán *et al.* 2021, p. 58). Este tipo de aprendizaje demandaba en los/as estudiantes habilidades para organizar de forma autónoma la carga de lecturas y tareas, así como la administración del tiempo de ocio y de estudio (Krichesky *et al.* 2021) con las que, avanzada la pandemia, Máximo se encontró que no contaba. Muchos/as jóvenes se encontraban con que disponían de tiempo para estudiar, pero los hábitos y estrategias aprendidas previamente no les servían y era necesario adecuarlos al nuevo escenario (Santos Sharpe 2022).

Mientras que a Máximo se le hacía cuesta arriba la organización de su rutina en función del nuevo formato que había tomado la cursada del Profesorado y no lograba encontrar allí motivación, surgieron nuevos intereses y actividades con ex compañeros de la escuela técnica y con trabajadores agremiados de un astillero a los que se abocó durante 2020 y 2021:

> «empezamos un proyecto de una escuela de oficio, para dar capacitación a la gente era un insumo mínimo para obtener la posibilidad de tener un trabajo genuino, o sea, digno, con derechos, que no hay tanto (...) así que di un taller tipo de gasista que estuvo bastante bueno y ahí volví a revivir todo y aprendí cosas incluso del oficio (...). Fue un mundo nuevo porque fue ofrecer un taller de oficio gratis donde hicimos todo y yo no tenía experiencia en nada. Y fue de la inscripción hasta la planificación, la difusión, entregar el certificado y también ayudó eso, como que puse la cabeza ahí porque me encantó y la saqué del terciario totalmente» (Máximo, veintisiete años).

Si bien dedicarse a los talleres lo alejó de su carrera, Máximo identifica ciertos aprendizajes que allí tuvieron lugar y que motorizaron el desarrollo de nuevas habilidades con tecnologías digitales que cree que van a servirle cuando sea docente de secundario:

> «Aprendí a diseñar [volantes] durante el 2020 y está buenísimo, porque la verdad surgió por la pandemia, porque aprendí como una nueva manera de comunicarse, que estaba super globalizada, tipo todo el mundo tiene que manejarse con dispositivo. (...) Exploré por ahí, está re bueno, o sea, como que hacía tipo proyecto de "quisiera subir un video de YouTube", aprendí a usar herramientas de edición de imagen y de, muy básicamente, video (...) Dije, "mirá si yo agarro esto, voy a tener un recurso re piola para llevar a los chicos [alumnos/as de secundaria]", es re grosso la cantidad de cosas que podés hacer combinando imágenes, y eso sabés que me lo propuse, dije "lo voy a aprender, voy a tratar de profesionalizarlo" y salió bien, le metí mucho» (Máximo, veintisiete años).

La experiencia organizando y brindando talleres, ordenó buena parte de su rutina durante la segunda mitad de 2020 y 2021 y le generó la motivación que no encontraba en la carrera. A la vez, lo puso en contacto con situaciones de pobreza y exclusión que incrementaron sus inquietudes sociales y políticas. Estas cuestiones, sumadas a las experiencias de amigos cercanos que perdieron familiares por la saturación del sistema de salud o que se quedaron sin trabajo y el miedo que tuvo él mismo de salir a la calle por el control policial modelaron una mirada crítica hacia la gestión de la pandemia:

> «la policía... eso me asustó una banda, verlos afuera, el control policial (...) había visto cosas en Twitter, tipo en algunos barrios, pero más vulnerables que les hacían cosas muy humillantes los pibes que salían (...) y había desaparecido un chico en la provincia. (...) No porque uno crea que le pueda pasar, porque son situaciones distintas, pero sí decía "estoy seguro que si me ve en la calle alguien (...) por ir a comprar fuera de tiempo, me puedo comer un garrón" y eso la verdad que me re molestó».
>
> «El tema es que [el aislamiento] no estuvo acompañado, los chicos no tenían dispositivos. El gobierno admite que 300.000 pibes se quedaron afuera de la educación y encima los chicos que van a la escuela muchas veces tienen agresores [en el hogar] y vos los metiste ahí. Y para todo eso no hubo respuesta» (Máximo, veintisiete años).

Por otro lado, la sociabilidad durante la pandemia se vio transformada significativamente. y para buena parte de las personas jóvenes, la imposibilidad de salir del hogar y pasar tiempo presencialmente con amigos/as fue uno de los aspectos más desafiantes del aislamiento, como hemos visto con la experiencia de Mauro. Sin embargo, para Máximo el aislamiento no se reveló particularmente complejo en el terreno de las relaciones interpersonales y sostuvo una comunicación frecuente con distintos grupos de amigos y compañeros/as de estudio:

> «Usaba redes y la socialización para mí fue igual, aprendí hacia el final a notar que para la gente no era igual, estaba muy acostumbrado a manejarme por WhatsApp. Y sabés que también en retrospectiva aprendí que tenía un ritmo de vida... no trabajar (...) la gente se estaba quemando la cabeza en la pandemia y yo no estaba viviendo eso porque además no

> estaba cursando sincrónicamente (...) como que la gente estaba muy quemada y yo estaba en otra sintonía. Pero la socialización era súper rica te diría... pero no de la experiencia, sino del hecho de que lo hacía con mucha gente, seguía hablando con gente de todo mi instituto. Todo eso durante el 2020, que para mí fue 2020 la pandemia, en 2021 no es que hice vida normal pero ya sí, volvimos a la presencialidad viste y todo eso y la virtualidad ya se agotó, ¿no?» (Máximo, veintisiete años).

A su vez, durante la pandemia se inauguraron para Máximo nuevas experiencias de sociabilidad con amigos de toda la vida, con quienes comenzó a jugar *online* y a conversar vía Discord, que se convirtió a la vez en escenario de entretenimiento y de escucha:

> «recuerdo amigos que se sentían muy mal todo el mundo estaba medio rayado, se nos volvió usual eso de Discord (...) Y se nos hacía usual hablar de lo nuestro, lo que nos pasaba por la cabeza... jugando un juego, conectándonos. A la madrugada cuando ellos volvían de trabajar, hablábamos» (Máximo, veintisiete años).

Aunque pudo mantener contacto *online* con sus amigos y compañeros/as, e incluso compartir espacios de entretenimiento y de desahogo, desde una mirada retrospectiva Máximo considera que, a raíz de la pandemia, se truncó parte de su experiencia de juventud, un tiempo vital que estaba destinado a cierto tipo de disfrute con pares:

> « vuelvo en bici a mi casa tipo once [de la noche] y veo a la juventud universitaria de joda, festejando, me recuerda cuando yo estaba más o menos en esa antes de la pandemia. Lo hablaba con amigos, nos perdimos la parte de... yo tengo veintisiete, nos perdimos dos años que para mí hubiera sido muy divertido, dos años de esa sintonía, ahora capaz que ni ganas tengo. O sea, como que lo veo y también reconozco una etapa de mi vida cuando veo a esos chicos. Reconozco una etapa de mi vida ahí y como lo veo de nuevo y ya está» (Máximo, veintisiete años).

Para finalizar, la experiencia de Máximo muestra que, sus condiciones materiales de vida no se vieron alteradas durante la pandemia, sus planes de vida perdieron consistencia y le costó volver a encontrar su rumbo:

> «Mirá, para mí fue virtualidad igual desorden, no saber dónde poner cada cosa (...) Esto de los talleres, por ejemplo, fue el desorden en el sentido de jerarquías, o sea, qué quiero hacer yo, no tener un objetivo claro (...) fue desorden en el sentido no de que todo era caótico, sino de no tener un camino, de "esto quiero hacer concretamente". También eso me lo trajo la virtualidad, porque yo tenía claro que [el camino] era por el estudio. (...) Entonces yo entré, como me manejé re bien y la pandemia me lo cortó eso. Tener que adecuarme a hacer mi propio ritmo, no pude y encima me abrió hacia el otro año esa interrogante y que no sabía bien qué quería hacer» (Máximo, veintisiete años).

Este último caso analizado pone de relieve que, para los/as estudiantes, la ERE requirió no solo de condiciones materiales sino también del despliegue de un conjunto de habilidades de gestión del sí mismo que no todos/as tenían al inicio de la pandemia. Mientras algunas personas pudieron poner a jugar sus habilidades en la virtualidad, para otras la demanda autorregulación devino en caos y desorden. Así, las condiciones materiales fueron un aspecto importante pero no la garantía para atravesar exitosamente la educación en pandemia.

2.4 Conclusiones

En este capítulo analizamos las experiencias de vida de tres jóvenes de distintas clases sociales durante la pandemia e identificamos cómo se reconfiguró su vida cotidiana, considerando dimensiones como el estudio, el trabajo, la reproducción de la vida y la sociabilidad. En estas dimensiones, las ventajas y desventajas se repartieron desigualmente entre los/as jóvenes entrevistados/as. Como han señalado otras investigaciones:

> «las personas jóvenes tuvieron que enfrentar situaciones que implicaban exigencias superiores a las que habían enfrentado hasta el momento o a las que esperaban enfrentar. A veces debieron asumir cargas inesperadas dentro de los hogares, otras cargaron con las consecuencias del empobrecimiento de sus familias y, en general, se vieron obligados a tomar parte de situaciones educativas poco comunes en las que se enfrentaban a prácticas que implicaban para muchísimos de ellos imposibilidades materiales» (Semán, 2022: 187).

En algunos casos, entre las juventudes, el cuidado de otros/as adquirió un lugar importante y actuó como punto en común en las experiencias de distintas clases sociales, que, sin embargo, estaban en desiguales posiciones para cuidar. Por ejemplo, mientras que Sabina se encontró cuidando de su abuela juntos al resto de los miembros de su familia, en una casa cómoda y sin tener que trabajar, Mauro enfrentó mucho más en solitario el cuidado de tres familiares adultos, viviendo tres personas en un monoambiente e incrementando su jornada laboral.

La activa participación de los/as jóvenes en las tramas de cuidado, contribuye a matizar representaciones mediáticas sobre las juventudes en pandemia como poco preocupadas por los riesgos del contagio, e incluso como vectores de este (Navarro y Semán 2022). A su vez, ciertas experiencias, como las relatadas por Mauro nos permiten dar

cuenta de las ambivalencias vividas en relación con el binomio riesgo-cuidado, en donde coexistían el miedo al virus, generalmente asociado al contagio de personas mayores o de grupos de riesgo, con el tedio, recarga y agotamiento que generaban las prácticas de higienización y distancia social.

La centralidad de la sociabilidad con pares, la búsqueda por sostener los lazos y los intentos por recrear los modos de encuentro fueron también rasgos en común entre las juventudes. Así, aunque a Máximo o a Sabina la sociabilidad exclusivamente virtual no se les hizo tan cuesta arriba como a Mauro, en los tres casos se destacó el rol de las amistades como sostenes de la vida cotidiana en pandemia, tanto para el desahogo como para el entretenimiento. Así, a la vez que las tecnologías digitales eran el puente con el afuera y los/as amigos/as, eran el escenario que recreaba el estudio y que habilitaba el trabajo, mostraban en esa misma experiencia sus límites y la imposibilidad de reemplazar el contacto físico. En ese sentido, para algunos/as jóvenes, la pandemia hizo naufragar ciertos modos de vivir la juventud, configurándose así la idea de una época perdida en la trayectoria vital.

Si las tareas de cuidado y la sociabilidad forman parte de lo compartido entre desiguales ¿qué hay entonces de distinto en cómo vivieron la pandemia los/as jóvenes que entrevistamos? Aquí, encontramos que las posiciones socioeconómicas y las condiciones habitacionales aparecen como elementos explicativos de relevancia para entender las particularidades de cada experiencia, en tanto significaron desiguales recursos para enfrentar la pandemia.

En los casos analizados, se delimitan dos situaciones muy distantes. Por un lado, jóvenes como Mauro que tuvo que salir a trabajar para sostenerse económicamente, con un trabajo precario y expuesto a diario al contagio. Por otro lado, los casos de Sabina y Máximo, cuyas posiciones económicas fueron sostenidas por sus familias de origen y los trabajos que realizaron fueron esporádicos y actuaron como complementos muy eventuales de sus economías. El apremio económico guarda relación con la situación habitacional de cada joven: mientras que Mauro vivió toda la pandemia en un pequeño monoambiente con su abuela y su mamá, Máximo y Sabina contaron con habitaciones propias y aire libre.

Con el riesgo de sonar esquemáticos, podemos decir que el tiempo (dinero), el espacio y la capacidad de autorregulación delinearon las

experiencias de la pandemia y fueron aquello que les permitió a algunos/as jóvenes sostener sus proyectos educativos, explorar intereses, y mantener espacios de entretenimiento, descanso, privacidad y desahogo. Para otros, en cambio, el apremio económico se tradujo en jornadas cargadas de trabajo con escaso tiempo para el encuentro con pares, para la distracción y el estudio. De esta forma, al considerar todos los factores intervinientes, podemos señalar que el agotamiento y el estrés, el fracaso para sostener la escolaridad, la falta de un espacio propio para estar tranquilo/a y desahogarse, la imposibilidad de sustraerse del cuidado de familiares enfermos y/o mayores, delinearon una experiencia de pandemia en jóvenes de clase baja muy distante y desventajosa que la vivida por jóvenes de clases medias.

Referencias

BRACCHI, CLAUDIA

2016 «Descifrando el oficio de ser estudiantes universitarios: entre la desigualdad, la fragmentación y las trayectorias educativas diversificadas», en *Trayectorias universitarias*, vol. 2, n.º 3, págs. 3-14, referencia citada en página 30.

CHAVES, MARIANA

2005 «Juventud negada y negativizada: representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea», en *Última década*, n.º 23, págs. 9-32, referencia citada en página 22.

2010 *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*, Buenos Aires: Espacio Editorial, referencia citada en página 22.

CHÁVEZ MOLINA, EDUARDO Y JOSÉ RODRÍGUEZ DE LA FUENTE

2022 «Pobreza en tiempos de pandemia. Un abordaje desde la estructura de clases ocupacionales», en *Estructura social de Argentina en tiempos de pandemia. Efectos de la doble crisis y la recomposición social en disputa*, Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi, vol. 1, referencia citada en página 24.

CLEMENCEAU, LAUTARO; MARÍA CLARA FERNÁNDEZ MELIÁN Y JOSÉ DE LA FUENTE

2016 «Análisis de esquemas de clasificación social basados en la ocupación desde una perspectiva teórico-metodológica comparada», en *Documentos de Jóvenes Investigadores*, Instituto de Investigaciones Gino Germani, n.º 44, referencia citada en páginas 24, 28, 33.

DALLE, PABLO; JOAQUÍN CARRASCOSA Y BRYAM HERRERA JURADO

2022 «Desigualdad de clase acumulativa e interseccional. Nudos de reproducción intergeneracional de la pobreza y canales de ascenso social», en *Estructura social de Argentina en tiempos de pandemia. Efectos de la doble crisis y la recomposición social en disputa*, Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi, vol. 1, referencia citada en página 24.

DI NAPOLI, PABLO; ADRIANA GOGLINO E IÑAKI BARDIN

2022 «Extrañar la presencialidad y acostumbrarse a la virtualidad de la escuela secundaria en Argentina: sentires de jóvenes estudiantes en contexto de pandemia», en *Praxis Educativa*, vol. 26, n.º 1, págs. 1-25, recuperado de <https://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/praxis/article/view/6446>, referencia citada en página 23.

HODGES, CHARLES; STEPHANIE MOORE; BARB LOCKEE; TORREY TRUST Y AARON BOND

2020 *La diferencia entre la enseñanza remota de emergencia y el aprendizaje en línea*, recuperado de <https://er.educause.edu/articles/2020/3/the-difference-between-emergency-remote-teaching-and-online-learning>, referencia citada en página 22.

KAPLAN, CARINA

2021 (dir.), *Informe de primeros resultados de la encuesta sobre emociones y escolarización en tiempos de pandemia, desde la perspectiva estudiantil*, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, recuperado de <https://iice.institutos.filo.uba.ar/transformaciones-sociales-subjetividad-y-procesos-educativos-0>, referencia citada en página 23.

KRICHESKY, GRACIELA; PAULA POGRÉ; KARINA BENCHIMOL; NADINA POLIAK; MARÍA BELÉN JANJETIC; ANA VERNENGO; TAMARA MARINO Y GUSTAVO GÓMEZ

2021 «Rupturas y continuidades en las prácticas de enseñanza en el nivel superior a partir de la situación de pandemia: resultados de una investigación», en *Revista IRICE*, n.º 40, recuperado de <https://ojs.rosario-conicet.gov.ar/index.php/revistairice/article/view/1446>, referencia citada en página 35.

LEMUS, MAGDALENA

2024 «Juventudes en pandemia: una reconstrucción de las experiencias educativas en el nivel secundario y universitario», en *Revista de Educación*, n.º 33, págs. 229-259, referencia citada en páginas 34, 35.

MACCHIAROLA, VIVIANA; ANA LUCÍA PIZZOLITTO Y VERÓNICA PUGLIESE SOLIVELLAS

2021 «Impactos de la pandemia en la universidad pública: la mirada de los estudiantes», en *Revista IRICE*, n.º 40, DOI: 10.35305/revistairice.vi40.1391, referencia citada en página 22.

MARGULIS, MARIO
2001 «Juventud: una aproximación conceptual», en *Adolescencia y Juventud en América Latina*, San José de Costa Rica: Libro Universitario Regional, págs. 41-56, referencia citada en página 22.

MARTÍN, MARÍA MERCEDES
2023 «Algunas reflexiones sobre la educación en la universidad durante y después de la pandemia. El caso de la Universidad Nacional de La Plata en la República Argentina», en *Punto Cunorte*, vol. 1, n.º 17, págs. 43-63, DOI: 10.32870/punto.v1i17.171, referencia citada en página 22.

MARTUCCELLI, DANILO
2021 «La gestión anti-sociológica y tecno-experta de la pandemia del Covid-19», en *Papeles del CEIC*, vol. 1, n.º 246, págs. 1-16, DOI: 10.1387/pceic.21916, referencia citada en página 23.

MARTUCCELLI, DANILO Y FRANCOIS DE SINGLY
2012 *Las sociologías del individuo*, Santiago de Chile: LOM, referencia citada en página 26.

MORÁN, LOURDES; GUADALUPE ÁLVAREZ Y LAURA MANOLAKIS
2021 «Experiencias de aprendizaje estudiantil en la pandemia. Un análisis acerca de la sincronía y asincronía en la formación universitaria», en *Virtualidad, Educación y Ciencia*, vol. 13, n.º 24, págs. 49-71, DOI: 10.60020/1853-6530.v13.n24.36311, referencia citada en página 35.

NAVARRO, FERNANDO Y PABLO SEMÁN
2022 «Introducción», en *Dolores, experiencias, salidas. Un reporte de las juventudes durante la pandemia en el AMBA*, Buenos Aires: RGC Libros, págs. 7-18, referencia citada en páginas 23, 38.

PÉREZ MARTIRENA, SOFÍA
2022 ««Mañana hay que salir de nuevo»: experiencias de trabajadores de plataforma de reparto de La Plata en contexto de pandemia», en *Dolores, experiencias, salidas. Un reporte de las juventudes durante la pandemia en el AMBA*, Buenos Aires: RGC Libros, págs. 69-98, referencia citada en páginas 25, 27.

REGUILLO, ROXANA
2000 *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Bogotá: Grupo Editorial Norma, referencia citada en página 22.

SANTOS SHARPE, ANDRÉS
2022 «La universidad en sus límites. La virtualidad y la experiencia estudiantil», en *Dolores, experiencias, salidas. Un reporte de las juventudes durante la pandemia en el AMBA*, Buenos Aires: RGC Libros, págs. 141-162, referencia citada en página 35.

SIMONETTI, PAULA Y PABLO SALAS TONELLO

2024 «Clases de emociones. La experiencia subjetiva de la pandemia de covid-19 en sectores populares del Área Metropolitana de Buenos Aires», en *De prácticas y discursos, cuadernos de ciencias sociales*, vol. 13, n.º 22, págs. 1-27, DOI: 10.30972/dpd.13227755, referencia citada en página 32.

CAPÍTULO 3

Aislados y desorganizados. Los efectos de la desafiliación social en familias de sectores populares durante la pandemia

SEBASTIÁN BENÍTEZ LARGHI

3.1 Introducción

En este capítulo nos concentramos en describir la experiencia de aquellas familias que perdieron sus empleos y vieron peligrar sus ingresos en Argentina durante la pandemia. Para ello, recuperamos la voz de las personas para quienes la crisis sanitaria no puede diferenciarse de una severa crisis económica que complicó las condiciones materiales de supervivencia y, en consecuencia, sufrieron la desorganización de su vida cotidiana. Cuestión que se vio amplificada porque estas familias fueron las más desfavorecidas a la hora de adaptarse a la educación remota de emergencia y de acceder a los recursos sanitarios, en un claro procesos de acumulación de desigualdades.

Según la literatura, la pandemia golpeó con particular dureza la economía de las familias de sectores populares debido a su alta dependencia de la economía informal. Muchas personas que trabajan en empleos informales, como vendedores ambulantes, trabajadores domésticos, jornaleros o recicladores, se vieron gravemente afectados por las restricciones de movilidad y las cuarentenas obligatorias. Es por ello que las personas desocupadas y las inactivas tuvieron más probabilidades de caer en la pobreza durante la pandemia en comparación con las personas activas. Del mismo modo, dentro de la población activa «la clase de cuenta propia no calificados y de tra-

bajadores manuales de grandes y pequeños establecimientos, tienen mayores probabilidades de situaciones de pobreza» (Chávez Molina y Rodríguez de la Fuente 2022, p. 91). En el caso de las personas desocupadas y de los cuentapropistas no calificados, la falta de un ingreso fijo y la ausencia de redes de seguridad social colocaron a estas familias en situaciones de vulnerabilidad (Sautú y Carrascosa 2022) y de inseguridad alimentaria (Ortale *et al.* 2022). A pesar de los esfuerzos gubernamentales por implementar ayudas y subsidios, estas medidas resultaron insuficientes para cubrir las necesidades básicas.

> «Muchos hogares debieron restringir gastos, incluso los más esenciales, poniendo en evidencia que lo que se produjo en esta etapa no fue solo un cambio en el peso del mercado y el Estado en la provisión de bienestar, sino también una pérdida absoluta en el bienestar material de los hogares. (...) En particular, los problemas para afrontar los gastos cotidianos, los recortes en la alimentación de los miembros del hogar incluyendo niños y niñas, así como la necesidad de recurrir a ayuda económica de otros como familiares o amigos, estuvieron muy extendidos entre los hogares pertenecientes a los segmentos de clase más desaventajados, es decir, en la clase trabajadora informal» (Benza *et al.* 2022, pp. 45-46).

Asimismo, la pandemia provocó un retroceso en distintos indicadores sociales en América Latina. En cuanto al empleo, las restricciones para trabajar «se han expresado en suspensiones laborales, muchas veces sin percepción de ingresos, y en reducciones en las horas de trabajo, que en América Latina han sido particularmente acentuadas» (Benza y Kessler 2021, p. 17). Argentina no estuvo exenta a este impacto e, incluso, fue mayor que en el promedio de los países de la región.

> «Entre el último trimestre de 2019 y el segundo de 2020, cuando se registró el mayor impacto de la crisis, la contracción del empleo se expresó a nivel nacional en una caída de 10 puntos porcentuales en la tasa de ocupación y de más de 9 puntos de la tasa de actividad. El aumento de la tasa de desocupación fue de 4 puntos» (Benza *et al.* 2022, pp. 14-15).

Además, los estratos económicos más desfavorecidos sufrieron la persistencia de los efectos negativos de la pandemia en términos de empleo e ingresos durante más tiempo que el resto de los sectores sociales: «para la clase trabajadora informal persistían con mayor peso relativo la disminución del salario, la caída de trabajos/clientes y la falta de empleo» (Benza *et al.* 2022, p. 18).

En cuanto a la educación, desigualdades previas configuraron las posibilidades de acceso a la educación remota, en particular ya que en

los hogares pobres el mayor número de niñas y niños vuelve necesaria la existencia de más de un dispositivo para que puedan estudiar en paralelo. A esto se suma «el hacinamiento, que dificulta el aprendizaje en los hogares, y las menores competencias de los padres de sectores populares para asistir a sus hijos en el aprendizaje remoto» (Benza y Kessler 2021, p. 25).

Finalmente, en el ámbito de la salud las consecuencias de la pandemia han estado signados por las desigualdades existentes: en los barrios populares las tasas de contagio y defunción han sido más altas mientras que las tasas de recuperación fueron más bajas que en los barrios acomodados.

A lo largo del capítulo reconstruiremos las historias de dos familias de sectores populares para comprender en profundidad cómo funcionaron los mecanismos de reproducción y amplificación de las desigualdades sociales a partir del debilitamiento de los lazos sociales durante la pandemia. Los casos que hemos tomado pertenecerían al último estrato de la estructura social argentina que conforma la «clase trabajadora informal, compuesta a su vez por un segmento asalariado (de baja calificación no registrados y trabajadoras en casas particulares) y otro segmento autónomo (cuentapropistas sin capital y escasa o nula calificación, incluyendo los de carácter eventual, que realizan "changas"), y por desocupados abiertamente excedentarios» (Benza *et al.* 2022, p. 7). Las historias que vamos a recuperar exponen la multidimensionalidad de las desigualdades sociales contemporáneas y cómo estas se vieron acumuladas y potenciadas durante la pandemia.

3.2 Todo lo sólido se desorganiza con el aire

Vanesa tiene 47 años y vive con su marido y su familia en el barrio de Villa Pueyrredón, CABA. Su experiencia de la pandemia está muy marcada por la desorganización de las ya endebles estructuras sobre las que se sostenía su vida cotidiana: imposibilidad para mantener su microemprendimiento productivo, hacinamiento en la vivienda, servicios básicos insatisfechos y, sobre todo, la sensación de carecer de la información necesaria para interpretar y controlar la situación que estaban atravesando. La primera consecuencia que Vanesa asocia a la pandemia se relaciona con el corte abrupto de las actividades

laborales y la fuente de ingreso de su hogar: una vez implementado el confinamiento, con su marido no pudieron seguir con el emprendimiento de panadería que tenían antes de la pandemia porque ya no podía salir a repartir.

> «Habíamos arrancado un emprendimiento familiar de panes. Yo hacía panes. Hacíamos facturas. Hacíamos prepizza. Hacíamos marinera, de las galletitas sin agua, sin sal digo. Y bueno, arrancó, cuando empezó todo lo de la pandemia, tuvimos que dejar... porque no podíamos salir. Porque nosotros hacíamos durante todo el día trabajamos y a las 7 de la tarde salíamos a hacer entrega a domicilio. Y nos cortó las piernas porque no podíamos salir... Actualmente no, no, no estoy trabajando más por tema también tema de salud».

En paralelo, el marido y sus tres hijos se contagiaron yendo a trabajar y fueron despedidos tanto en comercios de gastronomía, como de una reconocida fábrica tabacalera donde trabajaba su marido como empleado de seguridad. Este último fue el único que tenía un trabajo formalizado; sin embargo, el cobro de la indemnización se vio obstaculizado y lo cobrado se fue licuando en el pago de deudas contraídas con anterioridad. Así lo relata Marcelo, de 54 años, esposo de Vanesa:

> «Nos llamaron para un arreglo y después porque como no era solo yo, había otros chicos que no querían aceptar lo que ofrecían, y tuvimos que ir a juicio, y ahí nos fueron pagando en cuotas... qué se yo como yo tenía deuda también tuve que pagar, que tratar de evitar que llegarán a más (...) Y justo yo había pedido una... un dinero, o sea, había sacado un prestamo para poder entrar para alquilar justo donde estábamos ahora. Yo tenía que alquilar y entregar el dinero del contrato de... cómo se llaman todas esas cosas».

Tiempo más tarde, sus hijos consiguieron otros empleos informales, pero su marido no logró reinsertarse en el mercado de trabajo por distintos problemas de salud (prótesis de columna que «salta» en los estudios preocupacionales, varices y úlceras en las piernas)

> «Es como una cosa negativa que no no no, no, no, no puedo pasar ningún examen de trabajo. Hay lugares donde no hacen examen bueno, pero en todos los trabajos hasta el día de hoy que hacen, entonces para mí se me hace difícil (...) con esto tengo miedo, la verdad que tengo hasta miedo de salir a buscar porque ya me rechazaron tantas veces que ya no tengo ganas de salir a preguntar ya si necesitan o no. Hay trabajo que sí, yo puedo hacer y hay otros que no y... Pero bueno, como ya te digo, me rechazaron tantas veces que ahora ya como que me acobardé, antes de entrar ya miro y salto para atrás para no ingresar».

El despido provocado a raíz de la pandemia marcó un quiebre en la trayectoria laboral de Marcelo. Sin obra social ni ART para atender sus problemas de salud, se fue quedando marginado del mercado

de trabajo a pesar de sus intentos por conseguir un nuevo empleo formal. La historia de la familia de Vanesa evidencia de qué modo los problemas de ingreso, empleo, vivienda y salud se concatenan amplificando la condición de vulnerabilidad durante la pandemia.

> «En la pandemia nos quedamos sin ingresos, sin ingresos sin nada... los del bachillerato me dieron de comer casi toda la pandemia, porque me traían bolsa de mercadería, aparte mi marido estuvo internado también por el tema del COVID. No podíamos salir de mi casa. Éramos entre... estaban once personas acá, mi hermana con dos... Fue terrible... Y ahí creo que fue que me empeoró la enfermedad en sí».

Como se desprende del testimonio de Vanesa, el hacinamiento se vio agravado por la necesidad de empezar a cuidar a familiares externos al núcleo: un abuelo de 90 años, tres nietos, una hermana de Vanesa que se sumó con sus hijos. En la vivienda no tienen gas natural. Además, tuvieron que sacar la cocina al patio para hacer lugar y ganar un ambiente para habitación.

> «Fue feo, fue feo todo, porque no teníamos de dónde sacar para cubrir, por ejemplo, el gasto del agua y terminaron cortando (...). Tramitamos el IFE y no salió para ninguno. No tengo la menor idea de por qué. En ningún momento se cobró en casa, o sea que yo tengo una tarjeta que es ciudadanía porteña, es lo único que tenemos de que es para mercadería y bueno y con las cajas mi marido hace ahora que, gracias a Dios, Teo está trabajando, que él me ayuda mucho, Matías también, Vero todavía no consigue, pero bueno, hace sus changas y también es para la casa»

La pérdida del empleo desencadenó un proceso de deterioro de las condiciones de vida: reducción de acceso a alimentos, corte de servicios básicos, hacinamiento. Asimismo, la ayuda estatal no resultó efectiva en estos casos donde no se alcanzó a detectar la situación de vulnerabilidad repentina causada a raíz de la pandemia. Ante este cuadro, una vez finalizada la fase estricta del aislamiento por la pandemia, su marido comenzó a desarrollar, junto a Vanesa, un nuevo microemprendimiento: confeccionar cajas de cartón para consolas de videojuego. Se trata de emprendimientos de bajo capital (el armado de cajas en su hogar) y empleos de trabajo informal (el cuidado de personas mayores) que no permiten tener un ingreso fijo y estable. Señala: «Y ahora estas cajas es como para ir sacando no es... tenés que hacer 10 cajas para que te paguen 1.500 pesos por caja. No es mucho».

Vanesa, además, realizó por un tiempo realizar tareas de cuidado pero que no pudo continuar por sus problemas de salud:

> «Yo además me conseguí un laburo en casa de... para cuidado de personas mayores, pero para mí eran muy pesado y no pude seguir por el tema de la enfermedad. Fue un tiempo para ayudar en casa, que teníamos la cuenta en la cabeza y no podíamos salir».

A los problemas económicos y las dificultades para alcanzar los ingresos necesarios para la subsistencia, se sumaron otros obstáculos que alteraron otras actividades importantes de la familia. Este fue el caso de las actividades educativas y de estudio. Tanto Vanesa como Marcelo y sus hijos habían comenzado un bachillerato para adultos justo cuando se desató la pandemia. Así recuerda Marcelo su experiencia con el paso a la virtualidad de su estudio en un bachillerato popular:

> «Para mí fue un poco difícil, porque yo no podía mucho prestar atención al tema de la enseñanza, o algunas veces no entendía porque me perdía como no tenía buena conexión, también con Internet a veces no andaba, no andamos, no teníamos buena Internet... bueno, este, perdí alguna clase y ya no, ya no me podía enganchar en los temas, se me atrasaba y así fue que se me complicó en el tema virtualidad, o sea, tampoco era muy ducho con el tema de andar conectando las cámaras y eso».

Las condiciones de conexión a Internet también imponían una barrera al estudio: con un solo celular con chip para toda la familia los retrasos en las clases impidieron una correcta organización de las actividades de estudio.

> «Y mi nene, por ejemplo, a veces él entraba en el... también tenía todo por virtualidad el tema del colegio y también estaba perdido igual que yo. El sí entendía cómo manejar una cámara, pero a veces no, era como nos pasaba a nosotros, estaba uno solo y a veces no estaba nadie a veces estaban todos y entonces él se perdía porque tenía que volver todo en la tarea hacia atrás y así entonces se confundía».

Marcelo fue el encargado de acompañar a su hijo más chico en el estudio y además se ocupaba de ir a retirar los cuadernillos impresos a la escuela. Sin embargo, él sentía que no tenía los conocimientos necesarios para ayudarlo a resolver algunas de las tareas.

> «Se nos complicó todo y yo le trataba de ayudar con el tema de los cuadernillos, porque la profesora le decía hay tal cuadernillo, fijate por esto y aquello. Ahí nos sentábamos a controlar eso y bueno (...) Y él sí quería volver al colegio de él, extrañaba mucho volver, ver a los compañeros, jugar en el patio a la pelota todo eso y el tema de la virtualidad, como te digo era muy difícil también para él, porque había días que se le retrasaba todo, tenía que volver hacia atrás con la materia que él ya estaba... primero era como que... no mirá a las 9 tenés turno con la maestra de matemática, y así estábamos con él. Después él estaba solo y la maestra decía no, vamos a esperar a que se reúnan más chicos, y nunca llegaban entonces se cortaba todo. Después eran las tres de la tarde, otra vez, y así. Después él me dice papá yo ya no entiendo más, ¿otra vez tengo que volver hacia atrás? Yo ya lo que aprendí... y bueno (...) después que se le mezclaban las hojas y eso... se les complicó mucho, sí».

Como puede observarse, el cambio en la modalidad de cursada adicionó nuevas dificultades para la cursada: las condiciones de escasez de acceso a los dispositivos, la baja calidad de conectividad y la falta de confianza en el manejo de los artefactos y plataformas atentaron contra la continuidad pedagógica generando un efecto de «desenganche» respecto a la dinámica de estudio y el contacto con la institución escolar. No resulta casual que el término más utilizado para describir la experiencia cotidiana aluda a la «complicación» de la vida. Vanesa describe la misma situación con términos similares:

> «El cien por ciento se desorganizó nuestra vida porque... Quizás el bachi me ayudó mucho el estar ocupado. pendiente del horario de bachi, para desconectarme de todo. Entonces no sentábamos y como que ahí me desconecté. Era como que me aliviaba un poco la cabeza porque... es más, no... no puedo dormir hoy todavía... no, me cuesta un montón (...) Venía tirando porque desde que me agarró esa enfermedad, ya me habían medicado, por eso te decía. Que me cuesta mucho concentrarme, o sea que no me queda mucho (...). Me cuesta mucho concentrarme, o sea que te digo una palabra y al rato ya me olvido, pero porque mi cabeza no está nunca tranquila».

Paradójicamente, la cursada del bachillerato representaba para Vanesa un espacio propio, un tiempo para ella donde podía desconectarse del resto de los problemas cotidianos también se vio afectada por dificultades de conexión con la escuela. No sorprende entonces que la sumatoria de «complicaciones» haya desencadenado problemas de salud en general y de salud mental en particular. Marcelo se contagió dos veces de COVID. La primera vez estuvo internado varios días sin tener mayor contacto que el de un enfermero que entraba muy esporádicamente a la habitación. «Solamente tenía cuatro paredes y una pequeña ventanita, ni siquiera un televisor», recuerda. La sensación de soledad y de peligro (vio como a un compañero de habitación se lo llevaron para una sala de terapia intensiva) lo angustiaron mucho. Marcelo leía la biblia y rezaba. La segunda vez que se contagió prefirió no internarse y se encerró en su casa. Por las noches le faltaba el aire y le dolía el pecho. Tuvo miedo. A fines del 2020 tuvieron que traer a su suegra desde Misiones porque ya estaba mal de salud para internarla en Buenos Aires. Allí se contagió de COVID y falleció. Este hecho también afectó a Vanesa y a Marcelo. En su relato se manifiesta la angustia que todo esto le ha generado y la preocupación que tiene sobre los problemas de salud que viene arrastrando ante la falta de recursos para lograr atención médica:

> «Llamo al 147, a veces estoy llamando también por el tema de la vista y todo porque sentí que se me acortó mucho el tema de la vista, pido turno... Porque yo antes de que me larguen del trabajo, yo me iba a operar de la vista, ya me había conseguido todo con la obra social. Me habían dado todo y justo llega el tema de la pandemia y no me pudo, no me podían operar porque se habían parado todo, esas cosas también. Y bueno, después vino el tema de que como que me quedé sin trabajo y bueno, ya perdí todo eso también. Entonces ahora tengo que volveeer [alarga la última sílaba para expresar fastidio] a pedir, hacer estudios, había hecho de a poco todos los estudios en el hospital de clínica que tenía una señora conocida me hizo todo, me dijeron... o sea todos los estudios con todo eso ya presenté para que me hagan la cirugía y después me dijeron que no, por ahora no, así que también tengo que esperar».

Nuevamente vemos aquí cómo las problemáticas laborales, familiares y de salud se solapan y encabalgan mutuamente a medida en que los vínculos con las instituciones se entrecortan y relajan. Una dificultad conduce a otra y lo único que le queda a Marcelo es esperar en medio de una sensación de incertidumbre que permea todas sus vivencias y, por momentos, conduce a la depresión.

> «Ni con mi señora hablo las cosas que yo tengo que hablar, soy muy, trato de no... no, no, no sé veo cosas como que hay muchas cosas que no puedo contar, necesito contar, necesito. Hubo una época que necesité desahogarme, hablar con alguien y... Como que me sentía mal, sí, los primeros meses de que me quedé sin trabajo... y digo yo ¿ahora adónde voy? Y busqué Iglesia, busqué sacerdote, busqué y no encontré en nadie y me fui a una plaza y miraba una paloma y lloraba... y decía yo por todas las cosas que me estaban pasando».

Algo similar experimentó Vanesa ante la muerte de su madre y los problemas económicos, aunque ella acudió a ayuda terapéutica.

> «Yo tuve psicóloga, porque no ya no estaba aguantando entonces sí, busqué ayuda, de una psicóloga por mi médico de cabecera. Salí, salí, salí... porque se me cruzaba cualquier cosa (...) Me deprimí mucho, mucho. Pero hoy quizás agradezco a Dios porque muchas cosas feas cruzaban en la cabeza (...) Porque quizás también tengo... como se me fue mi mamá, era muy... a la mañana a la noche hablaba con ella y hoy no está y quizá muchas veces bueno, lucho por papá... pero... también no veo la hora de no sé, ir al bachi para desconectarme un poco (...) Es que no sale nada. Mi hijo mayor es el único que está trabajando, él se va la mañana y vuelve a la noche. Tampoco quiero estar, no sé... que él pague todo, no... quiero que él junte también para él, para él».

La atención psicológica recibida por Vanesa durante la pandemia se realizaba por WhatsApp. De todas formas, tuvo dificultades para comprar la medicación por falta de dinero. Luego esa atención «se le cortó» y ahora Vanesa se siente «horrible».

> «La psicóloga me ayudó mucho. Es más, dejé ahora cuando empecé con todo lo de mi mamá, porque lo traje de Misiones muy mal y me ocupé más de ella y lo mío dejé. Me trató

> hasta diciembre. Cuando lo traje a mi papa después que paso todo. La llamé y bueno, me volvió a atender, pero ya tenía que pedir al jefe de ella una autorización y como yo no me fui al hospital todavía no le pedí (...) Ahora estoy sin tratamiento y me siento horri-ble (énfasis), o sea, que a la noche no duermo, pero estaba por un lado sí estoy muy preocupada y por otro y constantemente mi cabeza funciona, o sea que nunca deja de funcionar. Yo puedo estar dormida pero como que mi cabeza ha sido funcionando, no descanso (...) y estoy con cuatro medicaciones que una me sale 5000 pesos una caja de 20 me lo da todas las medicaciones son cuatro. Es más, mañana tengo medico con mi papá para sacarle sangre y después al otro día me ocupo de lo mío, porque si no duermo el otro día no sirvo para nada».

En definitiva, la historia de la familia de Vanesa y Marcelo pone de manifiesto cómo la experiencia de la pandemia no puede ceñirse a hechos puntuales (el contagio, la falta de trabajo, la merma de ingresos, el hacinamiento habitacional, la enfermedad de familiares) sino que compone de múltiples situaciones que, encabalgadas, desorganizaron y cargaron de incertidumbre las cuestiones más elementales de la vida cotidiana generando así una permanente sensación de malestar.

3.3 Entender o no entender, esa es la cuestión

Ernesto tiene 33 años, vive con su familia en un barrio popular del conurbano bonaerense. Durante algunos años, tanto él como su esposa trabajaron como cartoneros en una planta recicladora gestionada por un movimiento de trabajadores de la economía popular. La esposa es asmática, y además se enfermó gravemente de artrosis durante la pandemia, y dejaron de pagarle. Ernesto se enojó con la referente de la cooperativa y con algunos compañeros, y ambos quedaron sin trabajo.

> «Yo en principio, mientras estaba la pandemia tenía el trabajo que era en una planta de reciclado. Que estuve durante varios años ahí trabajando. Con la pandemia me quedé sin trabajo. Mi esposa y yo, los dos nos quedamos sin trabajo. Nosotros generalmente arrancamos como cartoneros. Después se hizo una cooperativa, y nos agregaron, y trabajábamos. Y después nos pasaron a la planta de reciclado. Que de por sí era muy esclavo».

Tienen tres hijos viviendo con ellos, dos en edad escolar (14 y 15 años respectivamente) y otra que tiene 23 años, a los que se sumaron tres niñxas/os más que pasaron a vivir en el hogar en el último tiempo: dos nenas de 8 y 9 años y un varón de 12. La mujer es madre de 7 hijas/os, por los que recibe la asignación universal por hijo (AUH). La situación laboral cambió radicalmente durante la pandemia. Por un lado, la mujer se vio impedida de trabajar por sus problemas de salud y

porque tiene que quedarse en el hogar para hacerse cargo de los chicos. Como en la cooperativa dejaron de reconocerle la convalecencia y le dejaron de pagar, Ernesto se peleó con la comisión directiva y decidió no trabajar más en la cooperativa. Al igual que en la historia de Vanesa y Marcelo, los problemas laborales y de ingresos generaron mucho estrés en Ernesto.

> «[Ahora] estoy mejor, porque ahí adentro [se refiere al trabajo en la cooperativa] me enfermé por tanto estrés, presión de parte de la gente que nos manejaba a nosotros. Tuve ataques de presión, llegué a estar internado dos veces en el Pirovano. En pandemia».

La decisión de renunciar al trabajo fue, según Ernesto, «muy dura porque nos quedamos sin dos sueldos». Esto lo llevó a buscar otra estrategia para conseguir ingresos. Así, empezó a alquilarle un vehículo a su vecino para hacer fletes y salir a cartonear por su cuenta. Lo hace todos los días, y luego lleva los cartones a un galpón de compra de metal, cartones, etcétera.

> «La camioneta es de un vecino, pero es prácticamente más mía que de mi vecino, yo la arreglo, yo le invierto y la uso, solamente le pago el alquiler y si se rompe algo lo arreglo yo porque es quien la utiliza, yo. Pero generalmente en Facebook yo tengo para hacer fletes y cuando no hago fletes vengo a cartonear. Que es con lo que me manejo el día a día. Y yo junto en mi casa y después llevo a un galpón que compra metales, cartones, y ahí lo vendo y ahí bueno tengo el ingreso».

Durante la pandemia, recibieron tres meses de IFE y acudieron a una iglesia del barrio que les proporcionaba la cena durante casi toda la pandemia.

> «Solamente cobré yo el IFE, que cobré los tres que hubo y después bueno... Y después no cobré más nada. Y bueno día a día tenía que salir a trabajar para que comamos. El IFE vino bien porque al principio cobrábamos el sueldo, pero se gastaba más por lo que estábamos todo el tiempo ahí».

Al igual que en la historia de Vanesa y Marcelo, las condiciones laborales precarias y la incertidumbre respecto a los ingresos, devinieron en problemas de salud. En el caso de Ezequiel, la situación laboral en la planta recicladora le generó picos de presión que lo lleva a tener internaciones en hospital. También tuvo un accidente cortando madera, lo operaron porque se cortó los tendones.

> «Me internaban a las cinco de la tarde y a las doce de la noche recién me dejaban ir que ya normalizaban la presión. Me mandaron a tomar una pastilla para la presión, pero desde que dejé de trabajar ahí no la utilizo porque no me hace nada, ya la presión quedó

> normalizada sola (...) Me atiendo en hospital público. Teníamos obra social pero como nos sacaron a los dos no tenemos más. Igual la obra social no servía para nada, porque tenías que pedir un turno para un médico y antes de pedir para ese médico tenías que pasar por un clínico que te derive, pedir la autorización, esperar la autorización, poder sacar un turno, y había que ver si en la clínica tenías eso...».

Como puede observarse, la pérdida del empleo formal significó no solo la pérdida de ingresos sino también la de una cobertura de salud justo en momentos donde se agravaron patologías preexistentes y se agregaron nuevas condiciones inatendibles. Así, la historia de Ernesto y su familia nos muestra cómo la pandemia potenció la inestabilidad e incertidumbre en un contexto ya precario e inestable: a las dificultades económicas, laborales y de salud se sumó la desorganización de las rutinas de estudio. En plena crisis de ingresos, la familia de Ernesto tuvo que asumir nuevos gastos para continuar con la educación de sus integrantes: «Sí, instalamos Wifi, y bueno, es caro pero bueno... es algo con lo que tuvimos que enfrentar la pandemia por el tema de lo del colegio, que les mandaban los trabajos... videos».

Una vez superada, con esfuerzo, la brecha de acceso a Internet, nuevas barreras se pusieron en evidencia. Plataformas hasta aquel momento ignoradas cobraron un protagonismo indispensable. Así ocurrió con lo que la literatura ha señalado como un notable diferenciador en la experiencia de la educación remota de emergencia durante la pandemia: las clases por videoconferencias. A continuación, se describe cómo fue la experiencia de uno de los hijos de Ernesto:

> «Y tenían el... el... zoom, yo o sea me lo instalé, pero o sea nunca supe cómo se usaba, así que en las clases así virtuales nunca estuve, pero en los trabajos lo intentaba de hacer, porque mucho tampoco no entendía. No entendí cómo usar la aplicación de zoom, y eso fue... No... Ni yo ni mi hermano hacíamos la clase porque como vamos al mismo grado no nos podíamos conectar».

Sin embargo, las dificultades trascendieron largamente las cuestiones de accesos a dispositivos y conectividad y de las habilidades digitales. La dinámica pedagógica se vio radicalmente trastocada por la transformación repentina de los roles: la enseñanza y explicación de las distintas materias recayó súbitamente en madres y padres. Así recuerda Ernesto este cambio en relación con la educación de sus hijas/os:

> «Era más complicado, porque no llegaban a entender las cosas. Yo como algunas cosas más o menos entendía de los que a ellos les daban los podía ayudar (...) Mandaban videos

> y una vez por semana le pedimos trabajos que manden planillas para que ellos hagan y entonces íbamos una vez por semana a buscar al colegio y ya le quedaba para toda la semana, y ellos estudiaban. Y por ahí con compañeros de ellos se preguntaban entre ellos para ver si alguno entendía o no entendía. Y creo que estuvieron casi un año que ellos hacían todo con fotocopias, que era más fácil (...) porque como ellos no entendían lo de zoom, tratamos de buscarle la vuelta para que ellos pudieran aprender, y no pierdan un año por lo de la pandemia».

En este punto, la discontinuidad del vínculo tradicional con la escuela y las/os docentes no logró ser reemplazada de manera fluida.

> «Y al principio había dificultades porque uno no tenía el teléfono de un maestro, y teníamos que buscar algún compañero que lo tuviera para poder... que tengan todo como quien dice en regla para poder seguir avanzando ellos mismos».

Nuevamente, al igual que en relación con el trabajo, la familia de Ernesto sufrió la desvinculación con la escuela, las/os docentes y las/os compañeras/os de estudio de sus hijas/os. La presencialidad daba cierta solidez y certeza a las relaciones pedagógicas de la familia. Su suspensión –con las dificultades y vacíos que dejo el pasaje repentino a la virtualidad– sumó nuevos desajustes a la vida cotidiana al punto que Ernesto recuerda esta situación como una de las cuestiones más difíciles de saldar durante la pandemia:

> «Lo más difícil fue eso [se refiere al cierre de las escuelas y a la cuestión del zoom], que no entendían ellos, como yo no manejaba tanto lo que es la tecnología... aprendo rápido, pero en ese momento era complicado por no tener alguien que me explique más o menos cómo era. Era te doy los números de los profesores y ahí arreglen. Pero había profesores que tenían dos escuelas, o tres escuelas, y no tenían tiempo para explicar a todos... Yo creo que eso fue lo más difícil para los chicos, de no poder estar con los amigos, los compañeros».

La experiencia de la pandemia para Ernesto y su familia está signada por las dificultades para interpretar el trastocamiento de las condiciones de vida. Las tramas institucionales dejan de contener: la cooperativa expulsa frente a la enfermedad, la obra social no atiende, la escuela se desentiende... Frente al desamparo y las dificultades para entender lo que está sucediendo, la familia recurre a repertorios reconocidos, pero en total aislamiento: salir nuevamente a «cartonear» por la suya, pedir fotocopias, tomar o dejar las pastillas. «Buscarle la vuelta» aparece como denominador común en un marco donde la desafiliación se ve potenciada durante la pandemia amplificando tensiones, rupturas, malentendidos y desconexión.

3.4 Conclusión

Si la literatura señala que se amplificaron las desigualdades sociales en términos laborales, de ingresos, educativos y de salud durante la pandemia, las historias que desplegamos en este capítulo permiten comprender los modos en que estas inequidades interactuaron y se potenciaron a partir de la desorganización de la vida cotidiana de los hogares más desfavorecidos.

Durante y después de la pandemia, las familias cuyas historias recuperamos atravesaron una crisis severa de ingresos y empleo pasando de la formalidad a la informalidad, además de soportar el peso del endeudamiento y las dificultades generadas por los problemas de salud. En la reconstrucción de sus experiencias, las personas entrevistadas destacan que vivieron esta travesía pandémica con poca o nula ayuda del Estado. Los relatos indican que la principal preocupación durante la pandemia giró en torno a las dificultades económicas provocadas por la imposibilidad de salir a trabajar, sostener microemprendimientos y, como en los casos relatados, perder el empleo. Así la pandemia fue experimentada como un catalizador de las severas condiciones de vida y de las desventajas acumuladas durante años.

A esto se le sumaron los problemas para la reorganización de las prácticas de estudio y la gestión de los vínculos extrafamiliares con docentes y compañeras/os de estudio. El entendimiento y la comprensión –o, más bien, su falta– emergen en forma recurrente en los relatos. No se sabe cómo usar tal aplicación, no se comprenden los contenidos de una materia, no se entiende por qué no se les otorga un beneficio. A la incertidumbre propia de la emergencia sanitaria y del carácter excepcional de la situación (no se sabía cómo se esparcía el virus, no se sabía cómo evitar contagios, no se sabía hasta cuándo iba a durar la pandemia, no se sabía cuándo iban a llegar las vacunas) se imprimen nuevas inseguridades que vinieron a profundizar las desventajas al interior de la sociedad y aumentar las desigualdades sociales. Frente a este tipo de inseguridades, las familias de sectores populares apelaron a los dispositivos que resultaban más familiares y a los conocimientos ya apropiados por generaciones anteriores. De allí se observa un doble movimiento analógico. Por un lado, se recurre a los soportes analógicos para el acceso a los contenidos educativos y la reposición del vínculo pedagógico con las/os docentes y la escuela; especialmente los cuadernillos y las fotocopias. Por otro lado, se recurre

a repertorios de enseñanza-aprendizaje basados en la propia experiencia educativa de madres/padres y al contacto directo con otras/os compañeras/os de estudio para saldar dudas. Ambos movimientos están motorizados por la necesidad de enfrentar las incertidumbres y riesgos que plantea el inédito escenario: no perder el año, aprender a leer y escribir de acuerdo a los parámetros previos a la pandemia, no «desengancharse» de los ritmos de estudio y seguir vinculados a la institución escolar.

No resulta extraño entonces que ese catalizador haya detonado graves situaciones de salud, física y mental. El estrés y la ansiedad que manifiestan las personas entrevistadas aparecen en sus vivencias íntimamente ligados a las dificultades soportadas para la supervivencia material cotidiana. La pandemia cae sobre procesos de desafiliación anteriores, condiciones de vulnerabilidad consolidadas y acumulación de desventajas y golpes biográficos (problemas de salud crónicos, violencia, déficits alimentarios, hacinamiento, inestabilidad y precariedad laboral). Estos procesos desafiliatorios se ven agravados debido a la pérdida de empleos formales, la suspensión de las coberturas de salud, la interrupción o abandono de las trayectorias escolares, la desprotección frente a la aparición de problemáticas de salud mental y depresión.

En este punto cabe reflexionar respecto al rol del Estado en la atención de estas urgencias. Las historias recuperadas dan cuenta de una vivencia de desamparo frente a las múltiples necesidades abiertas por la pandemia. Las dificultades para mantener los ingresos, la falta de certezas respecto al cobro de las asistencias y subsidios de emergencia, los déficits de información y conocimiento para continuar con las prácticas de estudio y los baches de atención sanitaria tienen como contracara la percepción de un Estado que no logra sostener, acompañar y proteger durante la emergencia. Ante esta ausencia, se destaca la activación -como en tantísimos otros momentos de la historia argentina- de redes comunitarias de asistencia y cooperación: la familia ampliada, el bachillerato popular, las iglesias emergen como instancias intermedias que ayudan a paliar necesidades y cubrir aquellos huecos donde el Estado no llega, no puede o no sabe alcanzar (Heredia 2022).

La experiencia de la pandemia por parte de las familias de sectores populares que recuperamos en este capítulo aparece signada

por los efectos de una desorganización y recodificación de unas condiciones de vida que ya eran, de por sí, inestables y precarias. Los pocos mojones de certidumbre que guiaban la práctica cotidiana se ven rápidamente arrasados por un vendaval inentendible que jaquea la relación entre los individuos, las instituciones y los mecanismos conocidos de afiliación social: pérdida de empleo, supresión de los ingresos, falta de compresión de los dispositivos de ayuda estatal, dificultad para el acceso a los medios de subsistencia, desconexión de las tramas escolares, desamparo por parte de los organismos sanitarios.

La pregunta por el devenir del lazo social es constitutiva de la sociología, especialmente en relación con los sectores populares en las sociedades modernas. Si en términos políticos la problemática gira sobre la unión y la organización de estos sectores, la traducción en términos sociológicos alude a los mecanismos para su integración y regulación social. Aquella pregunta por el lazo social ha sido reformulada de manera recurrente durante la pandemia por el Covid-19. Las historias que recuperamos permiten comprender cómo emergen nuevos déficits de integración y regulación social a partir de la crisis del empleo, la inestabilidad de las estrategias de supervivencia, la desorganización de la vida cotidiana, el debilitamiento de los vínculos con actores (colegas de trabajo, docentes, agentes sanitarios) e instituciones imprescindibles para la integración social (la fábrica o empresa, la escuela, el hospital, el Estado) y el relajamiento de las normas y reglas indicativas de qué hacer, a dónde recurrir y cómo cubrirse en medio de la emergencia.

Referencias

BENZA, GABRIELA; PABLO DALLE Y VERÓNICA MACEIRA

2022 «Estructura de clases de Argentina (2015-2021): efectos de la doble crisis prepandemia y pandemia en el empleo, los ingresos y los gastos de los hogares», en *Estructura social de Argentina en tiempos de pandemia. Efectos de la doble crisis y recomposición social en disputa*, Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi, vol. 1, referencia citada en páginas 46, 47.

BENZA, GABRIELA Y GABRIEL KESSLER

2021 «El impacto de la pandemia en América Latina: retrocesos sociales e incremento de las desigualdades», en *Lavboratorio*, n.º 31, págs. 12-33, recuperado de <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_

revistas/pr.17672/pr.17672.pdf>, referencia citada en páginas 46, 47.

CHÁVEZ MOLINA, EDUARDO Y JOSÉ RODRÍGUEZ DE LA FUENTE

2022 «Pobreza en tiempos de pandemia. Un abordaje desde la estructura de clases ocupacionales», en *Estructura social de Argentina en tiempos de pandemia. Efectos de la doble crisis y la recomposición social en disputa*, Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi, vol. 1, referencia citada en página 46.

HEREDIA, MARIANA

2022 *Qué pudo y qué no pudo el Estado frente a la emergencia del covid-19 y después*, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en página 58.

ORTALE, MARÍA SUSANA; JAVIER SANTOS Y JULIANA RAVAZZOLI

2022 «Efectos del Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio en la alimentación infantil. Estudio en hogares de La Plata, Berisso y Ensenada (Pcia de Buenos Aires, Argentina)», en *Cuestiones De Sociología*, n.º 26, e134, DOI: 10.24215/23468904e134, referencia citada en página 46.

SAUTÚ, RUTH Y JOAQUÍN CARRASCOSA

2022 «La vulnerabilidad del hogar frente a situaciones de riesgo social», en *Estructura social de Argentina en tiempos de pandemia*, vol. 1: *Efectos de la doble crisis y recomposición social en disputa*, Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi, referencia citada en página 46.

CAPÍTULO 4

Todos juntos, todo el día, todos los días: maternidad, trabajo y espacios domésticos

CAROLINA DUEK

4.1 Introducción

Uno de los cambios más fuertes que impuso la pandemia para los trabajadores y trabajadoras no esenciales fue el encierro. Al no ser considerada trabajadora esencial, una persona adulta podía salir a hacer compras de alimentos y de bienes necesarios para la subsistencia, pero luego de eso debía regresar a su casa lo más rápido posible. La promesa de los especialistas médicos y de quienes se ocupaban de las políticas públicas sostenía que, a menor circulación de personas en espacios comunes, menor sería la circulación del virus.

Los tres casos con los que trabajaremos en este capítulo nos permitirán abordar la experiencia de la cotidianidad por parte de mujeres que tenían trabajo antes de la pandemia y que, de diferentes formas y con adaptaciones variadas, pudieron rearmarse para mantener sus ingresos parcial o totalmente. La hipótesis con la que leeremos los casos plantea que independientemente del contexto y de las características del hogar, la pandemia permitió la construcción de estrategias desde y con las cuales estas mujeres se sostuvieron económicamente durante el período de aislamiento más estricto a la vez que cambiaban la experiencia de habitar sus espacios domésticos. Uno de los vectores de la investigación en la que se enmarca este libro se relacionó con el relevamiento y con la reconstrucción de las experiencias durante la pandemia entendiendo que los contextos sociales, culturales, económicos, de salud y educativos intervinieron fuertemente en las formas

en las que los sujetos pudieron atravesar el aislamiento. Pero también, y lo veremos en el análisis, el género fue un factor muy relevante a la hora de la reorganización de la domesticidad, de las tareas y de los espacios.

En este sentido, nos proponemos aquí desplegar relatos que den cuenta, a la vez, de la diversidad de las experiencias que ocurrieron en la pandemia, en sus cambios permanentes y continuidades y, también, comprender los núcleos comunes que unen historias distintas, desiguales y diversas de personas que no se conocen entre sí ni comparten ningún espacio cotidiano.

4.2 Hogar, casa, núcleo, centro: todos, todo el tiempo en el mismo lugar

En abril de 2020 Santiago Canevaro y María Victoria Castilla publicaron un ensayo en la revista digital Anfibia titulado «Te prefiero fuera de foco. Lo público, la intimidad y la cuarentena» en el que abordaban, a menos de un mes de comenzado el confinamiento, algunas características nuevas que asumía el trabajo, los cuidados, las interacciones con colegas, amigos y familiares y se preguntaban allí por los alcances de la pandemia en el mediano plazo en caso de que se extendiera el confinamiento. La frontera entre lo público, lo privado y lo íntimo, ya tensionada por investigaciones y conceptualizaciones, se puso en primer plano como tema, como problema y como «normalidad». Sibilia (2008) afirmaba que con el advenimiento de las redes sociales «mostrar la vida privada» se había vuelto habitual y que el «show del yo» era uno de los factores comunes que tenía la construcción de las subjetividades contemporáneas. La autora recurre a un concepto muy claro que es el de diario éxtimo (la contracara del diario íntimo) en y desde el cual los sujetos sociales registran, seleccionan, muestran, exhiben y hacen circular imágenes y videos de sí a otros, para otros que pueden ser conocidos o desconocidos.

El aislamiento puso en escena la cotidianidad frente a otros en forma de ruidos, interrupciones, desempleo, fondos de videollamadas, posibilidades y limitaciones. Canevaro y Castilla (2020) afirman que las nociones de «adentro-afuera; privado-público; afecto-trabajo; amor-dinero se trastocaron». Los espacios de trabajo, de ocio, de alimentación, de vínculos sexoafectivos y de cuidados se concentraron

en un solo espacio, en un solo tiempo por un período extendido. Esto supuso una gran transformación de los hogares como «centros de operaciones» (Duek 2020).

Desde los hogares se organizaban, elaboraban, ejecutaban y despachaban todo tipo de prácticas, textos, presentaciones, reflexiones, emociones, cuidados, límites y potencialidades que se emitían, como antenas reproductoras, hacia el exterior. Hay distintas dimensiones que retomaremos en relación con los hogares durante la pandemia: sus condiciones estructurales, las tareas de cuidado y el trabajo en el hogar en formato no presencial.

Las condiciones estructurales de calidad, espacio, metraje, espacios al aire libre y la vinculación con ese espacio (alquiler, préstamo, propio) fueron grandes modificadores de la experiencia de la pandemia y eso quedará claro en las historias que presentaremos a continuación. Almada et al. (2023) trabajaron estas dimensiones en espacios precarios en Córdoba y mostraron de qué formas las limitaciones en las comodidades y el hacinamiento fueron cruciales a la hora de comprender las experiencias pandémicas de las mujeres entrevistadas en su trabajo de campo. Heredia (2022) relevó que en los espacios y áreas con mayor densidad poblacional y/o habitacional, los riesgos de circulación del virus eran mayores. No solo se trató de la convergencia de todas las actividades en una «cueva aterciopelada» (un espacio cerrado, confortable y percibido como seguro) como retoma Gubern (1987) de Baudrillard, sino de comprender que si esos espacios no estaban lo suficientemente compuestos, seguros y limpios podían suponer un mayor riesgo de contagio para quienes allí habitaban.

Segura y Pinedo (2022) retoman a Harvey (1977) quien afirma que las ciudades son «un complejo sistema dinámico en el cual las formas espaciales y los procesos sociales se encuentran en continua interacción» (41). En esa línea, concluyen en la necesidad de pensar en la espacialidad, la temporalidad y la situacionalidad en el contexto de la pandemia «entendida como un proceso en el que se entrelazan múltiples agencias y distintas temporalidades que se despliegan en un escenario preexistente heterogéneo y desigual» (18). Los espacios, las formas posibles de habitarlos, la convivencia y la calidad de la vivienda modifican las experiencias individuales y colectivas.

A la importancia de la configuración de los espacios y la reproducción de desigualdades preexistentes junto con la convergencia

de las actividades y a las formas de habitar esos hogares durante el confinamiento, se suma una dimensión inevitable en la propuesta que realizamos en este capítulo: la distribución de tareas en el hogar. Arza (2020) sostiene que «cotidianamente, familias, estado, mercado y comunidad ofrecen en grados variables tres tipos de cuidado: cuidado directo, cuidado indirecto y supervisión» (48). El cuidado indirecto incluye las tareas domésticas asociadas a cubrir las necesidades de alimentación, abrigo e higiene de las personas. El cuidado directo es personal e involucra el contacto cara a cara entre quien cuida y quien es cuidado y la supervisión se relaciona con tareas más de monitoreo. Todos se concentraron primariamente en un hogar central y, en algunos casos, se extendió a hogares sobre los cuales algunos adultos proyectaban sus cuidados (familiares con algún factor de riesgo, adultos mayores, entre otros casos). Wainerman (2003) ya mencionaba que la inserción laboral de las mujeres se había desplegado sin una revisión de la división de tareas hacia dentro del hogar. Batthyány (Batthyány 2020) afirma que esas desigualdades previas se reprodujeron en la pandemia generando una sobrecarga en las mujeres que concentraron el cuidado de terceros menores y adultos mayores en una proporción casi total (Meneses Medina 2023; Pereyra *et al.* 2023). Durante la pandemia las mujeres no esenciales concentraron en un solo espacio sus tareas de cuidado, laborales, de higiene, de alimentación y de gestión del afecto y de las emociones (Moguillansky y Duek 2024).

Por último, si en los hogares la experiencia se vinculó con las condiciones de habitabilidad y con los cuidados, una pieza que falta para dar cuenta de la convergencia de todo en un espacio es el trabajo. Las entrevistadas, como mencionamos, trabajaban antes de la pandemia pero tuvieron que hacer adaptaciones directas e indirectas para poder sostener su labor cotidiana. Salvia y Zurita (2021) sostienen que la pandemia supuso un retroceso en materia de bienestar y, a la vez, un aumento de las desigualdades sociales. La pérdida o deterioro del empleo junto con la caída de ingresos laborales son las principales consecuencias directas de la pandemia asociadas, lógicamente, a problemáticas prexistentes en el país. Los segmentos más afectados por este deterioro son los trabajos informales y los no registrados que ya exhibían, según Jacovkis et al. (2021), fuertes problemas de inserción socio-productiva.

Desde otro ángulo, más vinculado con la adaptación de los trabajos durante el aislamiento, el CIPPEC (2021) presenta un análisis en el que concluyen que la pandemia representó una oportunidad para acelerar la tendencia del mercado de trabajo a moverse a entornos más flexibles con el teletrabajo como uno de los ejes principales del cambio. Si bien no todos los trabajos pueden adaptarse a la virtualidad veremos cómo, en las historias que siguen, encontraremos formas e intentos de adaptación de las modalidades y contenidos de las tareas laborales desde el completo aislamiento. El informe sostiene que el 30 % de la masa de trabajadores estaba, antes de la pandemia, en condiciones de trabajar remotamente.

Tanto los informes citados que ven en los cambios laborales suscitados por la pandemia un aliciente a nuevas modalidades de trabajar como en los diagnósticos más estructurales sobre desigualdades, pobreza y mayor exclusión, lo que encontramos es que el mercado del trabajo sufrió cambios durante y por la pandemia y que los trabajadores también tuvieron un impacto fuerte no solo en las modalidades sino en los ingresos cuanti y cualitativamente.

4.3 Una historia, un sujeto: las experiencias de la pandemia en primera persona

En los apartados que siguen presentaremos las tres historias de mujeres distintas que nos van a permitir reflexionar sobre la pandemia, el hogar, los cuidados y el trabajo desde diferentes experiencias, matices, posibilidades y limitaciones. Será a partir de ellas que pondremos en tensión la hipótesis planteada junto con algunos conceptos aquí volcados que retomaremos hacia el final del texto.

4.3.1 Eva, el cuidado, la preocupación económica y el trabajo desde el living de su casa

Una forma en la que la pandemia atravesó la vida y el trabajo en y desde el hogar se vincula con aquellas tareas que no podían virtualizarse total o parcialmente y con los espacios de encuentro social que no podían reemplazarse con una pantalla. Ese es el caso de Eva de 35 años, licenciada en Folclore con especialización en Tango y docente de nivel primario. Ella vive en el barrio de Villa Devoto con su esposo y tres hijos que en 2020 tenían 1, 3 y 5 años. El aislamiento impues-

to por la pandemia interrumpió sus dos principales tareas laborales como profesora de tango y como organizadora de eventos. Ambas tareas culturales quedaron paralizadas debido al cierre de actividades presenciales, lo que afectó gravemente sus ingresos, ya que trabajaba de forma independiente sin un salario previsible mensual. La experiencia de Eva estuvo atravesada por posibilidades y limitaciones. Las posibilidades se encuentran en el aprovechamiento de la virtualidad para finalizar sus estudios, cursando las materias pendientes que tenía de la licenciatura en la Universidad Nacional de las Artes (UNA).

> «La UNA tiene una oferta horaria un poco limitada, entonces siempre es difícil para los estudiantes concluir y nosotros con nuestro trabajo que trabajamos mucho de noche también y la maternidad se ponía medio complejo y en pandemia tuve la oportunidad de hacer las que me habían quedado colgadas porque se daban de manera virtual y estaba el papá de los chicos acá para cuidarlos y podía disponer de ese tiempo (...) Me quedaban materias que se daban de manera virtual y que podía concluirlas».

Esta posibilidad solo se le dio por el aislamiento y por la limitación de sus principales tareas laborales que coincidían, muchas veces, con las del marido en el horario nocturno. Aclara, luego, que la calidad y la posibilidad de cursar se vinculaba con el entusiasmo de los docentes y que en muchos casos les daban guías y era como rendir libre las materias, pero de todos modos pudo terminar su carrera y capitalizar a ese respecto el tiempo interrumpido de lo que era su cotidianidad «normal». Su casa fue, para ese segmento del día y del año de cursada, un espacio educativo para ella misma también.

Las limitaciones fueron centrales para la calidad de vida que pudieron tener en su casa con sus tres hijos y se relacionaron con la imposibilidad de generar ingresos y, a la vez con la multiplicación de las tareas de cuidado hacia dentro del hogar. Eva resume con mucha precisión su situación laboral al comienzo y en el desarrollo de la pandemia:

> «Yo soy profe de tango y organizamos eventos culturales vinculados al tango. Previo a la pandemia, dábamos varias clases semanales, grupales y particulares bueno, por supuesto que el tango es una actividad que tiene mucho, mucha exposición, digamos cuerpo a cuerpo y organizábamos bailes de tango también y por supuesto con la pandemia todo eso hubo que cerrarlo. Primero creímos que eran 15 días y aprovechamos para pintar un par de paredes de la casa (se ríe) pero después se fue alargando y empezamos a reconvertirlo como, como podíamos, de manera virtual, entendiendo que, que no tiene nada que ver con nuestro trabajo, digamos, nuestro trabajo es puramente social y de encuentro presencial. Y empezamos a armar como contenido para enviar y a dar clases por Zoom sobre todo para nuestro grupo de alumnos preexistente y a manera voluntaria en el pago».

El trabajo de Eva tenía un doble agravante en el contexto de la pandemia: el contacto físico del tango y el inevitable cuerpo a cuerpo que supone su práctica y la inexistencia de ingresos fijos que permitan el sostenimiento mínimo de las necesidades familiares básicas. Es por eso que las limitaciones fueron una parte muy relevante de la experiencia subjetiva de la pandemia para ella dado que, más allá de algunos subsidios mínimos que tenían para el sostenimiento de la artística de la milonga, sus ingresos eran directamente dependientes de su tarea. Más allá de que intentaron adaptar sus propias clases de tango y generar contenido, las limitaciones de la no presencialidad se hicieron evidentes y no permitieron construir esos videos o intercambios mediante plataformas digitales en un ingreso sustentable familiar. Tanto ella como su marido comenzaron emprendimientos: ella uno textil con amigas y él una vinoteca para intentar mejorar su situación económica.

Pero las limitaciones no eran solamente laborales y de ingresos económicos sino que se les sumaba una dimensión: la escolaridad no presencial de sus tres hijos y su constante necesidad de atención, cuidado, entretenimiento y atención. En el comienzo del aislamiento sus hijos no salieron a ningún lado y eso supuso, para ella, la necesidad constante de presentarles actividades y cosas para que «el tiempo pase». En esa búsqueda, Eva tuvo una convicción y una necesidad. La convicción de que la actividad física era fundamental para niños pequeños y la necesidad de que realicen actividades, que se muevan y que se cansen. La dificultad adicional con la que se encontró fue que no tenían espacio exterior para realizarla en su hogar porque no tenían patio, jardín ni balcón. Entonces, movió algunos muebles y el living de la casa se convirtió en un espacio de movimiento:

> «Armamos circuitos deportivos (...) a los tres a los cuatro años es muy importante moverte, correr, jugar, saltar y acá hay un living de 4x4 para eso, entonces les armaba como circuitos de saltar hasta acá, correr por acá, hacer equilibrio por acá, para que también descargaran un poco de energías».

El living como espacio de despliegue deportivo se sumó al living como espacio de grabación de clases de tango. El trabajo y el cuidado confluían en un solo lugar en donde las demandas y las necesidades se multiplicaban exponencialmente. Eva recuerda esos tiempos de demanda:

> «Desapareció el espacio del colegio (...) en la demanda, en no poder derivar nada (...) Había que hacer como un gran esfuerzo para que no estén los nenes ahí dando vueltas interrumpiendo la clase (...) a la bebé no la dejábamos dormir en todo el día para poder dormirla en ese momento, mantenerla... cualquier cosa que uno quisiera hacer para generar ingresos se volvía casi imposible por esto de no poder delegar, que nadie puede ayudarte con los chicos era muy difícil».

No solamente el espacio doméstico se adaptó a las nuevas demandas del aislamiento, sino que los horarios de sueño de la hija más chica se tuvieron que adaptar a las necesidades de los adultos respecto de sus clases virtuales.

El trabajo de Eva, tal como ella lo define, incluye también, el cuidado mayoritario de sus hijos. La distribución inequitativa en hogares de las tareas de cuidado de niños y niñas durante el aislamiento no fue una característica de su hogar, sino que fue un factor común en todo el mundo y en todos los niveles socioeconómicos. Esto incluía también el cuidado de adultos mayores que, en el caso de Eva supuso ocuparse de su abuela a la que le llevaba la jubilación, le pagaba las cuentas y le hacía muchos de los trámites indispensables para la supervivencia en aislamiento.

Las tareas de cuidado que Eva refiere como «trabajo» se completan con una sensación de disconformidad respecto de la escuela a la que concurrían sus hijos y a las pocas tareas y conectividad que les dieron en el primer semestre. La escuela era pública y las actividades, según ella, se organizaban en función de la voluntad de cada docente y de las ganas de cada uno. Eso fue una demanda mayor hacia las familias en el seguimiento o directamente en la propuesta de cosas para hacer cuando no había nada pendiente de la escuela.

Al momento de pensar en un balance sobre su experiencia de la pandemia, las transformaciones de su casa para adaptarse a la convivencia de los cinco todo el día, todos los días sumado al trabajo que pudieron hacer, Eva afirma que lo que más recuerda y tiene como huella es:

> «la situación más que nada económica, la verdad es que no hubo otra situación que empeorara acá... la vida siguió con un ritmo muy intenso. Nuestros hijos son muy pequeños, entonces (...) no dramatizando la situación todo fluyó en ese sentido».

La preocupación económica y las huellas que dejó en la post pandemia para la familia no fueron menores. Lo que rescata ella de su propia experiencia y de su recuerdo es que pudieron llevar adelante

la vida cotidiana con sus tres hijos pequeños intentando ordenar las prioridades, los horarios, las tareas y las necesidades de entretenimiento que se tenían que combinar con los tiempos disponibles y con las nuevas necesidades laborales de los adultos a cargo.

Los tiempos, los espacios, las demandas, la delegación y la falta de ayuda transformaron ese hogar dando lugar a una nueva forma de organizar la cotidianidad. Para Eva y su familia la pandemia fue un aprendizaje sobre adaptarse, emprender, seguir adelante pero, también, sobre cómo sostenerse económicamente en medio de una interrupción sin previsiones de todos sus ingresos y certezas como artistas y docentes independientes.

4.3.2 Sabrina y el aprendizaje de plataformas para multiplicar el trabajo

El caso de Sabrina permite ver de qué forma el espacio doméstico se adaptó, junto con modificaciones en su tarea laboral, para desarrollar al máximo la potencialidad de su cuerpo como herramienta de trabajo. Sabrina, de 34 años, vive con su pareja y su hija de cuatro años en una casa de material construida arriba de la de sus suegros en la villa 21 de Barracas. Es profesora de acrobacias en tela, entrenamiento funcional y yoga y, antes de la pandemia, daba clases de forma presencial en centros culturales. Su pareja trabajaba fuera de su casa, como esencial y en relación de dependencia, quince días corridos y tenía otros quince sin trabajar. Eso supuso que la mitad del mes los cuidados de su hija los podían distribuir pero la otra mitad le exigía a Sabrina combinar su trabajo con sus tareas de madre y cuidadora en solitario.

La llegada del aislamiento obligatorio impidió que pudiera desplazarse a dar sus clases y tuvo que adaptarse rápidamente. Ella no estaba familiarizada con las tecnologías digitales, apenas usaba el teléfono para sus contactos cotidianos. Durante la pandemia ella tomó la decisión, basada en su necesidad económica, de encarar un aprendizaje veloz y una adaptación de sus clases al formato virtual para poder transformarse en un contexto inesperado y excepcional:

> «La verdad es que no quería saber nada con lo virtual de hecho usaba muy poco el teléfono y en ese momento en donde no se pudo continuar con las clases algo tuve que hacer y pasé estas clases que eran de acrobacia aéreas en tela a darlas por Zoom. Era un entrenamiento por lo menos para no perder el entrenamiento físico claro y además después surgió hasta dar clases de tela online en el país y fuera del país (...) Al principio solamente utilizaba

> WhatsApp que se podía hasta ocho personas, pero esto fue funcionando bastante bien, por suerte, y ya eran más de ocho personas las que querían tomar la clase y tuve que meterme en Zoom, que yo no quería saber nada... para mí era todo re difícil, pero bueno, fui investigando sola por mi cuenta y después fui comprando soportes para el teléfono, que la luz y de a poquito fui como mejorando, todo eso era todo un mundo nuevo para mí».

Del desconocimiento Sabrina tuvo que pasar a la integración de las tecnologías digitales y de sus accesorios para poder trabajar y seguir adelante. Reconoce que fue difícil para ella entender cómo funcionaba Zoom pero que logró familiarizarse y que no necesitó pagar la licencia dado que ya organizaba sus clases en dos bloques de 40 minutos que era el tope de tiempo gratuito que Zoom brindaba para cada link.

> «Al principio las empecé a dar en un dormitorio que está relativamente vacío, pero había muy poca luz, era incómodo para los movimientos en la clase y demás y me vine para la parte del living, donde fuimos como desplazando cosas para que quede ese espacio ya fijo para dar las clases, ya es mi espacio de trabajo».

La casa se reacomodó para que las clases entraran en una nueva definición del espacio, del tiempo y de las interacciones necesarias con la luz, los desplazamientos, las cámaras y la potencialidad de generar ingresos que tenían esas clases para ese hogar. Respecto del contenido de las clases también tuvo que hacer una adaptación considerando que telas no es algo que todas las personas tengan colgadas de manera segura y funcional en sus casas:

> «Yo tengo una estructura en mi casa, por suerte que usaba antes de modo entrenamiento, pero bueno, entrando a este mundo de las redes, vi que muchas personas tenían estas estructuras también en sus casas y bueno y se podía compartir información de ese modo, así que se pudo se pudo continuar (...) En un momento medio que perdí, o sea, no es que perdí, sino que no llegaba a lo mismo que eran las clases presenciales. Pero a medida que fue pasando, fue como mejorando un poquito más... de hecho hoy en día sigo, no dejé estas clases, o sea me sirven».

Es interesante la progresión de la experiencia de Sabrina: no solo no sabía usar la tecnología para trabajar y aprendió, sino que el trabajo durante la pandemia le permitió extender los espacios de dictado de clases hacia la virtualidad que mantiene, incluso, luego del final del aislamiento. La forma en que dictaba las clases, las adaptaciones del espacio de su casa, de la duración y de la luz la aprendió mirando redes sociales de otras personas que hacían lo mismo que ella. Para Sabrina, las redes y los tutoriales fueron las fuentes con las cuales pudo construir, junto con sus saberes, una forma de trabajar que excedió

con creces la pandemia como situación de excepción. Ahora bien, es importante no invisibilizar que no fue una ecuación favorable siempre la de su trabajo sino que hubo un momento en el que pudo empezar a «empatar» lo que ganaba antes y, luego, a superarlo.

Más allá del acondicionamiento del espacio y de los accesorios, tuvo que tomar decisiones de equipamiento que suponían un desembolso más grande que las otras compras que había realizado. La necesidad apareció *mientras* trabajaba:

> «Desde el celular no podía grabar las clases y también tenía personas interesadas en tomar las clases, no en el momento que yo daba, sino en otro momento, por eso todo fue llevando una cosa a la otra, entonces dije "Bueno, tengo que grabar las clases. Necesito espacio" y eso me llevó a poder comprar la computadora».

Cabe mencionar que la familia de Sabrina cobró dos cuotas del IFE (ingreso familiar de emergencia) al comienzo, pero se negó a recibir bolsones de comida que hubiera podido retirar para que queden para otras personas. Su situación habitacional era sólida, porque no pagaban alquiler y tenían una casa cómoda pero su situación económica se tornó compleja al comienzo de la pandemia. Meses después pudo sostenerse económicamente con las clases en la virtualidad.

Los aprendizajes fueron muchos y estuvieron vinculados con saberes previos que ella poseía de su formación, con las herramientas disponibles de conexión y wifi desde el primer momento, con el espacio disponible en su hogar para readecuar la distribución en pos de una mejora para el dictado y con una posibilidad económica de adquisición de accesorios y dispositivos que cambió completamente la experiencia de la pandemia y la posterioridad en lo que refiere a los nuevos conocimientos adquiridos y a las potencialidades laborales que estos le dieron. El arco de la experiencia de Sabrina es amplio: empieza con necesidades y termina con formación, conocimientos y nuevas salidas laborales.

En el momento más estricto del aislamiento muchos de sus compañeros y colegas que eran, también, independientes, pasaron situaciones de muchas carencias y dificultades y, al saberlo, armaron un grupo en el que se juntaban alimentos y se hacían reuniones para ver qué artistas necesitaban ayuda y la repartían entre muchos. Con distintos puntos de distribución en zona sur, las donaciones que juntaban se distribuían inmediatamente. Esta situación fue, para Sabrina,

una forma de valorar aún más lo que había conseguido con sus clases y con la adaptación en el hogar de su trabajo.

4.3.3 Helena, entre la maternidad sin respiro y la búsqueda de espacios propios

El caso de Helena plantea una reorganización del hogar, de la vida escolar y del trabajo con una particularidad que no tenían los otros casos: ella está separada del padre de sus tres hijos de 10, 9 y 7 años. Con 42 años, el aislamiento le exigió una reevaluación de los tiempos, espacios, vínculos y posibilidades dentro y fuera de su hogar en relación con la presencia y ausencia de sus hijos en tiempos de cuidado compartido.

Helena no tuvo preocupaciones económicas porque su trabajo se mantuvo estable a nivel salarial a lo largo de la pandemia. Esto intervino de manera crucial en su experiencia y en las herramientas con las que contó para adaptarse a la nueva normalidad que no incluía niñeras, escuela ni terapias para uno de sus hijos diagnosticado dentro del espectro autista. Pero la sobrecarga de cuidados, tareas, la reorganización de toda la vida cotidiana y de las propias formas en las que ella podía (o no) desarrollar su trabajo fueron elementos que, a la hora de recordar la experiencia, tuvieron mucho peso en la reflexión sobre el balance entre la vida laboral, la familiar y, también, la sexoafectiva como mujer recientemente separada.

Hay muchos elementos interesantes del relato de Helena. El primero de ellos tiene que ver con su trabajo que ya era completamente remoto al comienzo de la pandemia. Desde 2015 trabaja como periodista *freelance* [independiente respecto de la presencialidad, pero con un estipendio fijo] para una agencia internacional con sede en Miami. Si bien pareciera que ella ya estaba habituada a esa modalidad, su sensación al respecto se vinculó más con las rutinas desarmadas y con los apoyos:

> «Sí, yo básicamente todo igual mi trabajo (...) lo que pasa es que ahí fue un recontra estrés porque cuando me llegaba algo de trabajo yo siempre me iba a trabajar a un bar, me iba varias horas con la computadora a un bar y trabajaba desde ahí. Mis hijos se quedaban con la niñera en casa y de repente con la pandemia no tenía niñera (...) Durante muchos meses fue así y estaba con los niños en casa, entonces fue como bastante caótico, porque trabajé en casa y tenía que hacer entrevistas y hacía cosas que no sé o sea hoy las miro yo no sé ni cómo sobreviví y cómo entrevistaba con el despiole de los niños y eso».

En otras experiencias de pandemia vimos adaptaciones del trabajo al aislamiento y a la imposibilidad de acudir presencialmente a oficinas y espacios laborales. Aquí, el caso es distinto porque el tipo de trabajo se mantuvo en cuanto a formato, pero la manera que tenía Helena de realizarlo implicaba irse a un bar sola, sin sus hijos, que quedaban al cuidado de una niñera mientras ella realizaba entrevistas y desplegaba sus tareas aisladamente. La pandemia le impidió sostener ese aislamiento personal orientado al trabajo y comprimió la vida familiar en su casa, todos juntos, todo el tiempo. Sin escuela, sin cuidadores habilitados y sin más herramientas que las que ya tenía. Al comienzo del aislamiento, recuerda que el volumen de trabajo bajó porque la agencia se vinculaba con el marketing y la comunicación y los primeros meses la cantidad de clientes con los que trabajaban bajó o se puso en suspenso. En ese sentido, recuerda que pudo compatibilizar mejor porque la demanda laboral no era la misma que antes del encierro. Ahora bien, este descenso de carga de trabajo supuso, por dos meses, la reducción a la mitad de sus ingresos. Para Helena eso no fue un problema porque duró pocos meses y era razonable la medida en relación con el contexto puntual de comienzo de la pandemia. Luego, normalizado el ingreso, también volvió a escalar la cantidad de tareas y de entrevistas que tenía que hacer.

Junto con lo laboral, la organización familiar fue otro desafío: interactuar intensivamente con el padre de sus hijos respecto de la logística, las compras y las asistencias de uno a otro mientras estaban con los chicos:

> «Establecimos creo que era como que estuvieran una semana entera con cada uno (el papá y yo) para que no tuvieran que salir tanto en ese momento de cuarentena muy estricta, que ni siquiera estaba del todo claro qué pasaba con las parejas separadas. Entonces definimos eso de toda una semana con uno y después pasar al otro, como que modificamos el tema de los horarios. Hasta ese entonces era un día cada uno con cada padre. Los nenes tenían sus rutinas, iban a la mañana al colegio y yo ahí aprovechaba a trabajar (...) La pandemia me modificó mucho la logística porque era como que no podíamos salir con los chicos, entonces teníamos que coordinar con el papá de los chicos para que el que estaba solo hacía las compras y le traía el otro, (...) como que de repente tuve que interactuar mucho más con el papá de los chicos porque había que coordinar todo».

Acá aparecen varias dimensiones relevantes para analizar: lo confuso que fue al comienzo el margen de maniobra de las parejas separadas con hijos por poca o nula claridad de la normativa, la imposición del aumento de comunicación por lo excepcional de la situación y por

el quiebre de las rutinas previamente establecidas de común acuerdo y por la desaparición de intermediarios de cuidado. Todo eso, siguiendo el relato de Helena, amortiguaba y, a la vez, limitaba la necesidad de comunicación con el padre de sus hijos. Ella identifica que, cuando sus hijos no estaban, aprovechaba muy intensivamente las horas para trabajar, para hacer entrevistas y para escribir sin interrupciones ni combinaciones de tareas domésticas. Al momento de hacer un balance sobre esos momentos con sus hijos recuerda que:

> «Eso fue como un cambio fuerte, digamos y estar como encerrada todo el tiempo y después el no tener un respiro de la presencia de los hijos. Eso fue como no sé... las 24 horas todo el tiempo, no tener como ningún respiro, la sensación de no tener ningún espacio como de soledad y... después eso que trabajar me estresó más. Me estresé un montón más, o sea, fue un estrés muy grande, cuando me entraba trabajo a llevarlo adelante».

No tener privacidad, no tener tiempo sola, no tener respiro: formas distintas de dar cuenta cómo su vida había cambiado. Helena no mencionó nada sobre cambios en el hogar, en sus espacios ni en su distribución porque no tuvo que realizar ajustes a lo que ya tenía. Pero el hecho excepcional de haber tenido que maternar veinticuatro horas sin pausa fue estresante y angustiante en su experiencia de la pandemia.

Las diferencias en torno de la escolaridad no presencial con el padre de sus hijos se sumaron a su estrés: para el padre «no pasaba nada si perdían un año», para ella, había que ocuparse de las tareas de la escuela. De todo se ocupó ella sola. Al padre de los chicos le pedía, a lo sumo, algunas impresiones que él podía hacer en su trabajo. Nada más que eso. Al comienzo, ella se ocupaba de sus tres hijos y sus tareas escolares a la vez. Se dio cuenta de que no funcionaba ese método y lo cambió: pasó a ocuparse de un hijo por vez y, así, pudo concentrarse mejor y no sobrecargarse ni estresarse tanto. La búsqueda de regulaciones y mejores formas de llevar adelante las exigencias de su maternidad durante el aislamiento ocupan gran parte de las reflexiones de Helena en su entrevista. Pero hay otra dimensión, relacionada con sus vínculos sexoafectivos que se puso en escena:

> «Yo me separé en el 2019 en mayo, o sea un año después viene la pandemia, y bueno viste que la sexualidad también un poco se suspendió con la pandemia (...) En el 2021 que me hice las plataformas de tipo Happn o de citas como que de algún modo ahí tuve la sensación de que retomé la vida sexual como activa digamos que durante la pandemia básicamente nula durante el primer año».

El aislamiento tuvo esta dimensión agregada para quienes buscaban contactarse con personas con quien pasar momentos, mantener relaciones sexuales dentro y fuera de vínculos afectivos y las aplicaciones fueron grandes aliadas de muchas personas que desde allí intentaron «matchear» apretando un botón que indicaba que algo de ese perfil era llamativo y/o deseable. Si bien Helena no se explayó mucho podemos armar un breve esquema en función de sus narraciones que se compone de la convivencia con tres niños semana de por medio con una sobrecarga de tareas de cuidado fuerte, de su trabajo que intentaba concentrarlo cuando los hijos no estaban y de la búsqueda de gratificaciones personales y de nuevos horizontes vinculares luego de su separación. En este entramado aparece una de las grandes alegrías que la pandemia, como excepción, le permitió disfrutar: pudo terminar de cursar la facultad.

> «Lo que me cambió un montón es que pude aprovechar a estudiar el profesorado de comunicación, terminarlo y me recibí ahí en pandemia (...) en un momento también quise retomar la tesis, como que la tesis de la licenciatura, en comunicación que la tengo pendiente como que como que siento que volví como a engancharme con el leer, el aprender y el estudiar. En eso me cambió un montón».

La posibilidad de estudiar de manera remota le permitió hacer el profesorado en comunicación para el cual, con la rutina de idas y vueltas de hijos, trabajo y demás demandas y con el volumen de trabajo, no había podido hacer. Helena dice, hacia el final de la entrevista, que no sabe bien cómo hizo todo lo que hizo durante el aislamiento, que mira para atrás y no entiende cómo hasta volvió a leer novelas, a hacer gimnasia con rutinas que tenía y a cuidar mejor de sus plantas en un contexto en el que no le entraban más actividades a su calendario.

Los días durante la pandemia eran confusos y flexibles en esa casa. Se hacía lo que se podía con la escolaridad, el entretenimiento, el trabajo y los cuidados parentales. Una separación reciente parece haber tensado algunos momentos de una mayor comunicación impuesta por los avatares de la ausencia de escuela, de niñera y de otros espacios no curriculares de mediación en donde los chicos llegaban con uno de sus padres y se retiraban con otro. Helena no recuerda con angustia la pandemia, la evoca casi con sorpresa de cómo pasó todo lo que pasó y cómo hizo para poder con todas las demandas y con la maternidad sin pausas que se le imponía cuando estaba al cuidado de sus hijos.

4.4 En común

Las tres experiencias que presentamos en este capítulo son muy heterogéneas entre sí respecto de las ocupaciones, de los trabajos de cada una, de la composición familiar, del nivel socioeconómico. Una profesora de tango, una profesora de telas y acrobacias y una periodista se juntan en estas páginas desde antecedentes distintos y nos permiten ver algunas de las huellas que la pandemia imprimió en sus experiencias y en la reconstrucción que realizan de ellas.

Una dimensión que atraviesa todos los relatos es el cambio. En primer lugar, el del contexto más amplio en el que se enmarcan los relatos: una situación excepcional que, como tal, interviene en la cotidianidad de manera directa suspendiendo y desarticulando muchas de las actividades y rutinas que se dan por sentadas en la vida social de las ciudades contemporáneas. Los cambios impactaron en todas las áreas de la vida que incluyen desde la escuela, los cuidadores, los espacios de trabajo fuera del hogar, los intercambios con pares, colegas y amigos hasta las formas de hacer las compras. En este contexto, es razonable que cada una de las entrevistadas haya construido un relato de su experiencia que incluye el cambio y la pérdida de las redes de contención (en su acepción más amplia) con el encierro impuesto. En segundo lugar, una vez aceptada la situación y comenzada a transitar, encontramos que los cambios se identifican en distintos niveles de adaptación y de posibilidades en relación con las maneras en las que intentaron/pudieron/tuvieron que cambiar su trabajo previo en la cotidianidad pandémica y, también, en las formas de organización del hogar y de las rutinas.

Otra dimensión a considerar respecto del trabajo es la relación con los espacios. Con los bares cerrados y las niñeras suspendidas, el mismo trabajo que tenía Helena se resignificó en demandas, concentración, espacios y la búsqueda de cierta privacidad para poder llevar adelante sus obligaciones laborales. Eva y su marido comenzaron emprendimientos en busca del ingreso que necesitaban. Sabrina cambió completamente su estructura laboral y se profesionalizó transformando su living en una especie de estudio. Todos estos cambios dan cuenta de que quienes pudieron mantener sus trabajos o que tuvieron que complementarlos con emprendimientos y cambios más drásticos, enfrentaron momentos cruciales de decisión pasadas las primeras semanas del aislamiento. ¿Qué hago? ¿Qué puedo hacer? ¿Qué sé

hacer? ¿Puedo llevar adelante algo redituable? Las respuestas a estos interrogantes no involucran solamente la relación con el aprendizaje, la adaptación y la maleabilidad de la vida cotidiana durante el aislamiento sino que dan cuenta del esfuerzo que han hecho estas mujeres para la reorganización y el sostenimiento. Son algunas de las preguntas que atraviesan todos los relatos ya sea en las resoluciones tomadas, en los avatares mismos que asumió su situación laboral o en la angustia por la imposibilidad de responder con claridad esos interrogantes.

En relación directa con lo anterior aparecieron modificaciones en las dinámicas internas familiares. Helena, separada poco antes de la pandemia, menciona la intensificación de la comunicación con el padre de sus hijos. Sabrina tuvo que coordinar dar clase al mismo tiempo que se ocupaba del cuidado de su pequeña hija mientras su compañero trabajaba. Eva coordinaba la siesta de su bebé con las clases virtuales y necesidades escolares de sus otros hijos para poder tener espacios individuales en los que concentrarse y prestar atención.

En este plano se suma, también, la carga de cuidados de niños menores que en los tres casos que aquí trabajamos se concentran en las mujeres. Si bien Eva, Helena y Sabrina refieren a sus compañeros o ex compañeros como parte del cuidado de sus hijos, las tareas de seguimiento escolar, higiene, alimentación y cuidado aparecen ubicadas del lado de las madres. Deberíamos marcar como excepción el caso de Helena que compartía el tiempo de sus hijos con su ex marido con el matiz que, para él, la escolaridad no presencial no era un tema del que ocuparse. Como vemos, las desigualdades de género se reprodujeron y profundizaron respecto de los cuidados de la pandemia y la carga mental y las tareas de cuidado recayeron sobre las mujeres de forma prevalente que, a la vez, tenían que sostener su propia forma de reproducción en el mercado de trabajo.

Para las tres entrevistadas la adaptación al nuevo contexto implicó, de manera directa, el despliegue de estrategias cotidianas que permitieran llevar adelante la vida laboral, familiar y social. Ahora bien, las adaptaciones se articulan con las trayectorias previas y con los conocimientos, accesos y posibilidades. En todos los casos podemos ver con claridad cómo el encierro forzó adaptaciones del espacio doméstico que eran indispensables para la convivencia individual o compartida. La pregunta que queda pendiente de respuestas se relaciona con el

costo emocional y psíquico no solo de los cambios mencionados sino de las adaptaciones, del desgaste y de la concentración del tiempo laboral, familiar y personal en un solo espacio de forma forzada que han dejado, muy probablemente, una huella en los vínculos, en las formas de crianza y en las infancias que también la atravesaron.

Referencias

ALMADA, LUCIANA *et al.*

2023 «Desgarradora «Dulce clandestinidad». Narrativas sobre la vida cotidiana en pandemia en espacios-cuerpos precarios de la provincia de Córdoba. Una perspectiva teórico-política feminista desde los sures», en *Narrar la pandemia desde los feminismos del sur del sur. Vida cotidiana, violencia(s), cuidados*, Buenos Aires: SB, referencia citada en página 63.

ARZA, CAMILA

2020 *Familias, cuidado y desigualdad en cuidados y mujeres en tiempos de covid-19: la experiencia en la Argentina*, Santiago de Chile: CEPAL, referencia citada en página 64.

BATTHYÁNY, KARINA

2020 «Introducción», en *Miradas latinoamericanas a los cuidados*, Buenos Aires: CLACSO, págs. 11-52, referencia citada en página 64.

CANEVARO, SANTIAGO Y MARÍA VICTORIA CASTILLLA

2020 «Te prefiero fuera de foco. Lo público, la intimidad y la cuarentena», en *Revista Anfibia*, recuperado de <https://www.revistaanfibia.com/te-prefiero-fuera-de-foco-intimidad>, referencia citada en página 62.

CIPPEC

2021 «Gestionando con datos la pandemia por COVID-19. Medición y análisis del Índice de Respuesta Integrado en Argentina», en *Documento de Trabajo*, n.º 207, referencia citada en página 65.

DUEK, CAROLINA

2020 «Educación, virtualidad y consumos culturales», en *Diálogos de la postpandemia*, Fundación Medifé, referencia citada en página 63.

GUBERN, ROMÁN

1987 *El simio informatizado*, Madrid: FUNDESCO, referencia citada en página 63.

HARVEY, DAVID

1977 *Urbanismo y desigualdad social*, Madrid: Siglo XXI, referencia citada en página 63.

HEREDIA, MARIANA

2022 *Qué pudo y qué no pudo el Estado frente a la emergencia del covid-19 y después*, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en página 63.

JACOVKIS, PABLO; DIEGO MASELLO; PABLO GRANOVSKY Y MIGUEL OLIVA

2021 «La pandemia desnuda nuestros problemas más estructurales: Un análisis de los impactos del COVID-19 en el mercado de trabajo argentino», en *La pandemia y el mercado de trabajo en la Argentina: ingresos, seguridad alimentaria y políticas públicas*, Santiago del Estero: Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Santiago del Estero, referencia citada en página 64.

MENESES MEDINA, PAULA

2023 «Aproximaciones al trabajo de cuidados de las mujeres durante la pandemia del COVID-19», en *Hallazgos*, vol. 20, n.º 40, págs. 299-331, DOI: 10.15332/2422409X.9265, referencia citada en página 64.

MOGUILLANSKY, MARINA Y CAROLINA DUEK

2024 «La crisis de cuidados en primera persona. Un estudio con mujeres cuidadoras de sectores populares del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA), Argentina», en *Interface*, n.º 28, e230256, referencia citada en página 64.

PEREYRA, JAVIER; MARÍA MARTA SANTILLAN PIZARRO; FLORENCIA MOLINATTI Y LAURA ACOSTA

2023 «Efectos asimétricos de la pandemia por Covid-19 en la calidad de vida de los hogares. El caso de la ciudad de Córdoba, Argentina», en *Población & Sociedad*, vol. 30, n.º 1, págs. 104-137, DOI: 10.19137/pys-2023-300105, referencia citada en página 64.

SALVIA, AGUSTÍN Y CARLOS ZURITA

2021 «Presentación», en *La pandemia y el mercado de trabajo en la Argentina: ingresos, seguridad alimentaria y políticas públicas*, Santiago del Estero: Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Santiago del Estero, referencia citada en página 64.

SEGURA, RAMIRO Y JERÓNIMO PINEDO

2022 «Espacialidad, temporalidad, situacionalidad. Tres preguntas sobre la experiencia de la pandemia en/desde la ciudad de La Plata», en *Cuestiones de Sociología*, n.º 26, e130, DOI: 10.24215/23468904e130, referencia citada en página 63.

SIBILIA, PAULA

2008 *La intimidad como espectáculo*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, referencia citada en página 62.

WAINERMAN, CATALINA

2003 *Familia, trabajo y género*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, referencia citada en página 64.

CAPÍTULO 5

¿Todo sigue igual? La pandemia para los trabajadores esenciales

MARINA MOGUILLANSKY

5.1 Introducción

Argentina llega a la pandemia con una situación económica delicada y un reciente cambio de gobierno. Tras varios años de estancamiento e inflación, el país tenía niveles cada vez más altos de pobreza y desigualdad, así como dificultades en el mercado de trabajo con alta informalidad laboral (Dalle 2021). El enfoque del gobierno nacional se basó en una cuarentena estricta y prolongada que buscaba evitar o al menos retrasar los contagios para poder preparar mejor el sistema sanitario. Como las medidas preventivas empeoraron la crisis económica, se introdujo el *Ingreso Familiar de Emergencia* para mitigar el impacto en los sectores más afectados, y el *Programa de Asistencia de emergencia al Trabajo y la Producción*. La efectividad de estas políticas fue parcial y la pandemia profundizó las desigualdades socioeconómicas previas, afectando más a los trabajadores informales y a los sectores populares (Heredia 2022).

Los trabajadores de servicios esenciales estuvieron exceptuados de la cuarentena. En Argentina los servicios esenciales incluyeron a los profesionales de la salud, como médicos y enfermeras; al personal de seguridad; a los empleados de todo el sector de alimentos, supermercados y farmacias; y a los involucrados en el transporte y la logística. A diferencia del resto de la población, que se confinó en sus hogares debido a las medidas de prevención, los esenciales tuvieron que seguir trabajando para cumplir con sus funciones. Esta necesidad

de mantener sus actividades a pesar de las restricciones generales dio lugar a una experiencia laboral y personal distinta durante la crisis sanitaria, marcando una diferencia significativa en comparación con las experiencias de quienes permanecieron en aislamiento.

Si la pandemia y el aislamiento fueron hitos en las vidas de cualquier persona, las experiencias de quienes fueron considerados esenciales contrastan con el resto. Como no dejaron de salir de sus casas ni de acudir a sus lugares de trabajo, en sus relatos se perciben algunas continuidades en las rutinas cotidianas. Sin embargo, en sus jornadas laborales, se movían por una ciudad desierta. El escenario urbano estaba transformado por el cierre de locales no esenciales, la menor circulación de personas y de automóviles, había controles policiales en las calles y en las fronteras entre distritos. Durante los primeros meses, en la ciudad había silencio. También los espacios laborales cambiaron: surgieron nuevos protocolos, burbujas de trabajo y el uso obligatorio de equipos de protección. En particular, los trabajadores de la salud enfrentaron situaciones muy complejas, lidiando de cerca con la enfermedad y la muerte.

En este capítulo presentamos tres historias de hombres que fueron considerados esenciales en diversas ramas de la economía: un profesional de la salud, un empleado del sector de alimentos y un trabajador calificado de una empresa de higiene urbana. Hemos escogido narrar solo historias de varones que fueron esenciales, para poder enfocar el análisis en la diversidad de experiencias en diferentes sectores económicos.

5.2 Trabajo, desigualdad y riesgos en pandemia

El trabajo es un organizador de la vida, de las rutinas cotidianas y la identidad personal y es también el principal distribuidor de recursos. Desde la década de 1970, la segmentación del trabajo entre el empleo protegido y el empleo precario dio lugar a un proceso de creciente desigualdad (Robert 1995). En Argentina, estas tendencias también se manifestaron y se consolidó una estructura dual con un sector de la población integrada en empleos formales y otro sector en empleos informales, con salarios más bajos y condiciones inestables. Mientras los trabajadores del sector público y privado formal se encuentran protegidos, la informalidad laboral afecta a un tercio de los asalariados

y a dos tercios de los trabajadores no asalariados (Salvia *et al.* 2018). La crisis económica que se inicia en 2017 en el país aumenta el déficit de empleo, incrementa la subocupación y el empleo informal, y deteriora en nivel de ingresos de buena parte de la población. Por ello es que la pandemia produce una crisis que se suma a una situación ya delicada en términos socioeconómicos en la Argentina.

La sociedad del riesgo, según Ulrich Beck (1998), se caracteriza por la producción de problemas que afectan a la humanidad por la propia actividad industrial y tecnológica. Estos nuevos riesgos afectan al mundo en su totalidad, pero están distribuidos desigualmente, ya que los más poderosos pueden resguardarse (teletrabajo, acceso a cuidados), mientras otros se ven obligados a exponerse. En este sentido, Robert Castel señala que el aumento de la precariedad laboral y de la inseguridad social propios de la crisis del Estado de bienestar producen un riesgo social de desafiliación. La pandemia viene a exacerbar esas desigualdades y precariedades afectando en mayor medida a los trabajadores informales, a los menos calificados y a los que tienen menores recursos.

Así, durante la pandemia dos tipos de riesgo recayeron en los sujetos más desprotegidos: la precariedad del trabajo y las posibilidades de contagio. En sociedades contemporáneas y en Argentina en particular el trabajo formal retrocede y es cada vez mayor el peso de la precariedad laboral, en sus múltiples versiones. La precariedad implica una «zona de vulnerabilidad» (Robert 1995, p. 13) cada vez más amplia, en la cual individuos con diferentes trayectorias entre empleos informales y períodos de desocupación, se encuentran en una creciente desafiliación social. En la pandemia, los trabajadores informales y los autoempleados tuvieron que buscar formas de seguir trabajando, ya que de lo contrario no recibían ingresos. Así, se vieron expuestos al doble riesgo económico y sanitario.

El género también fue estructurador de clivajes de desigualdad, sobrecarga de trabajo y exposición al doble riesgo mencionado. Para las mujeres el riesgo fue mayor porque suelen insertarse en trabajos informales y desprotegidos, con salarios más bajos y en ocupaciones que se vinculan con el cuidado de otros, como la educación, enfermería, asistencia social, limpieza, servicios personales. Durante la pandemia, este tipo de trabajos supusieron un riesgo alto de exposición al virus. La mayoría de esas ocupaciones fueron consideradas

esenciales -a excepción de la educación- por lo cual muchas mujeres debieron seguir trabajando y, a su vez, asumir mayores tareas de cuidado (de sus hijos y de personas mayores).

La dimensión geográfica fue importante como determinante de la experiencia de la pandemia y del aislamiento. Las restricciones de movilidad y los controles de tránsito fueron especialmente fuertes en las grandes ciudades como Buenos Aires y su entorno metropolitano. Allí se dieron los mayores índices de contagios y también fueron más prolongadas las medidas de cuarentena y más estrictos los controles. De esta forma, la pandemia transformó drásticamente la dinámica urbana, ya que por un tiempo disminuyó notoriamente la circulación y la ciudad se veía desierta. El aislamiento obligatorio en Argentina tuvo como consecuencia la creación de espacios urbanos vacíos, marcados por la vigilancia del Estado, que controlaba el cumplimiento de las restricciones. Las imágenes de una Buenos Aires desierta, pero bajo supervisión policial y militar, contrastaron con la presencia cotidiana de los trabajadores esenciales, quienes, a pesar de las medidas de aislamiento, continuaban sus actividades para sostener la vida urbana.

La categoría de «trabajador esencial» se construyó rápidamente durante la pandemia para designar a aquellos cuyas funciones eran imprescindibles para el sostenimiento de la vida. Esta categoría incluía a personal de salud, transportistas, trabajadores de supermercados, entre otros. A pesar de su centralidad en la crisis, los trabajadores esenciales no siempre contaron con el reconocimiento o la protección adecuada, reforzando las lógicas de desigualdad ya mencionadas. En este contexto, las ciudades, aunque vacías para la mayoría, fueron espacios de alto riesgo y exposición para estos sectores, lo que pone en evidencia la heterogeneidad de experiencias de la pandemia.

5.3 Los trabajadores esenciales: historias de vida

En las siguientes páginas presentaremos las historias de tres trabajadores esenciales, que tuvieron diferentes inserciones laborales y cuyas experiencias nos permitirán reconstruir la heterogeneidad del impacto biográfico de la pandemia, así como también develar algunas dimensiones comunes. Buscando reflejar la diversidad de ocupaciones que fueron consideradas esenciales, elegimos a sujetos que se insertaran profesionalmente en diferentes sectores: un profesional de la

salud, un empleado de una empresa de alimentos, y un empleado de una empresa de higiene urbana.

5.3.1 Muerte y riesgo: la historia de Gabriel, farmacéutico clínico

En marzo de 2020 Gabriel tenía 35 años. Casado con Daniela, un hijo de tres años y un bebé en camino. Compartían un departamento de tres ambientes en Almagro. Él trabajaba como farmacéutico clínico en un hospital público de la ciudad de Buenos Aires. En tanto trabajador esencial, siguió con su actividad profesional durante el período de aislamiento. Además, su esposa también fue considerada esencial. Ambos siguieron trabajando en forma presencial, con permisos especiales de circulación. Como tenían un hijo pequeño, tuvieron que hacer arreglos familiares para su cuidado; las abuelas se turnaron para quedarse con él.

Cuando le tocaba salir a trabajar en el hospital, la experiencia de la ciudad desierta era algo que nunca había conocido. El paisaje urbano desolado que veía al trasladarse desde su departamento en Almagro hasta el hospital en el Bajo Flores lo sorprendía: «era como de ciencia ficción. Salía a la calle y no había autos, el trayecto que solía tomar media hora lo hacía en diez minutos». El tiempo de traslado era menor, algo que muchos trabajadores esenciales apreciaron en las entrevistas; al mismo tiempo, eran espectadores de una ciudad sin movimiento, con poco tránsito vehicular, controles policiales y escasas personas.

A nivel laboral, la pandemia cambió su rutina como farmacéutico clínico. En el hospital, su trabajo era recorrer las salas de internación, revisar la medicación e interactuar con médicos y pacientes para coordinar los esquemas terapéuticos, ajustar tratamientos y dosis. Al decretarse la cuarentena, en su servicio se crearon grupos de trabajo rotativos para evitar contagios masivos entre el personal. Gabriel trabajaba una semana haciendo doble horario, y la siguiente la pasaba aislado en su casa.

> «Al principio fue todo nuevo, un montón de recomendaciones. Había que acondicionar cosas relacionadas con la medicación, los insumos, asegurarse que esté todo -había incluso un temor muy grande por la falta de barbijos-, y para nosotros la indicación fue quedarnos en la farmacia, no ir más a las salas. También fue un momento de leer *papers* todos los días, a ver qué había salido, porque era una patología nueva. Era quedarme de noche leyendo para ver qué nuevos fármacos se estaban probando y qué protocolos usaban en otros lugares».

La emergencia, la novedad del virus y el desconocimiento sobre los tratamientos eficaces hizo que se publicaran cientos de artículos médicos a nivel mundial. Para el personal de salud, se volvió un desafío estar al tanto de las novedades para evaluar qué se podía implementar. En muchos casos, como en el testimonio de Gabriel y otros trabajadores de la salud, por fuera del horario de trabajo, se tomaron un tiempo extra para actualizarse. A la incertidumbre acerca de la eficacia de las formas de tratamiento en los primeros meses de la pandemia, para los trabajadores de la salud se sumaba el estrés de trabajar con enfermos graves en forma constante. A Gabriel el contacto con la muerte lo afectó mucho, al punto de comenzar a tener problemas para dormir.

> «Me pasaba que por las noches tenía como unos despertares medio... no sé si decirle ataque de pánico... pero sí que me despertaba asustado, con una sensación muy opresiva. Eso me pasaba en las semanas que iba al hospital, porque había mucha muerte alrededor. En la terapia intensiva en un primer momento el 90 % de los pacientes que entraban se morían. No se sabía cómo manejarlos, un montón de cosas se fueron aprendiendo con el tiempo. Entonces sí, había mucha muerte alrededor».

Si bien no tuvo casos graves ni pérdidas entre sus familiares, uno de sus colegas del hospital y de su propio sector se contagió COVID y terminó falleciendo un tiempo después, a raíz de las secuelas respiratorias. También señala como un momento complicado el pico de casos en abril y mayo de 2021, cuando el sistema de salud colapsó: «Era una catarata de muertes, números atroces. Gente que en 2020 se hubiera internado, en 2021 no había camas para internarlos. Hubo gente que falleció porque se llegó tarde a la terapia». En este sentido, para él fue muy duro lidiar con la discrepancia entre lo que veía en el hospital y el discurso público de las autoridades, que negaban la saturación del sistema.

En contraste, la semana de quedarse en casa era de descanso y disfrute: «fue un tiempo que valoré mucho, más allá de todo, pasé tiempo con mi hijo, y eso fue una de las cosas lindas de la pandemia». El departamento contaba con un pequeño balcón que se convirtió en su refugio, un espacio donde jugaba al fútbol con su hijo, ya que salir a la calle no era posible. Con todo, siempre tenía miedo de contagiar a su hijo o a otros familiares. Por eso recuerda la llegada de las vacunas como un gran alivio: «con la vacuna me sentí más tranquilo, fue un hecho muy emocionante». La vacunación no solo le devolvió la seguridad en su trabajo, sino que también marcó un punto de inflexión en

su percepción del riesgo, tanto para él como para quienes lo rodeaban. Fue de los primeros en recibir la vacuna y, a partir de entonces, se sintió más aliviado al no ser un factor de transmisión (aunque luego se sabría que las vacunas no evitaban el contagio).

En la conversación con Gabriel, haciendo un balance de su experiencia durante la pandemia, al estar vinculado al sector de salud y ver en forma cotidiana los casos graves y las muertes, destaca la importancia de la cuarentena y de las medidas de prevención de contagios, pero a la vez se lo nota empático y preocupado por quienes se vieron afectados económicamente. Como trabajador esencial, pero más aún como trabajador registrado y de la planta del hospital, no tuvo que preocuparse por perder su trabajo, algo que reconoce como un privilegio en medio de la crisis. «Nunca tuvimos esa preocupación de llegar a fin de mes, siempre tuvimos trabajo. Imagino que para los comercios o los trabajadores informales fue mucho más duro», reflexiona. En este sentido, su situación resuena con los análisis de Robert Castel sobre el riesgo del trabajo precario, donde aquellos sin una red de seguridad económica sufrieron las consecuencias más graves de la pandemia. Al preguntarle por cómo evalúa la gestión de la pandemia, considera que faltó más apoyo social para los que sufrieron la merma de ingresos o la pérdida del trabajo.

5.3.2 El sector alimentos y la sobrecarga de trabajo: la historia de Diego

En 2020, Diego tenía 45 años, estaba separado de la madre de su hija Daniela, de 11 años, a quien veía en semanas alternadas. Él alquilaba un departamento de dos ambientes en el barrio de Villa Urquiza. Terminó el colegio secundario de grande y después empezó un profesorado en Historia y una tecnicatura en una universidad nacional, los cuales se encontraba cursando cuando inició la pandemia. Trabajaba desde hacía más de veinte años en una fábrica de bebidas de gran tamaño, con una jornada de ocho horas diarias. Además, hacía algunas changas, daba clases en un bachillerato popular y tenía una intensa actividad de militancia social.

Durante la pandemia la producción de alimentos y bebidas fue considerada un rubro esencial y, como Diego no tenía factores de riesgo, siguió asistiendo a su lugar de trabajo. La experiencia laboral

en el aislamiento estuvo marcada por una mayor explotación y una sobrecarga de tareas que nunca antes había vivido, ya que muchos de sus compañeros se encontraban de licencia por ser considerados grupo de riesgo.

> «Fui trabajador esencial toda la pandemia. Trabajé siempre y laburamos muchísimo más, porque como un montón de compañeros se fueron de licencia, o aislados, porque eran de riesgo, o estaban excedidos de peso... Hacíamos el mismo horario, pero con mucha menos gente laburando. Nosotros haciendo más cosas. Y las vacaciones las tuvimos, pero fraccionadas en partes, porque había poca gente y no se podía».

En el caso de los trabajadores de la fábrica no se armaron grupos rotativos. Los turnos y las tareas no se modificaron, de modo que la intensidad del trabajo fue mayor, por la falta de personal. La sobrecarga y los riesgos que asumían al seguir trabajando tuvieron una contrapartida por parte de la empresa, según cuenta Diego: «Durante la pandemia te cuidaban más, te adulaban, te ponían diez luquitas más porque éramos menos...». Sin embargo, esto fue solo temporal, y hacia septiembre de 2021 todo había vuelto a la normalidad.

En cuanto a los protocolos para evitar los contagios, la empresa les daba todos los elementos de protección: alcohol, guantes, barbijo y un jabón especial para lavarse las manos. Cuando alguien se contagiaba, quedaban aislados los que habían estado en contacto con esa persona. Aún así, recuerda que «contagios hubo un montón, sí. En un sector donde usualmente éramos 100 personas, en un momento habíamos quedado menos de la mitad laburando. Estaban casi todos contagiados». Por otro lado, la tensión de trabajar como esencial tenía un impacto emocional, ya que a la incertidumbre general de la pandemia se sumaba el miedo al contagio, en particular luego de la muerte de un compañero por COVID.

> «Tuve un compañero de laburo que tendría 42 años, que se murió de COVID y no tenía ninguna enfermedad previa, nada. Fue en agosto de 2020. Lo fusiló, fue muy rápido. Estaba en la casa y un jueves le dejó de atender el teléfono a la mujer y ya el viernes informaron que había fallecido. Eso fue fuerte, me tocó fuerte».

Por otra parte, aunque trabajó toda la pandemia, durante el aislamiento cambió su vida cotidiana y se desarmaron sus rutinas. Diego daba clases en un bachillerato popular para adultos y esas clases pasaron a ser virtuales. También tomaba clases como estudiante del profesorado de Historia, y no se enganchó con la dinámica a distancia. Solía ir a la cancha los domingos y tenía participación activa en el

club, y además jugaba al fútbol con amigos dos veces por semana. Todas esas actividades se suspendieron.

> «Antes tenía una vida social. Me juntaba mucho a comer asado con amigos, familiares y eso... No volví todavía a hacerlo. Con la pandemia me cambió un montón la vida cotidiana. Al estar más solo me cambió la alimentación, comía a cualquier hora y dormía a cualquier hora. Engordé como diez kilos. Todavía me cuesta mucho dormir, tengo un desorden, me acuesto y me duermo muy tarde. Tengo que tener la radio prendida para poder dormir, cosa que antes no hacía».

Como cuenta, la experiencia del aislamiento trajo consecuencias que todavía siente al momento de hacer la entrevista, en enero de 2022. Señala en particular que empezó a tener dificultades para concentrarse y que cambiaron sus hábitos de ocio, ya que dejó de leer y pasó a ver más series y a usar más la computadora.

> «Me afectó la capacidad de leer, pero una banda. No pude leer nada en la pandemia. Lo que quería era solo ver series, algo así que me sacara, que no tuviera que estar concentrado. No quería ver como cercaban la General Paz y esas noticias. Así que la pandemia me dejó las series. Leer me sigue costando hasta ahora, quiero y no puedo»

Un aspecto muy importante en la vida de Diego es la militancia social. Es profesor de un bachillerato popular, ayuda a diferentes familias, y participa muy activamente en actividades solidarias. Durante la pandemia organizó ollas populares, juntó ropa, acercó bolsones de comida, se ocupó de los que se quedaban sin ingresos y ayudó a las familias para que accedieran a la vacunación en barrios populares. Su experiencia al recorrer las zonas más pobres, incluso dentro de la ciudad de Buenos Aires, le mostró que «la pandemia no era igual para todos, no daba lo mismo y no se puede aplicar todo lo mismo a la gente». En ese sentido, aunque militaba en ese período en un espacio del oficialismo su evaluación sobre cómo gestionó el gobierno la contención en la pandemia es bastante crítica. Considera que las escuelas deberían haber abierto antes y que muchas políticas no tenían en cuenta las diferentes realidades.

Por último, para Diego la distancia con los seres queridos fue lo más difícil durante la etapa de aislamiento. En particular, los primeros meses de cuarentena fueron críticos porque al estar separado de la mamá de su hija, tuvo que pasar los primeros dos meses sin verla.

> «Eso me afectó mucho, me cambió todo el ánimo. Estuve dos meses sin verla porque no había permiso para el traslado de hijos. No me había pasado antes de emocionarme. Ahora hablando me hiciste acordar y mirá... me emociona».

Con su madre, que por su edad estaba en el grupo de riesgo, no se podían ver y se organizaron entre los hermanos para llevarle las compras: «era una locura, la teníamos como en un cautiverio», dice, y se ríe. En las entrevistas notamos en muchas que aparecían recursos defensivos como la risa, tal vez una forma de tomar distancia con respecto a esas situaciones que durante la emergencia se naturalizaron y que, con el tiempo, se nos volvieron extrañas. Las videollamadas con su familia no conseguían reemplazar el contacto físico: «para el cumpleaños de mi vieja, todos llorando por Zoom, una mierda».

5.3.3 La higiene urbana y el trabajo como elección: la historia de Horacio

Horacio tiene 39 años, vive en la zona sur de la Ciudad de Buenos Aires. En la escuela secundaria recibió el título de técnico químico y después estudió en la universidad una Licenciatura en Información Ambiental, y también cursó un Diploma en Gestión de Residuos. En el año 2007 empezó a trabajar en una empresa de higiene urbana, asumiendo diferentes roles que tenían que ver con la supervisión de la limpieza y la auditoría de las normas de calidad y medio ambiente. Está en pareja hace varios años con un varón algo más joven que él, a quien conoció militando en un espacio LGTB. Su novio estaba estudiando una carrera universitaria durante la pandemia y uno de los cambios en sus vidas cotidianas fue que empezó a tener clases virtuales y cursaba en la casa donde conviven, pero cuenta que no fue problemático justamente porque él salía a trabajar. Con el inicio de la pandemia, en la empresa le dijeron que su trabajo podía realizarse a distancia, por lo cual podía quedarse en su casa, pero Horacio no quiso aislarse. Así lo cuenta:

> «Mi jefe me agarra y me dice "mirá, vos no sos el tipo que saca los camiones a la calle... hacé lo que quieras, guardate". Me dio libertad mi jefe. Si yo quería ir, que fuera; si no quería ir, que no fuera. Y yo no me aguanto en mi casa todo el día mirando Netflix, no puedo. No, no, no... no me da la cabeza. Entonces, yo seguí yendo, porque tenía la autorización para ir y aparte porque de repente en la empresa se borraron todos. Quedamos cuatro gatos locos para manejar todo».

En su relato se destaca la decisión personal y la autonomía que tuvo para asumir la responsabilidad (y el riesgo) de trabajar en forma presencial. No fue una decisión impuesta, como resultó para la gran mayoría de los trabajadores de actividades consideradas esenciales.

En la dinámica cotidiana de trabajo, la pandemia trajo consigo una serie de cambios y adaptaciones para la empresa, que afectaron su rol en particular:

> «Hay un antes de la pandemia y un después de la pandemia. Me cambiaron las responsabilidades. Como se fueron casi todos, pasé a ser jefe de los tres sistemas de gestión. Hasta el de sistemas se fue. Entonces hice de todo. El primer trabajo raro que me tocó fue ayudar en la contratación de gente, porque todos los de recursos humanos se borraron. Teníamos que contratar gente que reemplace a los que entraban en aislamiento porque tenían más de sesenta años o enfermedades preexistentes».

Como eran menos trabajadores para resolver las tareas, aumentó su carga laboral y también sus responsabilidades. Esto implicó asumir nuevos roles y desafíos, de carácter técnico, logístico y organizativo, como la contratación de nuevo personal, la digitalización de procesos que antes se realizaban manualmente y la implementación de procesos inéditos de desinfección de las calles. Este fue uno de los desafíos más complejos que le tocó asumir. El Gobierno de la Ciudad solicitó a las empresas de higiene y recolección de residuos que pulverizaran con cloro las calles y veredas urbanas.

> «Me tocó ponerme a clorar la ciudad. Yo no creía en eso, siempre me pareció cosa absurda. Pero bueno, había que hacerlo. Era una cuestión psicológica. El gobierno, que es el que paga la factura, nos pidió que salgamos a clorar toda la ciudad. Y hay que estar, para que carguen el cloro tenés que estar ahí. No lo hablás por teléfono. A la gente se la maneja de forma presencial. Me lo encajaron a mí. Estuve durante nueve meses cargando cloro».

Nadie sabía bien qué nivel de cloro debía tener el agua de los tanques y era incluso un desafío logístico, en tanto la mayoría de los materiales contenedores no resisten la exposición a altas concentraciones de cloro. Primero intentaron con tanques de cerveza de acero inoxidable, pero no resistieron. Probaron con otros elementos hasta que por fin dieron con una solución: bombas de pileta de plástico, ya que este material es inerte al cloro. En otra oportunidad, cuando el sindicato empezó a exigir que se les proveyera barbijos a los empleados, también fue Horacio quien tuvo que ocuparse:

> «Hasta yo estaba buscando barbijos por las farmacias. Imposible porque todo para nosotros es en una escala enorme. Nosotros repartíamos mil barbijos por día. Necesitás treinta mil por mes. El jefe de compras estaba supuestamente aislado porque la mujer era de riesgo, entonces me tuve que ocupar yo también de eso».

Aunque en parte al escuchar su relato hay una dimensión épica y de satisfacción por haberse ocupado de diversos desafíos, Horacio

también cuenta que estas nuevas responsabilidades no fueron acompañadas de un reconocimiento económico. Cada vez tenía más trabajo, más compromisos y debía ocuparse de muchas tareas en un contexto de incertidumbre y riesgos. Al seguir trabajando y en contacto con gente en forma cotidiana, estuvo muy cerca de los contagios.

> «Durante la primera ola tuvimos casi 150 casos. En la segunda ola, que fue la peor, hubo también un montón de casos y fallecieron cinco compañeros. Fue más mortífera que la primera, te mataba directamente. Murieron cinco compañeros: dos que estaban aislados, que se lo agarraron en la vida, y tres que venían a trabajar».

El miedo al contagio en el caso de Horacio no lo llevó a rehuir del trabajo presencial, al contrario, él eligió seguir trabajando y pidió ser considerado esencial. En su relato no enmarca esta decisión como un sacrificio heroico, sino que más bien lo presenta como una necesidad personal, pero sin dudas había una dimensión de altruismo en su personalidad, que se expresó también en su postulación como voluntario para el ensayo clínico de una vacuna:

> «Me enteré por el diario, me anoté y me convocaron. Le dije a mis conocidos que se anotaran, nadie me dio bola, en el laburo me jodían, me decían que era un conejillo de indias. Pero bueno, yo fui, me vacunaron, pensé que me había tocado placebo pero no, fue la vacuna. Fue en octubre de 2020. Estoy contento por haber ayudado, era la Sinopharm y un tiempo después hubo dos millones de personas que se vacunaron en principio gracias a los que fuimos ahí, no por mandarme la parte, pero alguien lo tiene que hacer».

En el relato de la experiencia de Horacio, como vimos, asumió varias responsabilidades que lo pusieron en situaciones de mayor riesgo e incertidumbre. Sin embargo, tanto a nivel laboral como a nivel personal, la posibilidad de elegir y controlar esa exposición parece clave para que se constituyan como vivencias positivas. Si bien se anudan elementos de altruismo y solidaridad en las decisiones de seguir trabajando en forma presencial y ser voluntario para el ensayo de una vacuna, se destaca la autonomía como dimensión central.

5.4 Contrapunto acerca de las experiencias de los trabajadores esenciales

La pandemia de COVID-19 trajo consigo transformaciones radicales -aunque transitorias- en el trabajo y la vida cotidiana, especialmente para aquellos considerados trabajadores esenciales. Las experiencias de Gabriel, Diego y Horacio muestran cómo, bajo circunstancias excepcionales, el trabajo en sectores críticos se convirtió

en un espacio de mayor explotación, sobrecarga y riesgos elevados, revelando las tensiones entre las políticas de mitigación de contagios y su efectiva implementación. Cada sector de actividad tuvo sus particularidades y la forma en que estos sujetos atravesaron la pandemia desde la condición de trabajadores esenciales no deja de mostrar desigualdades y, como sostenemos en este libro, una gran heterogeneidad de experiencias. Sin embargo, y a pesar de las diferencias entre sus sectores de actividad —la salud, la producción de alimentos y la higiene urbana— hay algunos patrones comunes que nos permiten analizar estas experiencias en términos de precariedad, riesgo y adaptación.

Uno de los aspectos más evidentes que comparten los tres trabajadores cuyas historias reconstruimos es que padecieron la sobrecarga laboral, una consecuencia directa de la reducción del personal en sus lugares de trabajo. Los trabajadores esenciales tuvieron un aumento significativo en sus tareas y responsabilidades, ya que debían cubrir sus roles y los de aquellos que no estaban trabajando, ya fuera porque habían quedado aislados desde el comienzo por ser considerados de riesgo (por edad o enfermedades previas) o porque a raíz de contagiarse o ser contacto estrecho de un caso positivo, se aislaban por un período de quince días. Continuar trabajando implicó una carga más intensa tanto en el aspecto físico como emocional.

El riesgo de contagio fue una constante que marcó la vida cotidiana de estos trabajadores, en especial durante el primer año y hasta que fueron empezando a aplicarse las vacunas, que resultaron un alivio. Los tres fueron testigos cercanos de contagios y muertes en sus lugares de trabajo. Aun así, este factor fue quizás más pronunciado en Gabriel, el trabajador de la salud, que se sentía rodeado de muerte y constantemente en riesgo de contagiar a sus familiares. A pesar de las medidas de seguridad, el ambiente de exposición constante afectó profundamente su seguridad emocional.

En cuanto a la autonomía para decidir si trabajar o no, solo a Horacio le dieron la opción de aislarse, y fue él quien eligió seguir trabajando. Tomando el conjunto de las entrevistas a trabajadores esenciales, en la mayoría de los casos no tuvieron la posibilidad de decidir si querían o no seguir trabajando en forma presencial. Si sus trabajos fueron declarados esenciales, tuvieron que seguir asistiendo, sin margen de negociación. Esta falta de autonomía se presenta también en la reconstrucción de historias de trabajadores informales o

autoempleados, que no exploramos en este capítulo, y que revelan las tensiones de la precariedad laboral descritas por Robert Castel, donde el trabajador queda atrapado entre el deber y el riesgo, con escasa capacidad de decisión sobre su propia seguridad.

Finalmente, las cargas de cuidado también impactaron de manera desigual en estos trabajadores. Quienes tenían hijos debieron enfrentar los desafíos de ser padres en un contexto de alta incertidumbre. Las restricciones para ver a sus hijos durante las primeras semanas de la cuarentena representaron una fuente de angustia emocional, desajustando sus rutinas familiares. Esto evidenció dos cuestiones: por un lado, las mujeres quedaron a cargo de los menores en la gran mayoría de los casos –mostrando la desigualdad en la distribución del trabajo de cuidado– y, por otro lado, no se tuvo en cuenta al comienzo la necesidad de traslado de los menores con padres separados. Esto supuso una situación de lejanía y mayor soledad para los varones, exacerbando la fragilidad emocional en contextos de trabajo esencial.

Las emociones que emergen de estas narrativas revelan una tensión constante entre la necesidad de cumplir con el rol esencial y el miedo al contagio, el agotamiento físico y emocional, y la incertidumbre sobre el futuro. El entorno urbano desolado —las calles vacías descritas por todos— reflejan un paisaje distópico donde la vida cotidiana quedó suspendida. Para algunos de los trabajadores esenciales, seguir trabajando en forma presencial tenía una ambivalencia en tanto los exponía al contagio, pero al mismo tiempo les ofrecía un espacio de acción y control, trayendo consigo una sensación de orden en medio del caos. Así, el trabajo generó nuevas incertidumbres, alimentando una tensión entre la responsabilidad laboral y la protección familiar.

En resumen, la pandemia no solo alteró las rutinas laborales de los trabajadores esenciales, sino que los enfrentó a una serie de desafíos profesionales, logísticos, físicos y emocionales, marcados por la sobrecarga y el riesgo. A su vez, aunque siguieran yendo a trabajar y mantuvieran una cierta normalidad en sus rutinas, todos ellos manifestaron sentir efectos del aislamiento, ya que el resto de sus amigos o familiares estaban aislados, diversas actividades y espacios de recreación estaban cerrados, sus actividades formativas (si las tenían) habían pasado a la virtualidad. De este modo, se matizan las diferencias entre la experiencia de los trabajadores esenciales y los no

esenciales, ya que en todos los casos se sintieron las consecuencias de las estrategias de aislamiento.

Referencias

BECK, ULRICK

1998 *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Buenos Aires: Paidós, referencia citada en página 83.

DALLE, PABLO

2021 «El impacto de la doble crisis de la prepandemia y la pandemia en las tendencias ocupacionales en Argentina (2003-2020)», en *Revista Tramas*, referencia citada en página 81.

HEREDIA, MARIANA

2022 *Qué pudo y qué no pudo el Estado frente a la emergencia del covid-19 y después*, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en página 81.

ROBERT, CASTEL.

1995 *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del asalariado*, Buenos Aires: Paidós, referencia citada en páginas 82, 83.

SALVIA, AGUSTÍN; MARÍA NOEL FACHAL Y RAMIRO ROBLES

2018 *La estructura social del trabajo en la Argentina: Un sistema ocupacional heterogéneo, desigual y segmentado*, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en página 83.

CAPÍTULO 6

Cuidar y descuidar: las personas mayores como grupo de riesgo

ROSARIO GUZZO

6.1 Introducción

La aparición del COVID planteó un escenario donde, junto con el virus, se propagaba también la incertidumbre. Sin curas ni vacunas, el aislamiento se presentaba como una estrategia efectiva para intentar contener la crisis sanitaria (Heid *et al.* 2021). Como parte de las medidas de prevención, algunos colectivos fueron identificados tempranamente como «grupos de riesgo», reconociéndolos en una condición de mayor vulnerabilidad e instándolos a extremar los cuidados. En Argentina, las personas mayores de 60 años se consideraron parte de estos grupos. Sin embargo, estas políticas no necesariamente fueron acompañadas de medidas que paliaran las complejidades de su instrumentación (Cirino *et al.* 2022). En consecuencia, muchas personas mayores debieron recurrir a terceros para poder gestionar tareas de su vida cotidiana que antes realizaban sin apoyos, aumentando su demanda de cuidados y pasando a encontrarse en una situación de dependencia.

En este marco, este capítulo se propone ahondar en algunas paradojas que supuso la experiencia de la pandemia para las personas mayores en tanto «grupo de riesgo». Para ello, apelando al enfoque biográfico, se reconstruirán las historias de tres personas mayores residentes en el AMBA sobre sus vivencias durante el aislamiento. Estas se organizarán de manera tal que recorran los momentos de inicio, desarrollo y finalización (marcada por las primeras salidas de

la vivienda y la recomposición de actividades presenciales), a la vez que puedan reponer sintéticamente sus trayectorias biográficas y sus condiciones de vida durante el aislamiento. Asimismo, es importante señalar que en los tres casos se trata de personas que habitaban en viviendas propias y no en residencias de larga estadía (u otras instituciones).

A través de estas historias nos proponemos dar cuenta de tensiones y desafíos que planteó el aislamiento y la necesidad de mayores cuidados para la preservación de la autonomía de estas personas. Para responder a este interrogante nos interesará, en primer lugar, identificar las maneras como se redistribuyeron las tareas domésticas y de cuidado relativas a sus hogares. Esto supondrá reconocer en quiénes tendieron a recaer las cargas de cuidado y a través de qué acuerdos se estableció esa redistribución. En segundo lugar, intentaremos comprender qué significó para estas personas esa designación como grupo de riesgo y cómo ello pudo incidir en los sentidos que atribuían a su edad. En tercer lugar, considerando la importancia que tuvieron las tecnologías digitales para sostener prácticas y vínculos sociales, buscaremos caracterizar sus condiciones de acceso, uso y apropiación de estas tecnologías.

Finalmente, buscaremos reconocer algunas diferencias en las condiciones bajo las cuales atravesaron el aislamiento (en particular, en cuanto su clase social): Elvira, una mujer viuda de 67 años, sin inserción formal en el mercado laboral (sectores populares); Aníbal, un varón casado de 86 años, jubilado de la Marina Mercante (sectores medios); y Carlos, un varón casado de 66 años, que se desempeña como empresario (sectores medios-altos). Además, podremos señalar algunas diferencias relevantes en términos de género, edad cronológica, composición del hogar y capacidades funcionales.

6.2 Riesgo, autonomía y cuidados: claves para pensar el nuevo contexto

En buena medida, la clasificación de las personas mayores como grupo de riesgo se hacía eco de los datos epidemiológicos que, tanto a nivel nacional (Ministerio de Salud 2021) como internacional (CEPAL 2020), registraban una mayor concentración de casos de enfermedad grave y muerte por COVID en este grupo de edad. Aun así, poco se

sabía con certeza sobre los alcances y las consecuencias que este virus tenía para ellas (Cirino *et al.* 2022; Heid *et al.* 2021). En este contexto signado por la urgencia y el desconocimiento, la designación de las personas mayores bajo esa categoría se realizó de manera amplia, apelando como criterio principal a la edad cronológica; antes que apoyándose en fundamentos estrictamente biomédicos (tales como la presencia de enfermedades crónicas y condiciones preexistentes), como ocurría con otros grupos. De este modo, se asumía como fórmula general que, a mayor edad, mayor era el riesgo de enfermar.

Esta categorización fue objeto de diversas críticas, que advertían las limitaciones de sus presupuestos. En primer lugar, al centrarse en un criterio exclusivamente cronológico, se refería a las personas de 60 años y más como parte de un colectivo en gran medida homogéneo. Con ello, desestimaba la diversidad de condiciones de vida bajo las cuales transitaban la pandemia (referidas, por ejemplo, a las características de la vivienda, los recursos económicos y sus necesidades de cuidados), las cuales resultaban más decisivas para determinar la vulnerabilidad frente al virus que la edad en sí misma (CEPAL, 2020). Como resultado, se pasaba por alto que no todas las personas mayores se enfrentaban a los mismos problemas ni contaban con los mismos recursos para afrontarlos. En segundo lugar, desconociendo esa heterogeneidad, establecía una relación lineal entre vejez y enfermedad. Ello reavivaba estereotipos negativos largamente arraigados sobre la vejez y el envejecimiento, según los cuales estos son vistos como patologías (Cunzolo y Rada Schultze 2021). En tercer lugar, al concebir el riesgo como un atributo de las personas antes que como un emergente de sus condiciones de vida, conllevaba un llamado a la responsabilidad individual como principal mecanismo de respuesta frente a la crisis. Las políticas que siguen esta orientación tienden a poner un acento mayor en la proactividad de las personas que en el rol protector del Estado. En línea con ello –y en un marco de conocimientos y recursos limitados– la necesidad de reforzar el autocuidado no necesariamente fue acompañada de mecanismos que garantizaran la protección de los derechos de las personas mayores (Venturiello *et al.* 2023).

Esta particular forma de presentar el riesgo social como un atributo individual puede inscribirse dentro de una concepción más amplia sobre las relaciones entre autonomía y dependencia. Tradicionalmente la dependencia ha sido definida como un estado de carencia, en el que

se reconoce a aquellos individuos que, por presentar determinadas condiciones físicas (consideradas como deficientes o anormales, por contraposición con un tipo ideal de funcionamiento de los cuerpos), no pueden llevar adelante por sí mismos una o varias actividades de la vida cotidiana, debiendo requerir el cuidado de otros (Aguirre Cuns y Scavino Solari 2018). Desde esta perspectiva, dependencia se equipara con pérdida de autonomía personal, entendida esta última como autosuficiencia o capacidad de hacer todo por uno mismo, asumiendo también un fuerte énfasis en la dimensión física o biológica (Cerri 2016). Sin embargo, esta forma de definir el binomio autonomía-dependencia ha sido ampliamente cuestionada. Estas críticas se han orientado a señalar que la dependencia y la vulnerabilidad, lejos de ser condiciones patológicas o anormales, son constitutivas del ser humano y no pueden definirse de manera individual, sino en el marco de condiciones y relaciones sociales. Por esa razón, proponen reemplazar la noción de autonomía personal por la de autonomía relacional (Cerri 2016). Bajo este nuevo enfoque, la autonomía o independencia es entendida de forma amplia –como un concepto paraguas que engloba, entre otras cuestiones, la autodeterminación, la autoestima, el propósito en la vida y la continuidad de yo (Smith *et al.* 2007)– y, para realizarse, requiere de las interdependencias con otros. De esta forma, se corre el foco de la persona «dependiente» para «contemplar a la red de cuidadores y cuidados de manera simultánea, visibilizando las tensiones o conflictos presentes y estimulando un abordaje integral del problema» (Aguirre Cuns y Scavino Solari 2018, p. 146).

Como queda en evidencia, en el centro de estas reflexiones se encuentra la noción de cuidado. El cuidado refiere a la provisión cotidiana indispensable de bienestar físico y afectivo, que tiene lugar no solo en la infancia y en la vejez sino a lo largo de todo el curso de la vida (Batthyány 2021). Ahora bien, la distribución de las responsabilidades sociales y los costos asociados a este conforma una problemática persistente. La organización social del cuidado ha sido definida como un diamante, integrado por cuatro agentes principales: el Estado, el mercado, la familia y la comunidad. El Estado provee bienestar a través de bienes, servicios y transferencias públicas; el mercado, mediante su comercialización; la familia, recurriendo a la reciprocidad de los lazos de parentesco; y la comunidad, a partir de prácticas heterogéneas (de límites difusos) que se despliegan por fuera

de la familia nuclear (Vega-Solís y Martínez-Buján 2017). En la misma línea, la noción de redes de cuidado ha permitido observar los encadenamientos múltiples y dinámicos de responsabilidades y tareas que se traman entre estos agentes para proveer cuidado (Batthyány 2021).

No obstante, contrariamente a lo que sugiere la figura del diamante, la relación entre esos vértices no fue equilibrada (Ceminari y Stolkiner 2018). En un contexto regional donde las políticas que organizan esa distribución han sido «relativamente recientes y escasas» (Rico y Robes 2016, p. 28), las mayores cargas de cuidado han tendido a recaer sobre las familias (familiarización) y sobre las mujeres (feminización) (Batthyány 2021; Boniolo y Ojeda 2024; Vega-Solís y Martínez-Buján 2017). En estos regímenes, las mayores responsabilidades sobre el bienestar se derivan en los hogares, antes que hacia las instituciones públicas y privadas (como ocurre en los regímenes desfamiliarizadores). En consecuencia, se afirma que operan bajo el supuesto de que «las familias nunca "fallan"» (López y Findling 2009, p. 27). Investigaciones situadas en la pandemia indican que los déficits propios de este tipo de régimen se agravaron durante ese contexto, profundizando la crisis de los cuidados y las desigualdades sociales previas asociadas a ellos (Boniolo y Ojeda 2024; Moguillansky y Duek 2024).

La distribución desigual de las cargas de cuidado conforma un «círculo vicioso» con las desigualdades sociales, especialmente aquellas relativas a la clase social y al género (Batthyány 2021). Así, mientras que los sectores de mayores recursos tienen la posibilidad de adquirir servicios de cuidado mercantilizados de calidad, los de menores recursos (que tienen, además, mayores cargas de cuidado) acumulan una serie de desventajas: por un mayor peso de las tareas domésticas, por las dificultades para acceder a servicios públicos de cuidado y por la necesidad de acudir a cuidadoras informales. Conforme sugieren Boniolo y Ojeda (2024), durante el aislamiento, la suspensión del trabajo doméstico remunerado y de la ayuda de familiares no convivientes hizo que la sobrecarga de cuidados en los hogares fuera todavía mayor. Según las autoras, si bien fueron las mujeres quienes tendieron a asumir esa sobrecarga –reforzando desigualdades de género previas– esto asumió diferentes matices según su clase social.

Las intersecciones entre las nociones de riesgo, autonomía y cuidado ofrecen coordenadas para examinar las experiencias que las

personas mayores tuvieron del aislamiento, atendiendo a su complejidad. A continuación, emplearemos este prisma para abordar las historias de Elvira, Aníbal y Carlos, reconociendo cómo en cada una de ellas se presentaron estas tensiones.

6.2.1 Elvira: acompañarse a través de ventanas

Para marzo del 2020 Elvira llevaba 56 viviendo en Villa Alba, un barrio popular de la periferia de la ciudad de La Plata. Durante su infancia, contribuyó con la actividad familiar de cría de animales para la venta, lo que le impidió completar su formación en la escuela primaria: «Estudiar, la primaria no la terminé. En esos tiempos… uno vivía acá en el medio del campo, que tenía que cuidar los animales, así que… Aprendí hasta tercer, cuarto grado. Pero después ya no, no… no hubo más escuela». Percibía una jubilación con haberes mínimos, a la que solo pudo acceder –como muchas mujeres mayores en Argentina (Venturiello *et al.* 2023) – mediante la política de reconocimiento de aportes por tareas de cuidado.

Antes de la pandemia, Elvira se hacía cargo sola de todas las tareas domésticas y gestiones de su hogar. Si bien no convivía con sus familiares, ellos residían muy cerca. El terreno de su casa limitaba por el fondo con las viviendas de su hijo, su nieto y su nieta (incluso hasta hacía poco habían compartido el patio), a la vez que su hija vivía también a pocas cuadras, por lo que la circulación entre los hogares era cotidiana y constante. En este sentido, Elvira explicaba que «yo muchas veces le digo, decir "vivo sola", pero realmente estoy siempre acompañada».

Esa dinámica, sin embargo, se vio interrumpida durante la pandemia. Elvira pasó muchos meses sin visitar a sus familiares ni recibirlos dentro de su casa. Para ella esto significó pasar de «estar acompañada» a «estar sola». Así lo relataba en una escena donde, en contraste entre la proximidad y la distancia, contaba cómo sus bisnietos de 9 años se acercaban a saludarla a través de la ventana de su casa:

> R: En ese momento no venía nadie. Estaba prácticamente sola. Veía a los chicos, sí, que estaban del otro lado de la ventana. Por ahí venían y me saludaban así [*hace un gesto con la mano, risas*]
>
> P: Desde afuera.
>
> R: Desde afuera. Y hasta los nietos, porque preguntaban «¿por qué no puedo ir a ver a la abuela?» (…) De repente no estar ya en contacto era… era terrible. Y me daba gracia

> porque en ese trayecto nosotros habíamos alambrado. Habíamos puesto un tejido, en casa con el de mi nieta, de mi casa para dividir el de mi nieta. Y los chicos estaban del otro lado, y ellos me decían «abuela, cuando saques el tejido, ¿vamos a poder ir para tu casa?» [*Ríe*] «¿No va a estar más el bicho?» decían. Me daba gracia. [*Susurrando*] Ellos lo toman así.

Durante el aislamiento, Elvira debió recurrir al apoyo de sus familiares –especialmente de su hija– para gestionar las compras de su hogar. Esto permite introducir una característica distintiva que tuvo la experiencia de la pandemia para las personas mayores, en tanto «grupo de riesgo»: la tensión entre el cuidado (en particular de su salud física) y la pérdida de su autonomía.

> «De repente, venir y... Mi hija me dice "mami, no podés salir", "¿cómo que no puedo salir?", "no tenés que salir, no tenés que recibir a nadie, nosotros no vamos a venir tampoco, te vamos a alcanzar todo en la puerta". Ay... Bueno. Por ahí no entendía, hasta que empecé a sentir las noticias... Pero bueno, no, primero fue como un impacto así, que no lo entendía. Yo digo "¿cómo no me van a dejar salir de mi casa?" (...) No sabía en ese momento que era... (...) que era tan grande. "Una pandemia" yo nunca lo había escuchado».

De una parte, el cumplimiento de las restricciones se presentaba como un imperativo más urgente que para otros grupos de edad. De otra parte, sostener ese cumplimiento suponía delegar tareas y actividades que, en casos como el de Elvira, antes realizaban de forma autónoma, lo que aumentaba sus necesidades de cuidado. Como resultado, esto frecuentemente condujo a una pérdida de independencia que, incluso cuando fuese solo transitoria, fue una fuente de conflicto para las personas mayores. En este sentido, Elvira diría que una de las actividades que más extrañó durante el aislamiento fue «ir a hacer las compras yo. Porque no era lo mismo. A mí me traían todo, pero no es lo mismo que yo elija». Conforme buscaremos mostrar a lo largo del capítulo, la familia, como agente sobre el que recaen principalmente las responsabilidades del cuidado, se encontró en el centro de esta tensión.

Durante el aislamiento las rutinas de Elvira se reconfiguraron no solo hacia dentro del hogar sino también hacia afuera. Algunas de ellas se vieron interrumpidas totalmente. Tal fue el caso de su participación en dos centros de jubilados, donde antes asistía a reuniones periódicas y se organizaban viajes grupales cortos por el interior del país (de hecho, cancelaron un viaje planificado para marzo del 2020). Otras, no obstante, lograron sostenerse de forma mediada por tecnologías digitales.

Si bien Elvira tenía acceso a Internet en su hogar, solo se conectaba a través del teléfono celular y de un televisor *smart*, que había adquirido poco antes de la pandemia. No disponía de computadora, *tablet*, ni otros dispositivos similares. Así, el celular –y, en particular, el intercambio de llamadas y mensajes a través del mismo– se volvió su principal forma de sostener el contacto con otros. Por ello afirmaba que «comunicarse con el celular, con una llamada, un mensajito, eso también ayudó mucho».[1]

Una de las actividades más significativas para ella, en este sentido, fue su participación en la célula evangélica.[2] Si bien había tenido algunas experiencias previas realizando videollamadas, fue bajo este contexto que las incorporó como una práctica habitual para participar de las reuniones semanales, que antes se desarrollaban presencialmente.

> «Voy a la iglesia evangélica también, así que siempre teníamos reuniones, o teníamos la célula. Y la tecnología nos ayudó mucho, porque yo me conectaba con el celular a la célula. Así que teníamos el grupo de las que estábamos siempre. Así que dos veces por semana yo tenía la conexión con los de la iglesia. (...) Eran creo que seis o siete que podían entrar a la videollamada. Sí. Así que, bueno, eso también me alentó mucho. Me acompañaban también, ¿no?»

Para asistir al culto dominical, sin embargo, encontró otras dificultades. Este se transmitía a través de Zoom, lo que era totalmente nuevo para ella. En situaciones como esta, cuando se le presentaban dificultades para «manejar la tecnología» que no podía resolver por sí misma, una de las personas que la ayudaba era su nieta. De hecho, ella había sido quien instaló el televisor *smart* y le enseñó a conectarse a YouTube; lo que le permitió a Elvira entretenerse durante el aislamiento más estricto buscando tutoriales de tejido y jardinería. Solo después de un tiempo, cuando las restricciones empezaron a

---

[1] Al respecto cabe destacar que Elvira no utilizaba redes sociales, entre otros motivos, porque las consideraba como espacios de excesiva publicitación de imágenes y contenidos violentos, que ella prefería «no ver» («¡no me gusta! ver lo que… lo que hay»).

[2] La célula es la unidad mínima de organización de muchas iglesias evangélicas pentecostales en Argentina (Algranti 2010). Se trata de un grupo pequeño de miembros de la iglesia, normalmente organizada por edad, género, estado civil y tareas desempeñadas en la institución. Funciona como espacio de sociabilidad y de «parentesco espiritual», que permite la evangelización y compartir experiencias vitales.

flexibilizarse, ella pudo ingresar a la vivienda y ayudarla a configurar esa plataforma.

> «Los domingos me conectaba con el Zoom, que me lo había puesto mi nieta, cuando ya... después, viste, que ya pasó que... de la pandemia, que podían entrar. Un día dice "bueno", dice "yo entro, te conecto la conexión del Zoom en el televisor y después yo me voy". Así que ella entró, hizo eso y se fue. (...) Así que yo los cultos los veía los domingos, los veía en el televisor».

A medida que las instituciones donde participaba reanudaron sus actividades presenciales, Elvira se reincorporó rápidamente. Si bien mantuvo ciertos recaudos (como, por ejemplo, no compartir el mate), destacaba que no tuvo miedo en volver a salir. Para ella, la vuelta a la normalidad empezó con el primer viaje que realizaron con un grupo del centro de jubilados a San Juan, hacia mediados del 2021: «Sí, ¡la primer salida! Ay, fue… Lo disfrutamos… Fuimos siete días. Fue…».

Sin embargo, a partir de lo que observaba entre sus compañeros y compañeras, ella juzgaba que su propia disposición conformaba más una excepción que la regla. Así lo comentaba al respecto de la organización de ese viaje, marcando una distinción entre ella –que, más allá de aquel momento inicial donde había aceptado las indicaciones de su hija, no consentía que tutelasen sus movimientos– y otras compañeras, que referían situaciones de sobreprotección por parte de sus hijos e hijas.

> «Vamos a suponer el año pasado, cuando Norma me dice... era pleno julio, "hay un viaje, ¿vamos Elvira?". "¡Sí!". Yo ni le pregunto a mi hija. "¡Sí!", le digo. (...) Algunas abuelas dicen "no, porque mi hijo no me deja salir", "no, porque mi hija no quiere". "¿Y a vos qué te dicen?". "No", les digo, "yo me manejo sola". Les digo "yo me manejo sola". No, no, no. Después les comparto. "Mirá que me voy tal día"».

En íntima relación con ello, Elvira identificaba que la concurrencia tanto a los centros de jubilados como a la iglesia había mermado significativamente luego de la pandemia. Esta marcaba un punto de inflexión, alterando desde entonces la dinámica de ambas instituciones. Uno de los principales motivos que, desde su perspectiva, explicaban esta disminución era el miedo persistente entre sus pares generacionales. Asimismo, no debe pasarse por alto la incidencia que tuvo el fallecimiento de compañeros y compañeras durante ese período.

> «Cuando empezó esto del... que se abrió la pandemia, pasó... costó mucho también, porque son pocos los jubilados que van. Sí, ya no es como antes. (...) Muchos, bueno, han partido también. Hay gente que dejó. (...) No es como antes. Antes era... era más grande.

> (...) Muchas han quedado con miedo. No se han hecho todavía las reuniones. Se van a los cultos. Se van los domingos. (...) Ahora recién se están empezando a organizar. Claro, porque muchos han dejado, muchos se han quedado, ¿viste? Eso ya cambió, después de la pandemia cambió mucho. (...) Muchos se... se han quedado, se han frustrado en el miedo, ¿no?».

La historia de Elvira pone de relieve que la pandemia transformó profundamente los espacios y las redes de sociabilidad de las personas mayores. Algunos lograron reinventarse pasando a la virtualidad, otros se vieron completamente interrumpidos durante el aislamiento, pero ninguno volvería a ser «como antes». En ello, el miedo al contagio y la percepción del riesgo, tanto por parte de las personas mayores como de sus familiares, jugaría un rol central.

En el caso de Elvira, dado que ella habitaba un hogar unipersonal, su experiencia estuvo signada por el contraste entre un confinamiento que atravesó en soledad y la búsqueda por sostener y recomponer lazos con otros (ya fueran familiares, amistades o su comunidad religiosa). Durante el período de mayores restricciones, esa búsqueda se vio sujeta a condiciones de acceso y uso de tecnologías digitales que, ya desde antes de la pandemia, eran relativamente limitadas en función de su posición de clase (y, bajo ese contexto, no se vieron modificadas). Con todo, esas tecnologías fueron para ella ventanas a través de las cuales sentirse acompañada por quienes estaban del otro lado.

6.2.2 Aníbal: de pérdidas irremplazables y ganancias inesperadas

El inicio de la pandemia encontró a Aníbal con una pérdida total de la visión a causa del glaucoma. El avance pronunciado de esta condición durante los años previos había significado para él un parteaguas en su trayectoria biográfica, que sintetizaría categóricamente en la siguiente expresión: «hasta que cumplí 80 años tuve una vida normal».

Aníbal experimentó muy temprano en su adolescencia «el llamado del mar» y se inclinó por una carrera en la navegación. Dejó su hogar en Mar del Plata para cursar estudios secundarios como parte de una de las primeras promociones del Liceo Naval y, más adelante, completó su formación superior en la Escuela Nacional de Náutica.

Llegó a insertarse como práctico[3] en el Río de La Plata, puesto en el que se desempeñó durante 28 años hasta su jubilación.

Dada la centralidad que asume el trabajo como soporte de la identidad masculina, es común que para los varones mayores el retiro laboral sea una transición difícil de afrontar (Iacub 2017), conllevando frecuentemente un fuerte deterioro de sus redes de sociabilidad (Arber *et al.* 2003). Para Aníbal, sin embargo, representó una oportunidad para disfrutar de nuevas actividades, a la vez que para transformar e incluso afianzar esos vínculos. En este sentido, forjó una estrecha amistad con uno de sus compañeros de la Escuela de Náutica, quien se volvería «un casi hermano». Si bien se conocían desde los 16 años, recién con la jubilación «empezamos a tener más contacto porque la vida, digamos, se nos hizo más fácil y empezamos a salir juntos, y a cenar juntos, y a ir al teatro juntos, y al cine juntos». Además, con sus compañeros de promoción del Liceo sostuvieron durante décadas un sistema de almuerzos mensuales según el cual «el primer martes de cada mes, sin invitación previa, nos reunimos en el Centro [de Graduados]». Con uno de ellos, en particular, que además vivía cerca de su departamento en Palermo, tomarían la costumbre de pasar las tardes paseando a sus perros en el parque Las Heras.

Las rutinas cotidianas de Aníbal se fueron transformando junto con la disminución progresiva de su capacidad visual. Por ejemplo, tuvo que dejar de manejar su auto, a la vez que se le dificultaba desplazarse solo en la vía pública. En consecuencia, para seguir participando de los almuerzos en el Centro, empezó a recurrir a su amigo para la gestión del traslado: «él me venía a buscar y tomábamos un taxi, porque él también se había quedado sin auto, y me llevaba y me traía».

Durante este período comenzó a tomar clases particulares en su domicilio con una profesora de educación especial, que «me enseñó a conducirme como ciego». Parte de esos aprendizajes estuvieron ligados al uso de tecnologías digitales. Por ejemplo, incorporó el manejo de un software específico en el teléfono celular, que pasaría a usar de forma diaria para comunicarse con sus amigos: «compré para esos efectos un iPhone y me manejo con Siri. El iPhone tiene un programa que habla, que me lee los WhatsApp. Bueno, la cuestión es que ella

[3] Un práctico es un capitán que asesora a otros capitanes para realizar maniobras en lugares de navegación complejos, como puertos o ríos (Borrelli 2022).

me enseñó a usar el WhatsApp». La computadora, por el contrario, no ocupó para él un lugar significativo durante la pandemia.[4] Por otra parte, considerando que a Aníbal le gustaba ir al teatro, esta profesora le indicó cómo acceder a programas de descuentos en entradas para personas con discapacidad. Sin embargo, este tipo de salidas «se cortó con la pandemia».

Aníbal transitó el aislamiento junto con su esposa y uno de sus hijos, de entonces 58 años, en su departamento de cuatro ambientes. Para él, este período comenzó incluso antes de lo dispuesto oficialmente -y se prolongó también mucho después-, indicando que «desde el 11 de marzo del 2020 que estoy recluido». En gran parte, la necesidad de extremar esta medida de prevención tenía que ver con reconocerse a sí mismo en una condición de especial vulnerabilidad, por la presencia de comorbilidades: «Entre mis ñañas, tengo diabetes, tengo marcapasos, tengo dos stents y estoy anticoagulado. Así que soy un candidato preferido por los virus, ¿no? Así que me tengo que cuidar bastante».

Bajo este contexto, la reorganización de las tareas domésticas y de cuidado relativas al hogar de Aníbal supuso no solo una mayor recarga sobre los miembros de su familia nuclear (especialmente su esposa, quien absorbió las tareas de orden y limpieza que antes formaban parte del trabajo de la empleada doméstica). Durante los primeros meses, para aquellas actividades cotidianas que requerían salir de la vivienda, contaron también con el apoyo del encargado del edificio donde vivían.

> «Acá la casa estaba en orden y [*su esposa*] la mantuvo bien (...) Y después acá tenemos al encargado del edificio, que es una joya (...) Cualquier cosa está a la orden, a cualquier hora. Pero él se encarga, por ejemplo, de venir a buscar la ropa para llevar al lavadero y traerla».

---

[4] Antes del glaucoma, Aníbal era un usuario asiduo de la computadora, la cual había aprendido a usar de manera autodidacta. Como parte de las prácticas digitales que asociaba a este artefacto, antes de que existieran las redes sociales, había conformado un grupo de intercambio por correo electrónico con jubilados de España. Sin embargo, al perder la visión, encontró en el manejo del teclado una barrera para usar este dispositivo. Así, indicaría que durante la pandemia no usó la computadora y se contactó poco por correo electrónico, ligando esto último a la composición etaria del grupo: «mails casi no, solamente algunos que me quedan. Imagínate que, a mi edad, ya vamos quedando pocos».

Esto permite sugerir que, en el marco de la pandemia, las redes de cuidado pueden haberse extendido también por fuera de la familia, movilizando elementos de la arista comunitaria del diamante del cuidado. En este sentido, cabe destacar que mientras las redes comunitarias de cuidado se encuentran más desarrolladas entre los sectores populares (Gonzálvez Torralbo y Lube Guizardi 2021), no registran la misma incidencia entre los sectores medios. En consecuencia, sería interesante indagar de qué maneras la excepcionalidad del contexto pandémico pudo activar –así sea de forma incipiente y/o transitoria– la organización de este tipo de vínculos, orientados al cuidado de personas mayores, donde antes no adquirían esa dimensión.

La experiencia de Aníbal sobre la pandemia estuvo teñida por acontecimientos de profunda trascendencia, que marcaron su biografía en más de un sentido. Sin lugar a dudas, para él lo más difícil de sobrellevar fue la muerte de varios de sus ex compañeros (algunos de ellos a causa del COVID), entre quienes se encontraron dos de los grandes amigos que había consolidado en su vejez. Esto lo llevó a «una depre monumental», que comenzó a sortear recién hacia diciembre del 2020. Aun así, el carácter irreversible de estas pérdidas marcaría para él la imposibilidad del reestablecer enteramente la vida que llevaba antes de la pandemia.

> «Mi amigo, vecino, compañero mío, con el cual salíamos y nos hablábamos por teléfono todas las semanas. Él pasaba por acá... Porque él salía mucho. Agarraba una bolsita al principio y salía haciendo como que iba de compras, y salía a hacer sus caminatas. Él me invitaba. Yo le decía "mirá, la verdad que no tengo ganas". (...) Pero él pasaba, le preguntaba al encargado cómo estaba, qué sé yo, y después hablábamos por... Todas las semanas hablábamos por teléfono, un rato. (...) Y un día no me llamó. Entonces, a la semana siguiente, lo llamo, me atiende la señora y... ¡y se había muerto! Le agarró y... Se lo llevó en una semana. Era, del grupo nuestro de "licianos", el que mejor estaba físicamente».

Con todo, bajo este contexto también se abrieron nuevas facetas en la vida de Aníbal. Al suspenderse las clases presenciales, su profesora tuvo la iniciativa de conformar un grupo con otras personas con capacidades visuales reducidas, con quienes sostendrían reuniones semanales a través de Zoom. De esta forma, el aislamiento motivó a que esos encuentros, que antes eran individuales, se volvieran colectivos. Algunas de estas reuniones consistirían, por ejemplo, en debates a partir de películas u obras de teatro con audiodescripción. Esta práctica, que supuso para Aníbal el desarrollo de otras habili-

dades digitales, instauró un espacio de sociabilidad especialmente significativo para él. En este marco no solo pudo conformar nuevos lazos sociales sino, todavía más, logró reelaborar los sentidos -hasta entonces marcadamente negativos- que asociaba a su condición.

> «Somos cuatro ciegos. No nos conocemos. No hemos tenido oportunidad de encontrarnos todavía, pero armamos un grupo fantástico, que me cambió la vida. Me dio una nueva perspectiva, ¿no? No es lo mismo hablar con un vidente que con un no vidente. Hablamos el mismo idioma y tenemos los mismos problemas. (...) Te juro que conocemos más uno del otro que si nos conociéramos físicamente ¿no? Nos entregamos. Nos divertimos».

Aunque al momento de la entrevista (a comienzos de 2022) consideraba que todavía estaba en gran medida recluido, con el pasar del tiempo Aníbal logró recuperar algunas salidas. Así, en el 2021 viajó con su esposa y su hija a Mar del Plata, donde hacía casi veinte años que no regresaba. Además, en el 2022 pudo asistir al primero de los almuerzos mensuales con sus compañeros del Liceo, acompañado ahora por su esposa.

La historia de Aníbal sugiere que, si el glaucoma conformó una primera bifurcación en su trayectoria biográfica, la pandemia pudo representar una segunda. Por una parte, las restricciones impuestas, los discursos sobre el riesgo, pero también el fallecimiento de sus amigos, contribuyeron a profundizar el sentido de su propia vulnerabilidad, que explicaba no solo en términos físicos sino también etarios. Esto continuó operando como una barrera para participar en actividades presenciales aun luego de finalizadas las medidas de aislamiento. Por otra parte, favorecido en última instancia por su clase social, pudo acceder a una serie de recursos que contribuyeron a preservar su bienestar y su autonomía. A este fin, las condiciones favorables de acceso y uso de tecnologías digitales jugaron un rol central frente al declive de su capacidad visual, habilitando el despliegue de actividades y relaciones sociales sumamente relevantes. En suma, la experiencia de Aníbal conjugó la pérdida súbita, irremplazable y profundamente angustiante de viejas amistades, con la ganancia inesperada de nuevos vínculos, a través de los cuales podría comenzar a resignificar esta etapa de su vida.

6.2.3 Carlos: el aislamiento como oportunidad para descubrir mundos

En el año 2020 la empresa fundada por Carlos promediaba las tres décadas de funcionamiento. Esta se dedicaba a la comercialización de vinos «exclusivos» (es decir, que no se distribuían masivamente en el mercado) y, para entonces, empleaba a más de setenta personas.

Nacido en el barrio porteño de Barracas, Carlos se involucró en el negocio vinícola durante su juventud, cuando desde la empresa financiera donde trabajaba lo designaron como gerente de una bodega de Mendoza. Este empleo conformó una auténtica bifurcación en su trayectoria biográfica, ya que a partir de allí desarrolló las relaciones y los conocimientos que le permitirían, en pocos años, iniciar junto con otros socios un emprendimiento propio. En este sentido consideraba que, aunque no contaba con un título universitario[5], «yo creo que me doctoró el vino».

Al describir el estallido de la pandemia, Carlos afirmó que «las primeras 48 horas fueron de pánico». Esto lo atribuía no solo a la enfermedad, sino a la amenaza que planteaba para el futuro de la empresa la paralización total de sus operaciones. Sin embargo, esta situación duraría solo unas pocas semanas ya que, al comercializar un producto alimenticio, fueron eximidos del aislamiento y pronto pudieron retomar su distribución. Todavía más, lejos de disminuir, en el 2020 sus ventas aumentaron considerablemente: «Subió casi un 7 % el consumo de vino, que es muy loco. (…) Favorecido por la pandemia. Favorecido por el "estar en casa"».

Si bien Carlos era usuario de redes sociales antes de la pandemia, las empleaba de forma limitada porque para él cargaban una connotación más bien negativa (como espacios que promovían la agresividad). Sin embargo, su forma de vincularse con y a través de estos entornos se vio profundamente reconfigurada durante el aislamiento. Alentado por su hijo, pasó a verlos como una oportunidad para promover su desarrollo profesional. Bajo esta clave, la construcción de su perfil de Instagram fue un disparador para desarrollar una serie de habilidades

[5] A pesar de que había cursado casi toda la carrera de Contador Público en la Universidad de Buenos Aires, la dejó faltándole unas pocas materias para recibirse «porque yo quería ser diferente [*risas*]. Yo no quería seguir lo que seguía todo el mundo en aquel momento».

digitales nuevas, tales como tomar y editar fotos y videos. Para ello recurrió tanto a espacios de aprendizaje formal (cursos virtuales) como informal (tutoriales en YouTube). A su vez, a través de esa red social pudo establecer relaciones y alcanzar audiencias que trascendían la localización geográfica y temporal inmediata (Boyd 2007). En este sentido, sería posible afirmar que sus usos de tecnologías digitales le permitieron no solo sostener sino incluso expandir sus redes de sociabilidad, llevándolo a «descubrir un mundo».

> «Mi hijo (...) me dice "papá, vos tenés que hacer tu Instagram". Yo no, no... Facebook no me gustaba. No me gusta y no me gustaba la agresión de las redes. Y encontré otra felicidad, otro hallazgo. Porque mi Instagram es una felicidad para mí. (...) Yo me meto en Instagram, lo empiezo a armar, hablo con varios amigos. Me meto en YouTube, cómo se arma esto, cómo se arma aquello (...) Me miré infinidad, decenas y decenas de cosas para hacer. Y bueno... Y un día llamé a [*anonimizado*], que daba cursos de fotografía, que por esas cosas que te vas también metiendo en las redes. Y una cosa te lleva a la otra y ahí hice dos cursos de fotografía con celular. (...) Yo no te puedo decir que somos amigos, pero hicimos una relación muy linda, pero muy linda, y no nos conocemos personalmente. Hemos hecho vivos de Instagram, me hizo fotos. (...) Y lo mismo me pasó con una gente de la escuela gastronomía, con una... una gente de México. Yo descubrí un mundo».

Carlos atravesó el aislamiento, junto con su esposa, en su casa en el barrio de Paternal. Se trataba de una vivienda «muy grande», con varias habitaciones, terraza y parque, al frente y al fondo. Esos espacios abiertos fueron particularmente beneficiosos, ya que les sirvieron para tener reuniones familiares amparadas bajo ciertas medidas de cuidado. Así, Carlos reconocía en su situación habitacional una condición de privilegio, que facilitó su experiencia del aislamiento.

> «Yo no la pasé mal con el encierro. A mí me daba... [*pausa*] Me daba como vergüenza mi casa. (...) No es lo mismo esto que estar en un monoambiente (...) Porque yo tengo gente, gente amiga, que tiene menores posibilidades y la pasaron mucho peor que nosotros. Desde el *layout*, desde lo edilicio, estaban todas las condiciones dadas para que no tengamos problemas y no los tuvimos».

Con todo, para él los mayores problemas se concentraron en el ámbito familiar y se refirieron, particularmente, a los desacuerdos con sus hijos e hijas sobre las prácticas de cuidado. Durante los primeros dos a tres meses, Carlos y su esposa mantuvieron un aislamiento más estricto y sus familiares no ingresaron a la vivienda. Sin embargo, lo más difícil para ellos fue perder las visitas cotidianas de sus nietas: «Nosotros necesitábamos ver a las nenas, ¿cómo hacíamos?» La estrategia que desarrollaron para poder recibirlas fue conformar una

burbuja con el hogar de una de sus hijas (madre de sus nietas). Esto supuso, como contracara, discusiones con el resto de sus hijos, que entendían que ello aumentaba el riesgo de exposición al virus.

> «Se generaron en todas las familias cosas de enfrentamiento. Acá hubo mucho... Nosotros tuvimos que tomar un partido. Nosotros no podíamos dejar de ver a las nenas. Ahora van a cumplir... En ese momento tenían cuatro y un año. (...) A nosotros nos generó un ruido familiar, que pasó en muchas casas. Porque nosotros con [*su esposa*] tomamos una decisión: "vamos a hacer burbuja con [*su yerno*] y [*su hija*]". (...) Aun no viviendo juntos. Entonces sí venían las nenas, que no iban a jardín ni a ningún lado. Y eso trajo conflictos con los demás hijos. (...) Yo tener que decirle a un hijo de 32 años: "mirá, yo elijo, ¡dejame elegir!". ¡Dejame elegir! (...) Creo que a nosotros las nenas nos hicieron pasar una pandemia. Y, aparte, sabíamos que ayudábamos al papá y a la mamá».

Lo que se ponía en juego en esas disputas era la definición de los límites entre la dependencia y la autonomía de Carlos y su esposa, en tanto que personas mayores. Al calor de su inclusión entre los grupos de riesgo, las decisiones sobre su hogar –y, en última instancia, sobre su propio cuidado– pasaron a ser objeto de consideración de toda la familia. A su vez, estas discusiones estuvieron lejos de zanjarse mediante posiciones taxativas. Los criterios para juzgar determinadas tareas domésticas y de cuidado como riesgosas o seguras, así como para establecer (o no) la redistribución de las cargas de cuidado al interior de la familia, resultaron con frecuencia contradictorios. Desde la perspectiva de Carlos, uno de estos contrasentidos surgió en torno a la gestión de las compras. Así, frente a los cuestionamientos de sus hijos, él objetaba: «yo nunca los tuve acá en la puerta para ir a comprar cosas al chino de la vuelta. ¡Al chino de la vuelta íbamos nosotros!». En consecuencia, es posible reconocer que los acuerdos familiares sobre el cuidado de las personas mayores durante el aislamiento estuvieron teñidos de ambigüedad.

> «El único momento en que pasamos muy mal fue cuando se discutió en familia qué estaba bien y qué estaba mal. Y... ya más avanzada la pandemia, vos te reunías con tus amigos, pero yo no me podía juntar con mis nietas. ¿Cómo es esto? ¿Cómo es ese código? (...) Tuve una discusión altita con uno de mis hijos. (...) ¿Qué es lo que estamos discutiendo? Porque ¡yo no me quiero morir! ¡Yo no quiero que me agarre COVID! Claro. Estábamos hablando en la época que estaba *heavy heavy*. Y ahí ellos te empiezan a hacer un inventario de todas las enfermedades que tenés vos y... y resulta que ellos sabían más que yo qué es lo que yo tenía. Era todo muy confuso, ¿viste? Todo muy confuso».

Asimismo, estas discusiones no se circunscribieron a los momentos iniciales de la pandemia, sino que continuaron también en los períodos

de mayor flexibilización, en torno a las primeras salidas. Así lo relataba Carlos, con motivo de su decisión de recibir la vacuna contra la gripe más adelante en el 2020.

> «Justo en la televisión empezaban a decir... Todavía no estaba la primera vacuna del COVID. Que, entre no salir y salir, los mayores... los del grupo de riesgo, los mayores de 60, a darse la vacuna de neumonía o de la gripe, era preferible salir a darse la vacuna de la gripe. Esa fue la primera vez que salí. (...) La mitad de mis hijos pensaba "¿cómo vas a salir?", la otra me decía "andá, papá, y salí". Y bueno, nada. Hasta que uno se rebela y dice ¡carajo! Yo tengo constitución propia y estoy plenamente...».

En los meses posteriores, Carlos y su esposa comenzarían «despacito a salir». Uno de sus primeros paseos fue al teatro, cuando eran apenas un puñado de personas en la sala. Más adelante se sumarían salidas a restaurantes e, incluso, a la cancha. Por otra parte, la pandemia tendría repercusiones duraderas sobre las actividades de la empresa, ya que la presencialidad no se restableció completamente en todas las áreas (por ejemplo, algunos trabajadores incorporaron un régimen mixto). A la vez, todavía en el 2022 no habían logrado retomar la organización de cursos presenciales y de eventos de degustación. En este sentido, la pandemia se conformó como una encrucijada, que Carlos ilustraría mediante la siguiente analogía:

> «Cuando yo vuelvo a Barracas... De vez en cuando vuelvo a mi barrio. Paso con el auto. Pero volver, vos volvés... volvés pero ya no... pero tu lugar cambió. O hay algo que cambiaste vos, que ya te lo hace ver diferente. Y vamos a volver al mismo lugar, pero ya no es el mismo lugar. Me parece que no entender eso puede traer problemas».

A modo de síntesis, la experiencia de Carlos sobre la pandemia fue favorecida por una acumulación de ventajas preexistentes, íntimamente asociadas con su posición de clase (tales como las características de su vivienda y de su actividad laboral). En virtud de ello, con el aislamiento no necesariamente empeoraron sus condiciones de trabajo y de vida. Su proceso de apropiación de Internet –y de Instagram en particular– ilustra de forma paradigmática cómo este contexto pudo incluso significar una oportunidad, en ese caso, para desarrollar su actividad laboral, ampliar sus redes de sociabilidad y potenciar sus habilidades digitales.

Ahora bien, si su clase social podía representar una condición de privilegio, bajo este contexto particular su edad operaba en sentido contrario. Carlos y su esposa continuaron realizando, sin apoyos externos, todas las tareas domésticas y de cuidado de su hogar, e

inclusive asumieron el cuidado de familiares externos al mismo (sus nietas). Sin embargo, ello no impidió que su capacidad de acción y decisión fuese, al menos, puesta en cuestión hacia el interior de su familia.

6.3 Reflexiones finales

Las historias de Elvira, Aníbal y Carlos ofrecen indicios sobre cómo transitar la pandemia como parte de los grupos de riesgo reconfiguró las condiciones para el ejercicio de su autonomía. En este sentido, abonan al reconocimiento de que esta última se define menos por atributos individuales, ligados a las capacidades físicas, y más por el entramado de condiciones y relaciones sociales a través de las cuales es posible (o no) llevar adelante decisiones y proyectos de vida.

Sus historias sobre el aislamiento dan cuenta de algunas formas en que la preservación de la autonomía y el bienestar de las personas mayores pudo verse desafiada en ese contexto. En primer lugar, la necesidad de extremar las medidas de prevención supuso que debiera revisarse la organización de las tareas domésticas y de cuidado relativas a sus hogares. En los tres casos, el incremento en las necesidades de cuidado que resultó de esta reorganización fue absorbido, en mayor medida, por las familias. Junto con ello, las decisiones sobre qué tareas debían redistribuirse y cómo se resolvieron mediante acuerdos y conflictos con sus parientes, aun cuando no compartieran la vivienda. En los casos de Elvira y Aníbal esto devino en una mayor recarga sobre sus familiares directos; en especial su hija y su esposa, respectivamente. Así, si bien el análisis de las desigualdades relativas al género excede los límites de este capítulo, este hallazgo coincide con los antecedentes que postulan que durante la pandemia las mujeres experimentaron una mayor sobrecarga de cuidados (Boniolo y Ojeda 2024; Moguillansky y Duek 2024).

Al mismo tiempo, la experiencia de Aníbal sugiere que es necesario explorar en mayor profundidad cómo pudo transformarse, bajo este contexto, la participación del componente comunitario en el cuidado de las personas mayores. Por otra parte, la historia de Carlos permite recordar que, al interior de las redes de cuidado, las personas mayores pueden cumplir la doble condición de proveedoras y receptoras. En su caso, durante el aislamiento desempeñó más el primer rol que el

segundo; lo que, en última instancia, contribuye a poner en entredicho el supuesto de que las familias «nunca fallan» en el cuidado de sus miembros.

En segundo lugar, si bien en los tres casos se reconocieron en una condición «de riesgo» vinculada a su edad, ello no tuvo las mismas implicancias para todos. Para Aníbal la experiencia de la pandemia profundizó el sentido de su propia vulnerabilidad, de maneras que no se encontraron para Elvira ni Carlos. En consecuencia, cabe sugerir la posibilidad de que la articulación de esa condición con la edad cronológica y las capacidades funcionales haya incidido de manera diferencial en este sentido.

Con todo, es importante destacar que, si bien de formas diversas, en las trayectorias biográficas de estas tres personas la pandemia conformó un punto de inflexión. A partir de este surgieron transformaciones irreversibles en sus espacios y redes de sociabilidad: lugares que no volvieron a ser los mismos, vínculos que se perdieron, instituciones que ya no funcionan como antes. En relación con ello, cabe preguntarse si la centralidad que tuvo el fallecimiento de pares generacionales (en su carácter extendido, súbito y en gran medida inesperado) puede conformar una marca distintiva de la experiencia de la pandemia para este grupo de edad.

En tercer lugar, en todos los casos las tecnologías digitales aparecieron ocupando un rol central para el sostén de esos espacios y redes; contribuyendo a la promoción del bienestar y la autonomía durante el aislamiento. Todavía más, en aquellos casos donde no compartían la vivienda, estas tecnologías volvieron posible transitar el aislamiento con alguna forma de compañía. Sin embargo, esa posibilidad estuvo ligada a condiciones de acceso y uso desiguales en función de la clase social. Así, mientras que Elvira pudo realizar usos significativos pero acotados de estas tecnologías, Carlos y Aníbal alcanzaron a descubrir «nuevos mundos» (favorecidos por un mejor equipamiento tecnológico, una mayor diversidad de habilidades digitales y el acceso a instancias de aprendizaje mediante las cuales continuaron potenciando esas habilidades).

En síntesis, si la inclusión de las personas mayores entre los «grupos de riesgo» fue una medida que les reconocía una necesidad de mayores cuidados, al no ser acompañada de mecanismos que orientaran su redistribución por fuera de la familia (y contribuyeran, en

última instancia, a preservar su autonomía), las descuidaba. Ahora bien, ello ocurrió en un contexto que, a nivel regional, se ha caracterizado por la escasez de políticas de cuidado y, como contracara, por la preeminencia de regímenes familiarizados (y feminizados). En consecuencia, si bien la pandemia configuró un contexto de excepción, estas problemáticas desbordan los límites de esa excepcionalidad. En este sentido, las paradojas y tensiones planteadas en torno al cuidado de las personas mayores pueden haberse visto agudizadas bajo ese contexto, pero de ninguna forma resultan privativas del mismo. La demanda de políticas de cuidado que redistribuyan sus cargas de forma más equitativa en la sociedad –y sean sensibles a la heterogeneidad de los procesos de envejecimiento– es un desafío que continúa pendiente en la pospandemia.

Referencias

AGUIRRE CUNS, ROSARIO Y SOL SCAVINO SOLARI

2018 *Vejeces de las mujeres: Desafíos para la igualdad de género y la justicia social en Uruguay*, Doble clic Editoras, referencia citada en página 100.

ALGRANTI, JOAQUÍN

2010 *Política y religión en los márgenes. Nuevas formas de participación social de las mega-iglesias evangélicas en la Argentina*, Buenos Aires: CICCUS, referencia citada en página 104.

ARBER, SARAH; DAVIDSON KATE Y JAY GINN

2003 «Changing approaches to gender and later life», en *Gender and ageing: Changing Roles and Relationships*, Open University Press, págs. 1-14, referencia citada en página 107.

BATTHYÁNY, KARINA

2021 *Políticas del cuidado*, Buenos Aires: CLACSO, referencia citada en páginas 100, 101.

BONIOLO, PAULA Y BÁRBARA OJEDA

2024 «Pandemia y vida cotidiana: las cargas de cuidado según las clases sociales y el género en Argentina», en *De Prácticas y Discursos*, vol. 13, n.º 22, referencia citada en páginas 101, 115.

BORRELLI, SERGIO

2022 *El práctico de puerto: una profesión indispensable*, 21 de octubre de 2022, recuperado de <https://camaradepracticaje.com.ar/nota/103-El-practico-de-puerto-una-profesion-indispensable>, referencia citada en página 107.

BOYD, DANAH

2007 «Why Youth (Heart) Social Network Sites: The Role of Networked Publics in Teenage Social Life», en *Youth, Identity and Digital Media*, MIT Press, referencia citada en página 112.

CEMINARI, YANINA Y ALICIA STOLKINER

2018 «El cuidado social y la organización social del cuidado como categorías claves para el análisis de políticas públicas», en, X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXV Jornadas de Investigación XIV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, referencia citada en página 101.

CEPAL

2020 *COVID-19 y sus impactos en los derechos y la protección social de las personas mayores en la subregión*, recuperado de <http://hdl.handle.net/11362/46182>, referencia citada en página 98.

CERRI, CHIARA

2016 «Dependencia y autonomía: una aproximación antropológica desde el cuidado de los mayores», en *Athenea Digital*, vol. 15, n.º 2, Athenea Digital, referencia citada en página 100.

CIRINO, ESTEFANÍA; PAULA LEHNER Y LILIANA FINDLING

2022 «Políticas públicas y COVID-19: efectos del aislamiento social en los vínculos de las personas mayores en la Ciudad de Buenos Aires», en *Quaestio Iuris*, vol. 15, n.º 3, págs. 1633-1660, referencia citada en páginas 97, 99.

CUNZOLO, VIRGINIA Y FERNANDO RADA SCHULTZE

2021 «El «riesgo» de envejecer: La salud de las personas mayores en un año de pandemia», en *Territorios. Revista de Trabajo Social*, vol. V, n.º 5, págs. 33-50, referencia citada en página 99.

GONZÁLVEZ TORRALBO, HERMINIA Y MENARA LUBE GUIZARDI

2021 «Las mujeres mayores, los cuidados y los clubes: negociaciones intersubjetivas de una etnografía feminista», en *Arxiu d'Etnografia de Catalunya*, n.º 21, págs. 61-92, referencia citada en página 109.

HEID, ALISON; FRANCINE CARTWRIGHT; MAUREEN WILSON-GENDERSON Y RACHEL PRUCHNO

2021 «Challenges Experienced by Older People During the Initial Months of the COVID-19 Pandemic», en *Gerontologist*, vol. 61, n.º 1, págs. 48-58, DOI: 10.1093/geront/gnaa138, referencia citada en páginas 97, 99.

IACUB, RICARDO

2017 *¿Es posible ser varón en la vejez?*, Red Latinoamericana de Gerontología, referencia citada en página 107.

LÓPEZ, ELSA Y LILIANA FINDLING
2009 (comps.), *Salud, familias y vínculos: el mundo de los adultos mayores*, Buenos Aires: EUDEBA, referencia citada en página 101.

MINISTERIO DE SALUD
2021 «SE52», en *Boletín integrado de vigilancia*, n.º 582, referencia citada en página 98.

MOGUILLANSKY, MARINA Y CAROLINA DUEK
2024 «La crisis de cuidados en primera persona. Un estudio con mujeres cuidadoras de sectores populares del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA), Argentina», en *Interface*, n.º 28, e230256, referencia citada en páginas 101, 115.

RICO, MARÍA NIEVES Y CLAUDIA ROBES
2016 «Políticas de cuidado en América Latina: forjando la igualdad», en *CEPAL. Serie Asuntos de Género*, n.º 140, referencia citada en página 101.

SMITH, JAMES; ANNETTE BRAUNACK-MAYER; GARY WITTERT Y MEGAN WARIN
2007 ««I've been independent for so damn long!»: Independence, masculinity and aging in a help seeking context», en *Journal of Aging Studies*, n.º 21, págs. 325-335, referencia citada en página 100.

VEGA-SOLÍS, CRISTINA Y RAQUEL MARTÍNEZ-BUJÁN
2017 «Explorando el lugar de lo comunitario en los estudios de género sobre sostenibilidad, reproducción y cuidados», en *QuAderns-e*, vol. 22, n.º 2, págs. 65-81, referencia citada en página 101.

VENTURIELLO, MARÍA PÍA; ESTEFANÍA CIRINO Y MARÍA CECILIA PALERMO
2023 «Políticas sociales y cuidados para personas mayores y personas con discapacidad en Argentina (2016-2023)», en *Vejeces en pandemia y pospandemia: políticas sociales, cuidados y calidad de vida*, La bicicleta ediciones, págs. 19-37, referencia citada en páginas 99, 102.

Coda

CAROLINA DUEK Y MARINA MOGUILLANSKY

Narrar la pandemia en primera persona es a la vez un desafío y una convicción. El desafío de documentar, organizar y relatar las experiencias de diferentes sujetos durante un período excepcional de encierro y restricciones. La presentación de historias singulares en cada uno de los capítulos en relación con su configuración familiar, con su situación de empleo, con su generación y con sus prácticas culturales (incluyendo en un lugar central el uso de tecnologías), nos permitió poner a prueba la hipótesis inicial de este libro. La pandemia fue experimentada de manera desigual según las condiciones habitacionales, laborales, económicas, el momento biográfico y los vínculos que intervinieron en la construcción de nuevas rutinas, intercambios y posibilidades. Esas desigualdades han quedado plasmadas en las historias, los recuerdos y los contrastes que se pueden tejer entre los relatos que componen este libro. Dijimos al comienzo que estas desigualdades no aparecieron con la pandemia sino que eran preexistentes y se profundizaron durante ese tiempo diferente y excepcional sin escuela, sin relevos, sin *changas* y con menos recursos para los sectores más vulnerables de la sociedad.

Dijimos también que narrar la pandemia desde una perspectiva biográfica y subjetiva constituía también una convicción. En este sentido, identificamos dos procesos contradictorios en la elaboración simbólica y el procesamiento social de lo vivido. Por un lado, un rechazo a volver sobre lo ocurrido, una supresión de la memoria y la necesidad de seguir adelante, de retomar lo más pronto posible una vida parecida a la anterior a la pandemia. Las formas de trabajo, la educación, la sociabilidad y las rutinas cotidianas se restablecieron con pocos cambios. Si el aislamiento supuso para muchos núcleos familiares una readaptación de la distribución de tareas, la apertura de todas las actividades pareció implicar un «borrón y cuenta nueva»

en términos de la vuelta a un estatus previo, con la menor cantidad de huellas de la pandemia en sus tramas constitutivas.

Asociamos esta obturación a una observación que hemos escuchado en reiteradas oportunidades en estos años: la pandemia como problema o como tema de reflexión produjo fascinación durante un tiempo y luego un rechazo sintomático en los círculos intelectuales, mediáticos y académicos. Es necesario pensar dos veces cómo titular un artículo, una intervención pública o una conferencia para evitar reacciones del tipo «uy, no, si es de la pandemia es un bajón… paso». De eso mejor no hablar, no profundizar, no escribir, mejor no hacer nada.

Por otro lado, encontramos una gran necesidad personal de hablar, contar, recordar y de elaborar lo vivido. Poner en palabras la experiencia fue para todos los informantes un ejercicio valioso de reflexión y de rememoración que era necesario pero, también, doloroso. Y que pudo hacerse en privado, de manera presencial o virtual pero en una escena uno a uno con un entrevistador en un espacio seguro y a resguardo de opiniones y miradas de terceros. La anonimización de las experiencias y testimonios, más allá de constituir una indispensable parte de la salvaguarda ética de la investigación, permitió mucha libertad en lo dicho y compartido en las entrevistas.

En muchas de ellas hubo emoción, lágrimas y conmoción también por parte de los y las entrevistados y entrevistadores que, mientras escuchábamos, recordábamos escenas de nuestra propia experiencia de encierro. La enorme cantidad de entrevistas en las que escuchamos padecimientos de salud mental como ataques de pánico, ansiedad y angustias nos permitieron dimensionar las huellas que dejó impresa en las subjetividades la experiencia pandémica. Podemos intentar seguir adelante pero, cuando se abre una puerta de diálogo, la predisposición para hablar, recordar y organizar lo vivido se desplegaba sin prisa pero sin pausa. De allí que las entrevistas siempre duraron más tiempo del previsto en el diseño de la investigación. Los entrevistados tenían mucho para decir, mucho para pensar, mucho para compartir. Y el tiempo, en ese momento, parecía suspenderse en pos de ese poner en palabras, de esa escucha, de ese intercambio entre dos desconocidos en el que uno le compartía una experiencia inolvidable y vital al otro.

Estos dos procesos contradictorios y complementarios componen nuestra convicción: la necesidad de documentar, de registrar y anali-

zar un momento social sin precedentes para entender, en y desde el presente, sus huellas, sus marcas y sus transformaciones. El registro de la cotidianidad, de sus minucias, de sus pequeñas adaptaciones e intercambios es lo primero que se pierde al retomar la vida previa a la pandemia. Los olvidos, desplazamientos y minimizaciones son, claro está, mecanismos de defensa frente a un hecho traumático. Expresiones como «no fue para tanto» y «nos adaptamos» conviven con «fue muy difícil», «tuvimos mucho miedo» y son atravesadas por el «ya pasó». Y olvidamos lo pequeño porque fue precisamente en esos ajustes en donde más esfuerzo hubo que poner, en donde las adaptaciones, los deseos, las preocupaciones y las angustias se jugaban día a día. Desempleo, decrecimiento de ingresos, aislamiento y soledad, multiplicación de horas de trabajo, silencios, miedo de salir y de volver componían un panorama desolador. Pero cada una de las pequeñas acciones que cada grupo familiar ejecutó para su supervivencia material, vincular y emocional implicó un esfuerzo, un ajuste, un sacrificio que puso en primer plano una necesidad de sortear la crisis.

Hoy, mientras cerramos el recorrido de este libro, no solo rememoramos las decisiones metodológicas, las dudas conceptuales, las dimensiones de análisis y las mejoras posibles a cada uno de los textos que componen este camino sino que revivimos, en cada una de las historias, un tiempo que ya nos queda lejos, que ya percibimos como extraño pero que constituyó una bisagra en la experiencia social individual y compartida. La convicción que nos sostiene, más de cinco años después, es la de no olvidar, la de no soltar, la de no dejar de analizar qué implicancias tuvo la experiencia pandémica en la vida de los sujetos sociales y en la cristalización y profundización de las desigualdades.

Hemos escrito, leído y reseñado textos en este libro que afirman (y coincidimos) que la experiencia visibilizó las rupturas de la estructura social en términos de reproducción de desigualdades de clase, educativas y habitacionales. Las experiencias más cómodas del encierro fueron las de las clases medias altas pero las consecuencias y sus secuelas en el tejido social no responden solo a clases ni a materialidades. Narrar la pandemia en primera persona implica directamente jerarquizar las voces, los cuerpos, los vínculos, las pérdidas y los esfuerzos que el aislamiento y el miedo a un virus letal (sin vacuna ni

cura al comienzo) exigió a diferentes personas con historias y trayectorias diversas. El enfoque biográfico fue para nosotros la herramienta privilegiada para la narración de la experiencia, de la propia vida y de los recuerdos. Pasar la página no era una opción frente a lo escuchado, conversado, analizado y sistematizado.

Y es aquí donde cerramos este recorrido. En la puesta en sentido de la palabra de los demás, en los análisis posibles y en la mirada sobre un pasado reciente que todos queremos soltar pero que se hace presente en cada anécdota, recuerdo y archivo de fotos que los celulares diariamente traen al presente. Los compilados de las aplicaciones «hace 5 años» nos muestran con barbijo, con alcohol y con distancia social. Un pasado que a veces percibimos casi como distópico pero del que tenemos que apropiarnos para poder procesar y analizar. Deseamos que la lectura de este libro haya permitido conocer, recorrer y empatizar con distintos perfiles, grupos y subgrupos en su experiencia pandémica y que eso habilite, al menos por un rato, un momento de reflexión sobre la pandemia, sobre lo vivido y su imborrable huella en nuestras biografías.

Sobre las autoras y los autores

Marina Moguillansky. Doctora en Ciencias Sociales (UBA) y Magíster en Sociología de la Cultura (UNSAM). Es investigadora independiente de CONICET con sede en la Escuela IDAES de la Universidad Nacional de San Martín, donde también es profesora titular de Sociología y dirige actualmente la Maestría en Sociología de la Cultura.

Carolina Duek. Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires e investigadora independiente del CONICET (Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales). Es docente de Teorías de la Comunicación en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires desde hace 20 años.

Mariana Lopresti. Licenciada en Comunicación Social y Magíster en Comunicación y Cultura por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Se desempeña como docente universitaria e investiga problemáticas vinculadas con las infancias, el género y las tecnologías digitales. Actualmente cursa el Doctorado en Ciencias Sociales con una beca del FONCYT.

Magdalena Lemus. Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de La Plata e investigadora adjunta del CONICET (Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales). Es docente de Epistemología y Metodología de las Ciencias Sociales y de Culturas Digitales, Políticas y Educación en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

Sebastián Benítez Larghi. Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires e investigador independiente del CONICET (Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata / CONICET). Es profesor adjunto de las materias Teoría Social Clásica I y Culturas Digitales, Políticas y Educación del Departamento de Sociología, Universidad Nacional de La Plata desde hace 17 años.

María del Rosario Guzzo. Profesora de Sociología por la Universidad Nacional de La Plata. Actualmente cursa el Doctorado en Ciencias Sociales en la misma institución, donde investiga temáticas vinculadas a las vejeces, las tecnologías digitales y las desigualdades sociales.

Índice de autoras y autores del aparato bibliográfico

A
Acevedo, Ivonne, 17, 18
Acosta, Laura, 79
Aguirre Cuns, Rosario, 100, 117
Algranti, Joaquín, 104, 117
Almada, Luciana, 63, 78
Álvarez, Beatriz, XII, XXI
Álvarez, Guadalupe, 42
Anderete Schwal, Mariano, 17, 18
Arber, Sarah, 107, 117
Arfuch, Loenor, XV, XXI
Arza, Camila, 64, 78
Averett, Kate, XV, XXI

B
Balsa, Juan Javier, XIII, XXI, XXII
Barcala, Marcela Alejandra, 12, 18
Bardin, Iñaki, 41
Batthyány, Karina, 64, 78, 100, 101, 117
Beck, Ulrick, 83, 95
Benchimol, Karina, 41
Benza, Gabriela, 46, 47, 59
Boczkowski, Pablo, XV, XXII
Bohoslavsky, Juan Pablo, 5, 18
Bond, Aaron, 41
Boniolo, Paula, 101, 115, 117
Borrelli, Sergio, 107, 117
Boyd, Danah, 112, 118
Bracchi, Claudia, 30, 40
Braunack-Mayer, Annette, 119
Brusco, Valeria, XXII

C
Caggiano, Sergio, 15, 18
Canevaro, Santiago, 62, 78
Cardinaux, Nancy, 5, 18
Carrascosa, Joaquín, 41, 46, 60
Cartwright, Francine, 118
Castells, Manuel, XV, XXI
Castillla, María Victoria, 62, 78
Ceminari, Yanina, 101, 118
CEPAL, 98, 118
Cerri, Chiara, 100, 118
Charmaz, Kathy, XVI, XXI
Chaves, Mariana, 2, 18, 22, 40
Chávez Molina, Eduardo, 24, 40, 46, 60
Cicchelli, Vincenzo, 18
CIPPEC, 65, 78
Cirino, Estefanía, 97, 99, 118, 119
Clemenceau, Lautaro, 24, 28, 33, 40, XVII, XXI
Corrales, Carolina, 18
Cunzolo, Virginia, 99, 118

D
Dalle, Pablo, 24, 41, 59, 81, 95, X, XXI
D'Angelo, Marcela, 18
de la Fuente, José, 40, XXI
De Singly, Françoisde Singly, FrançoisDe Singly, François, 18
de Singly, Francois, 3, 18, 26, 42
Di Napoli, Pablo, 23, 41
Duek, Carolina, 63, 64, 78, 79, 101, 115, 119
Dussel, Inés, 6, 7, 19

F
Fachal, María Noel, 95
Failla, Hugo, 3, 19
Farinola, Martín, 20
Fernández Melián, María Clara, 40, XXI
Findling, Liliana, 101, 118, 119
Flores, Ayelén, XXI

G
Gardiner, Jean, 14, 19
Giddens, Anthony, 9, 19
Ginn, Jay, 117
Goglino, Adriana, 41
Gómez, Gustavo, 41
Gonzálvez Torralbo, Herminia, 109, 118
Granovsky, Pablo, 79
Gubern, Román, 63, 78, XIV, XXI

H
Haidt, Jonathan, 11, 19
Harvey, David, 63, 78
Heid, Alison, 97, 99, 118
Heller, Agnes, XIV, XXII
Heredia, Mariana, 17–19, 58, 60, 63, 79, 81, 95, XII, XXII
Herrera Jurado, Bryam, 41
Hochschild, Arlie, 15, 19
Hodges, Charles, 22, 41

I
Iacub, Ricardo, 107, 118

J
Jacovkis, Pablo, 64, 79
Janjetic, María Belén, 41

K
Kaplan, Carina, 23, 41
Kate, Davidson, 117
Kessler, Gabriel, 46, 47, 59
Krichesky, Graciela, 35, 41

L
Laíño, Fernando, 20
Lehner, Paula, 118
Lemus, Magdalena, 34, 35, 41
Lockee, Barb, 41
López, Elsa, 101, 119
Lube Guizardi, Menara, 109, 118

M
Macchiarola, Viviana, 22, 41
Maceira, Verónica, 59
Manolakis, Laura, 42
Marcus, Juliana, XII, XXII
Margulis, Mario, 2, 3, 19, 22, 42
Marino, Tamara, 41
Martín, María Mercedes, 22, 42
Martínez-Buján, Raquel, 101, 119
Martuccelli, Danilo, 23, 26, 42
Masello, Diego, 79
Meccia, Ernesto, XVI, XXII
Meneses Medina, Paula, 64, 79
Micele, Carla Elizabeth, 18
Ministerio de Salud, 98, 119
Mitchelstein, Eugenia, XV, XXII
Moguillansky, Marina, 7, 14, 16, 19, 64, 79, 101, 115, 119
Molinatti, Florencia, 79
Moore, Stephanie, 41
Morán, Lourdes, 35, 42
Moreno, Emilse Noemí, 18

N
Navarro, Fernando, 23, 38, 42

O
Ojeda, Bárbara, 101, 115, 117
Oliva, Miguel, 79
Ortale, María Susana, 46, 60

P
Páez, María Florencia, 9, 10, 20
Palermo, María Cecilia, 119
Papez, Boris, 19
Pautassi, Laura, 15, 19
Peixoto, Clarice Ehlers, 3, 18
Peralta, Brenda, 19
Pereyra, Javier, 64, 79
Pérez Martirena, Sofía, 25, 27, 42
Pinedo, Jerónimo, 63, 79
Pizzolitto, Ana Lucía, 41
Pogré, Paula, 41
Poliak, Nadina, 41
Pruchno, Rachel, 118
Pugliese Solivellas, Verónica, 41

R
Rada Schultze, Fernando, 99, 118
Rapley, Tim, XVI, XXII
Ravazzoli, Juliana, 60
Reche, Federico, XXI
Reguillo, Roxana, 3, 20, 22, 42
Rico, María Nieves, 101, 119
Robert, Castel., 82, 83, 95
Robes, Claudia, 101, 119
Robles, Ramiro, 95
Rodríguez de la Fuente, José, 24, 40, 46, 60

S
Salas Tonello, Pablo, 19, 32, 43
Salvia, Agustín, 64, 79, 83, 95
Sánchez, Nadia, 18
Santillan Pizarro, María Marta, 79
Santos Sharpe, Andrés, 35, 42
Santos, Javier, 60
SAP, 3, 20
Sautú, Ruth, 46, 60
Scavino Solari, Sol, 100, 117
Segura, Ramiro, 15, 18, 63, 79, XIII, XXII
Semán, Pablo, 23, 38, 42
Sibilia, Paula, 62, 79
Simonetti, Paula, 19, 32, 43
Simoni, Laura, 9, 10, 20
Smith, James, 100, 119
Spolita, Juan Ignacio, XVII, XXII
Stolkiner, Alicia, 101, 118

T
Trust, Torrey, 41
Tuñón, Ianina, 12, 14, 20

U
UNICEF, 3, 20
Urresti, Marcelo, 2, 19

V
Vega-Solís, Cristina, 101, 119
Venturiello, María Pía, 99, 102, 119
Vernengo, Ana, 41
Vila, Patricia, 18

W
Wainerman, Catalina, 64, 79
Warin, Megan, 119
Wilner, Alejandro Daniel, 18
Wilson-Genderson, Maureen, 118
Wittert, Gary, 119

Z
Zibecchi, Claudia, 15, 19
Zurita, Carlos, 64, 79

La composición tipográfica de este libro se realizó con gbpublisher versión 0.0.396, bajo un modelo de fuente única que garantiza la trazabilidad entre el original y cada una de sus salidas (HTML, ePub y PDF). Las familias tipográficas utilizadas son Libertinus Serif para el texto e IBM Plex Sans Condensed para los títulos. El proyecto se encuentra disponible en https://github.com/albertomoyano/gbpublisher.